

W.R. Titterton

G.K. Chesterton, mi amigo



Primera biografía
Con el calor de la amistad

RIALP

G. K. CHESTERTON,
MI AMIGO



Título original: *G. K. Chesterton. A Portrait*

© 2011 de la versión española, realizada por AURORA RICE y ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ, by EDICIONES RIALP, S. A., Alcalá, 290, 28027 Madrid

La fotografía de cubierta ha sido cedida por cortesía de la American Chesterton Society

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. El editor está a disposición de los titulares de derechos de autor con los que no haya podido ponerse en contacto.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

ISBN Impreso: 978-84-321-3875-1

ISBN e-Book: 978-84-321-3876-8

Depósito legal: M-8068-2011

Epub x Publidisa

Printed in Spain

Impreso en España

Gráficas Rógar, S. A., Navacarnero (Madrid)

W. R. TITTERTON

**G. K. CHESTERTON,
MI AMIGO**

Prólogo de Enrique García-Máiquez

EDICIONES RIALP, S.A.
MADRID

CONOCERLE FUE UNA BENDICIÓN

Éste es un libro de Chesterton. Lo es en el mismo sentido en que se puede decir de otro que es una novela de misterio: no porque su autor se mantenga en un enigmático anonimato que terminará —se espera— resolviéndose en la última página, sino porque el tema es el suspense. Éste es un libro, por tanto, completamente de Chesterton de principio a fin, aunque lo escribió William Richard Titterton.

Titterton (1876-1963) fue periodista, poeta, modelo de escultores, subdirector del *G.K.'s Weekly* y, sobre todo, amigo de Chesterton, bajo cuya influencia se convirtió al catolicismo en 1931. Sus libros de poesía portan títulos muy sugerentes y vigorosos, tales como *Rifles y guitarras* (1918), *Canciones de taberna y otras canciones* (1928) o, incluso, *Poemas para las Fuerzas Armadas* (1943). Sin embargo, ha quedado en la historia casi exclusivamente como amigo de G.K.C. y como autor del libro que tiene usted entre las manos. No creo que a Titterton le pareciese demasiado mal, como comprobará el atento lector. Siempre tuvo como un alto honor, mucho más, como una bendición, decía él usando las palabras de Hilaire Belloc, el haber conocido a Chesterton.

Tampoco a Chesterton le hubiese importado nada ser conocido por este libro, aunque no sea el caso. Él siempre aseguró que no se tomaba nada en serio sus escritos, pero sí sus ideas. Y este libro se centra en ellas con auténtica pasión.

Aunque el propósito explícito de W.R.Titterton es otro, como reconoce a menudo: «No es mi intención hacer una reseña de las obras de G.K.C., ya que me interesa más su vida y, sobre todo, su semblanza. Pues las obras permanecen; pero la semblanza se olvidará, peor aún, se distorsionará completamente, si los que lo conocimos no ponemos por escrito nuestros recuerdos».

Este libro quiere hacer una semblanza personal de Chesterton, sin pretensión alguna de exclusividad. Consciente de la inmensa figura de su amigo y, a la vez, consciente de sus limitaciones, Titterton aspira a ser el primero de una larga lista de Boswells («una multitud») donde cada uno de ellos aportase su particular experiencia. Se refiere, como el informado lector habrá adivinado, a James Boswell, autor de la magna semblanza de Samuel Johnson, biografía ejemplar donde las haya, que también Bioy Casares ha imitado con notable éxito en su libro *Borges* (2006). El Dr. Johnson, insigne hombre de letras inglés, lexicógrafo, experto en Shakespeare, gran conversador, arquetipo del

intelectual ocurrente, era, por cierto, muy admirado por el propio Chesterton, que llegó a disfrazarse de él alguna vez, aprovechando el parecido físico. También le hizo protagonizar una de sus obras de teatro, *El juicio del Dr. Johnson* (1927), recientemente traducida por partida doble al español.

En *La vida de Samuel Johnson*, James Boswell se empequeñece, quizá voluntariamente, para dejar que su memorable amigo brille sin interferencias. Puede que Titterton imitase ese truco de perspectiva, pues en este libro no hay ni una sola nota de vanidad suya o de pretensiones de protagonismo, sino todo lo contrario. Hombre de su tiempo, además, Titterton se propone el perspectivismo como técnica, a lo Ortega y Gasset, y no se considera capaz de dar él solo la visión completa de Chesterton. Anima continuamente a otros a poner también por escrito sus recuerdos cuanto antes. Titterton no tardó nada, realmente, pues *G.K. Chesterton, mi amigo* se publicó el mismo año de la muerte de Chesterton, en 1936. Eso, que se percibe en una redacción a vuela pluma, le da, a la vez, un vuelo especial, el valor de una visión estrictamente contemporánea y un intensísimo temblor de emoción.

Ese perspectivismo, que se culmina según se van leyendo las distintas y ya múltiples biografías de Chesterton, impresiona tanto por el retrato resultante como por el método. Si vamos a seguirlo, no podemos perdernos a su pionero y descubridor, que fue Titterton, dando él el primer testimonio, y animando a otros a seguirle. Y vaya si lo han hecho. Tenemos la biografía de Maisie Ward, la de Luis Ignacio Seco, la de Joseph Pearce, y múltiples semblanzas, como la de Belloc o la que hiciera en *Los Chesterton* su cuñada, Ada Jones. Tan consciente es Titterton de formar parte de un proyecto mayor, que en un momento dado se compara con los protagonistas del famoso apólogo indio en el que unos ciegos van palpando a un elefante para adivinar qué es, y el que toca una pata dice que una columna, y el que toca la panza, que un barco, y el que toca la cola, que una escoba, etc. En la metáfora, Chesterton es, como era de esperar, el elefante. Aunque parezca paradójico, lo cual en su caso es natural, el propio Chesterton se sumó al grupo de los ciegos, e hizo su parte con su *Autobiografía* (1936), en la que da una visión parcial de su vida, desde lo alto, sin entrar en detalles anecdóticos, mirando, sobre todo, el argumento subyacente y el final feliz que esperaba a esa narración.

Eso, el mismo Chesterton; pero Titterton, en concreto, ¿qué ve? Se rozaron mucho, y la visión de W.R.T. se fue completando con el tiempo. Pero es bonito lo primero que le llamó la atención: lo divertido que era Gilbert. «Recuerdo poco de aquello, excepto que era divertidísimo», exclama. Su alegría era explosiva, sorprendía, producía «un efecto sísmico» y acabó constituyéndose en un instrumento de expansión de sus ideas. «¿Qué pensará este hombre para estar así de feliz?», se preguntaban sus contemporáneos, se preguntó Titterton, sin duda. Porque extrañamente era una novedad en un ambiente ya bastante jocoso de por sí: «Nuestros debates siempre eran alegres, porque la mayoría de los socios se tomaban la vida demasiado en serio como para ponerse solemnes».

Pero la alegría de Chesterton tenía raíces cósmicas, tal y como él ya había explicado en el poema «La novedad» de su libro *El fiero caballero* (1900)¹:

*¿Por qué me tiene que importar la Historia,
por vieja y arrugada?
Para mí, las estrellas son tan frescas
como una carcajada
y el mundo es una narración fantástica
recién finalizada.*

*¿Por qué debo inclinarme ante la Historia,
por seca y aburrida?
Los lentos árboles, los prados frescos
son una sacudida,
el ansia firme de trepar al cielo,
la fuerza de la vida.*

*Y los planetas y los soles del
silencio sideral,
para mí son los brillos de un instante:
el fuego artificial
que va lanzando Dios en esta loca
noche de carnaval.*

El joven Titterton, que se reconoce desbordado por esa felicidad, añade enseguida: «Pero el resto de su doctrina me dejaba anonadado. Odiaba el capitalismo, pero no era socialista». El hilo conductor de este retrato de Chesterton será el descubrimiento del «distributismo», la teoría política de Chesterton, inspirada en las encíclicas papales, empezando por la *Rerum Novarum* (1891) de León XIII, y opuesta por igual al capitalismo y al socialismo; y la paulatina implicación de Titterton en esa lucha social. Él venía del socialismo y, al principio, no era capaz de imaginarse otra solución política digna al capitalismo. En estos momentos de crisis del capitalismo, con el socialismo reducido a retórica y a ruinas, resulta especialmente oportuno volver los ojos a las tesis distributistas, que de nuevo suenan —como lo hicieron al autor de este libro— novedosas, alegres, sorprendentes y esperanzadoras.

Chesterton y Titterton desarrollaron la lucha por el distributismo codo a codo en la prensa. Por eso, no debe extrañarnos que el libro se centre sobre todo en el Chesterton periodista, no sin darnos numerosos ejemplos de poemas. Según nos cuenta Titterton, Chesterton «no tenía en gran estima su talento como poeta», que él admira sobre todo lo demás. Lo que le permite darse cuenta, con una nota de melancolía, de aquello a lo que Chesterton renunciaba por sacar adelante sus empresas periodísticas y políticas: «Estoy seguro de que no era consciente de su sacrificio. Se sacrificó con la misma naturalidad con la que producía artículos políticos cuando podía haber estado escribiendo poemas inmortales, porque en ese momento lo que hacía falta era el artículo. [...] La fama le importaba un comino. Gilbert Chesterton y sus dones (es imposible que no fuese consciente de tener un poco de talento) eran un instrumento en las manos de Dios. De

Dios dependía, y no de G.K.C., el que tallasen estatuas o pusieran ladrillos».

Esa cercanía laboral permite observaciones muy útiles. «Durante todo el tiempo que estuve con G.K.C. en el *News*, estudié con ahínco sus artículos. Verle ayudaba, y sus costumbres ayudaban. Convencía con su presencia, como Walt Whitman, el héroe de nuestra juventud. Conocerle era una revelación». Y da detalles muy interesantes para entender el estilo chestertoniano (es uno de los grandes méritos de este libro). Esos detalles, por persona interpuesta, también nos ayudan a nosotros como si lo viésemos, como una revelación. «No tenía costumbre de practicar la composición literaria»; Chesterton escribía, nos cuenta Titterton, como conversaba. Pero eso no le hace olvidar al biógrafo el *quid* de la cuestión: «Le digo a todo periodismo y era todo literatura. [...] El periodismo falla cuando no relaciona la noticia del momento, o el comentario inmediato de la noticia, con la verdad eterna. G.K. Chesterton no falló nunca es ese sentido».

Las anécdotas que nos ofrece Titterton casi siempre ocurren en el ámbito laboral. Incluso cuando hace alguna mención aislada a la vida hogareña, Titterton nos explica que se encontraba allí para entrevistarle para tal o cual periódico. Resulta gracioso, y significativo, lo que Titterton, que suele hacer gala de un magnífico humor, se enfada al considerar la fama de bebedor pantagruélico que le han echado encima a su amigo. Consigue, arrastrado por la indignación, una de las frases más encendidas, con una comparación más brillante, de todo el libro: «No entendían el hecho, muy sencillo, de que era un gran bebedor igual que Robert Browning era un gran amante, y Don Juan y Lord Byron no lo eran».

A la vez, porque lo cortés no quita lo valiente, cuenta varias chispeantes anécdotas tabernarias. Y a menudo le llama «el viejo», expresión que a nosotros, acostumbrados a la ágil juventud eterna de la prosa chestertoniana, nos choca. Pero se trata de un mote cariñoso propio de la jerga laboral. En ese ambiente de cercanía, da Titterton con una de las imágenes más emocionantes y hondas de todo su libro. Describiendo al Chesterton que gustaba de tomarse una cerveza, observa: «Si está con un amigo, la eternidad que anhela ha comenzado».

Tan interesante como lo que cuenta, lo que no cuenta. Por ejemplo, el padre Brown y sus historias detectivescas, que sustentaron la fama internacional de Chesterton durante su vida, aparecen apenas de pasada. No hace falta ser el sagaz detective, para sospechar que Titterton consideraba aquellos relatos como un asunto menor, comparado con su labor periodística, política y, por supuesto, poética.

Quizá ese silencio, que en la época de publicación de *G. K. Chesterton, mi amigo* hubo de sonar clamoroso, era la reacción de Titterton contra un error de apreciación en el conjunto de la obra de Chesterton.

Y se hacen muy pocas menciones al catolicismo, lo que puede sorprender en un converso como Titterton y que lo fue, en buena medida, por el influjo de Chesterton. Se trata, supongo, de la discreción inglesa. Pero también de la confianza en la unidad de vida: el Chesterton público era éste, hablando de sus ideas políticas; y de su amor a Inglaterra: qué emoción épica cuando, para describir la grave alegría de la entrada de su

país en la primera guerra mundial, Titterton escribe esta frase impresionante: «Y el milagro de encontrar a Inglaterra en el bando correcto era lo mejor que nos había pasado en cuatrocientos años»; y hablando y escribiendo de trivialidades, minucias y frivolidades, porque como G.K.C. decía: «Puritano era sinónimo de hombre cuya mente no tenía vacaciones... Es imposible estar serio trescientos años... En los templos eternos tiene que haber frivolidad. Es necesario estar cómodo en Sión, a menos que se esté de visita fugaz». Mientras Chesterton hablaba, pues, de cualquier cosa, el catolicismo lo sostenía todo por debajo, y allí, debajo, lo ha dejado Titterton. Aunque pudorosamente nos hace alguna mención que no se nos debería pasar por alto, como cuando declara su convencimiento de que Chesterton tenía —nos susurra— la visión continua de la divinidad propia de los santos.

No se piense, sin embargo, que el libro rehúye lo más hondo. Con qué impresión se lee el rechazo de Chesterton a «su gran tentación». G.K.C., según sus propias palabras, pudo ser un hereje. Pudo afincarse en la parcela de la verdad que más iba con su carácter y convertirla en un absoluto indiscutible. Esa verdad suya era la felicidad y la acción de gracias permanente. Y hubiese tenido muchos discípulos, como de hecho empezó a tenerlos. Pero abjuró de su herejía en cuanto comprendió que el mundo no es Dios, que no todo merece una celebración y que, junto al «Hágase tu voluntad», hay que recitar el «Y líbranos del mal». Perdió sus discípulos. O, mejor dicho, convenció a sus seguidores para que le soltasen. Cayó muy suavemente, dijo, sobre una roca; sobre la Iglesia. Por eso, ahora los discípulos de Chesterton no lo son suyos exactamente, sino cristianos. En rigor, nos viene a decir, no hay chestertonianos. Lean, pues, con mucha atención ese pasaje; todo el libro, por supuesto, pero con especial atención ese pasaje. No conozco una muestra más desnuda y directa de la humildad y la grandeza de Gilbert Keith Chesterton.

ENRIQUE GARCÍA-MÁIQUEZ

El Puerto de Santa María, a 8 de diciembre de 2010

¹ Why should I care for the Ages/ Because they are old and grey?/ To me, like sudden laughter,/ The stars are fresh and gay;/ The world is a daring fancy,/ And finished yesterday.// Why should I bow to the Ages/ Because they were drear and dry?/ Slow trees and ripening meadows/ For me go roaring by,/ A living charge, a struggle/ To escalate the sky.// The eternal suns and systems,/ Solid and silent all,/ To me are stars of an instant,/ Only the fires that fall/ From God's good rocket, rising/ On the nights of carnival.

A G.K.C.²

*Muy perezosamente iba yo paseando
cuando lo vi, atrapada su atención en un libro,
removiendo las hojas del suelo con sus pasos
o parándose un rato aquí o allí, tranquilo.*

*Como un barco de vela, sobresale a la masa;
como el destino, corre; y a la vez su raíz
con cada paso hunde. Suelta una carcajada,
las gafas se le caen, pega un grito feliz...*

*¿Qué le conmueve así? ¿Una imagen vivísima
de la Prensa? ¿O vislumbra, más allá, a los ángeles
dichosos, retozando? O sólo le ensimisma
el recuerdo del último amigable debate?*

*Le contemplo sentado en lugar luminoso,
acunando misterios. Buenas ideas pasan
como luz en el agua sobre su honesto rostro
en paz monumental por detrás de sus gafas.*

*En la mesa festiva, le veo presidiendo.
Le ilumina la dicha. Resuena su gran voz.
Es nuestro capitán y exulta igual que, viendo
nacer la luz, lo hicieron los hijos del Señor.*

*Le veo ahora. Casi contra mi voluntad,
la habitación se alegra con su voz nuevamente.
Se sienta junto a mí. Puedo verlo, aquí está...
Le he perdido. Se ha ido. Y el día se oscurece.*

W. R. T.

² As I go strolling idly round the street, / I see him wrapt obliviously in a book. / Stirring
the Temple leaves with swinging feet, / Halting in this or other cosy nook. / Like a tall ship he
stems the eddying crowd. / He moves like destiny; and yet / takes root at every step. And now
he chuckles loud / —pince-nez come tumbling...there's a joyous shout. / Is it the moving
picture of the Press convulses him? / Or does he gaze afar at cherubs romping? Does he
merely bless / the recollection of some friendly spar? / I see him seated in some twilight place,
brooding on / mysteries. Gay fancies pass like light on water o'er his earnest / face, in
monumental peace behind his glass. / I see him ruling at the festal board. Joy brims his great
face. / His great voice rings out. As shout the sons of God when our / Lord lets there be light,
so does our captain shout. / I see him now. Almost against my will / The room's gay with his
glance, his voice, and him. / He sits beside me. I can see him still... / I've lost him. He is gone.
The day grows dim.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

Este es el retrato de un niño sabio. Gilbert no era un Peter Pan de esos que no quieren crecer y asumir sus responsabilidades. Siempre fue consciente de sus responsabilidades, y siempre estuvo dispuesto a asumirlas; y siempre fue niño.

Se podría decir que Chesterton no llegó a crecer, excepto en tamaño físico. Él mismo escribe en cuanto a los personajes de Dickens que no progresan, que no cambian, que ahí están, eternos como si dijéramos. Si uno se encontrase a la vuelta de la esquina con Micawber, sabría exactamente cuál sería su aspecto, y más o menos qué diría. Igual ocurría con Chesterton. A la vuelta de cualquier esquina en Fleet Street siempre esperaba encontrármelo, dando grandes zancadas hacia mí, una versión jovial de la Victoria Alada; bajo el enorme sombrero flexible, el gran rostro orgulloso y humilde, concentrado en una sonrisa pensativa tras los descuidados quevedos; un cigarrillo en la comisura; papeles abultándole los bolsillos bajo el vuelo del manto.

Sabía cuál sería su aspecto y más o menos qué diría: «Hola, Titterton, vamos a entrar en algún sitio». Entrábamos en algún sitio, y con una jarra delante se ponía a hablar.

En cierto sentido, no lo he perdido. Me parece verlo por Fleet Street, aunque en los últimos años iba poco por allí. Nos acomodamos en una taberna. Solemnemente levanta el vaso. Se le caen los quevedos... Sólo su voz sabía, que la risa prodigiosa lleva del agudo al *basso profundo* —la auténtica voz de un niño grande— sólo la voz de mi amigo calla.

Espero que entiendan lo que quiero decir cuando digo niño. Espero que recuerden lo que dijo Nuestro Señor: «Un niño nos guiará». Este pequeño niño grande me guió durante muchos años, y aún me guía.

En cierta ocasión me dijo Wells: «Has olvidado tu infancia, Titterton. Yo no». Creo que se equivocaba doblemente. Pero a los dos nos deja apabullados este hombre enorme, el pequeño Gilbert Chesterton.

Me he divertido especulando ociosamente acerca de qué sentía su madre al llevar de la mano a ese niño prodigioso por las calles de Campden Hill. ¡Al mismo G.K.C. que yo conocí! Pero sin duda su aspecto sería algo distinto. Sería más pequeño; no habría alcanzado la dignidad del cigarro; posiblemente no hubiese aún rastro del bigote, como

el del *Caballero risueño* de Hals; tal vez sólo estuviese amagando el famoso bastón-espada.

Pero por dentro era el mismo. Ya era rey en el país de las hadas. Ya tenía los bolsillos llenos de novelas de aventuras, de esas que costaban entonces un penique y que ahora, siento decirlo, cuestan dos. Y ya miraba con ojos gozosamente maravillados, extáticos, el milagro constante de este mundo mágico.

¿Qué es lo que veía? ¿Ante qué visión se ponía firme? Pues la que fuese. ¿Qué le hacía detener de un tirón a su madre, y señalar, y reír? ¡Atención! Veía lo nunca visto: una calle de Londres. Veía rejas, altas como las lanzas de todos los ejércitos del mundo. Veía casas: castillos con ventanas mágicas que se abrían, no hacia peligrosos mares vacíos, sino hacia esta maravilla aún mayor. Veía el caballo que tiraba de una calesa, caracoleando como el de San Jorge sobre el dragón; veía un tigre acechando en un patio; veía la sombra mágica creada por una farola. Y si había suerte, veía, oh, gloria de todas las glorias, la luna sobre Campden Hill.

Lo veía todo, y soltaba una gran carcajada, aunque cualquiera que pasara por ahí sólo oiría un gorjeo. Y luego él y su madre entraban en algún sitio (era su casa, pero cualquier sitio donde entrase Gilbert era su casa) y lo hablaban. Porque la madre de Chesterton era una gran mujer, y lo entendía.

He dicho que Gilbert Chesterton no cambió. Y no cambió. Cambiaron sus opiniones, pero sus creencias no: aunque no dijo *Credo in unum Deum* hasta que fue adulto, de pequeño ya conocía a Dios.

Sus padres creían en Dios, aun sintiendo aversión por los *Credos*. Tenían sus dogmas. En palabras de su hermano Cecil: «Dogmas tan sencillos y humanos que les parecían evidentes. La Paternidad de Dios, la Fraternalidad de los hombres, la no eternidad del mal, la salvación última de todas las almas... Desde entonces, el método de libre pensamiento que creó este sistema» (como reacción contra el calvinismo) «lo ha destruido en gran medida, obligando a algunos de sus hijos a regresar a un credo más ortodoxo, y a otros hacia una negación más completa. Pero en aquel entonces, miles encontraron consuelo en una vaga pero noble teofilantropía». Ese era el ambiente espiritual en casa del niño Gilbert Chesterton.

Tuvo que ser un hogar estupendo para un niño. Tuve el privilegio de conocer a la madre de Gilbert, y sé a quién salió él en ingenio. Pero recordemos que en esa casa se criaron dos gigantes. Porque Cecil, a su manera, fue tan grande como su hermano.

No cabe duda de que los dos muchachos le debían mucho a la indomable honestidad, de pensamiento y de acción, de su padre.

Edward Chesterton era de profesión topógrafo. Y aún hoy, la empresa Chesterton ofrece mansiones apetecibles desde las vallas publicitarias de Kensington. De ahí tal vez la manía de Gilbert de que todo ciudadano debe tener una casa.

Todos los ingleses más típicos son mestizos. A Gilbert le pusieron Keith de segundo nombre por un tatarabuelo de Aberdeen. El apellido de soltera de su madre era Grosjean, y los Grosjean eran suizos, con un antepasado que se vio enterrado vivo en las trincheras tras la Batalla de las Pirámides; se quejó, lo desenterraron, y con el tiempo fue

responsable, en parte, de la existencia de Gilbert y Cecil Chesterton.

Pero todo esto es marginal: cuarteles en el escudo de los Chesterton, que fueron pequeños granjeros en Cambridgeshire, hasta que uno de ellos contrajo la alegre infección de su época y, como habría dicho Cecil, «derrochó todo su dinero pagando deudas».

Aún así no las pagó todas. Porque pasó mucho tiempo en la cárcel por sus deudas; y las cartas que escribió desde allí, que aún permanecen en los archivos familiares, son un ejemplo de elegante elocuencia.

Rebelándose contra esa elegancia y sus consecuencias (las deudas), el hijo del deudor se hizo tratante de carbón, y después fundó una agencia inmobiliaria que se ha convertido en toda una institución. En la cuarta generación reinó Edward Chesterton como socio.

Edward Chesterton y su esposa eran de lo mejor de los liberales victorianos. Desarrollaron una intensa actividad intelectual. Juzgaban todas las teorías y los sistemas religiosos y políticos por sus méritos. Y si a veces se equivocaron en sus juicios, fue porque no tenían todos los datos, o por el ambiente de su tiempo. Su honestidad era tan inexpugnable como insaciable su curiosidad.

Era natural que no creyesen en los milagros. Aunque nos parezca extraño, ahora que se nos ha pasado esa manía, en la década de 1870 las personas cultas consideraban que creer en los milagros era (por citar a ese pobre victoriano Arnold Bennett) «señal de una mente de segunda».

Muchos de esos descreídos se hacían llamar anglicanos. Pero Edward Chesterton y su esposa eran demasiado rectos para eso. Ellos se decían unitarios. Es extraño pensar que en su primera, su primerísima juventud, Gilbert se consideraba unitario, y que estaba de acuerdo con la fantástica afirmación de que los milagros no existen. (Aunque sabía perfectamente que sí existen. Sólo que estaba demasiado ocupado disfrutando de ellos para ponerles nombre.)

Pero los debates que había en su casa, en torno a todo en general y cada cosa en particular, fueron esenciales para él. Imagino que, antes de acudir al colegio de St. Paul a los doce años, sus actividades principales eran cinco; aparte, claro está, de pensar e imaginar aventuras, cosas que hacía continuamente a la par que lo demás. Escuchaba los cuentos de hadas que le contaba una vieja criada, leía cuentos y libros de aventuras, dibujaba en todo papel y en todo libro que se ponía a su alcance, veía el mundo (bueno, eso lo hacía también continuamente), y escuchaba los debates que había en su casa. Al acercarse a la adolescencia empezó a participar, con el debido decoro pero con vehemencia.

Seguro que Gilbert y Cecil seguían discutiendo cuando se quedaban solos; porque si existía alguien a quien le gustase más el debate que a G.K.C. era su hermano menor. Cecil era grande debatiendo, más frío que Gilbert, aunque no más tranquilo. No diré que fuese más lógico. Pero mientras que Gilbert pensaba a relámpagos, Cecil sostenía una lámpara.

Las charlas entre los dos hermanos, que antes de amar a Dios amaron la razón y el

pensamiento honrado, y que se amaban entonces, y se amaron hasta la muerte, como pocos hermanos se han amado, sus charlas, digo, se han perdido. Qué se le va a hacer: se ha perdido la mayor parte de lo que hablaron esos dos grandes habladores. Pero así ocurre con todos los grandes habladores, excepto el doctor Johnson; y no hay manera de saber cuánto se sacó James Boswell de su astuta cabeza escocesa. ¡Ojalá me atreviese a hacer lo mismo con G.K.C.! Pero tal vez haya que ser escocés para tener la cara tan dura (mis lectores escoceses añadirán: y el cerebro) que hace falta.

Sin embargo, me consuela lo que me dijo el otro día el padre Ignatius Rice, director de Douai. Dijo que se alegraba de que yo estuviese escribiendo este libro. Que esperaba que todos los que conocieron bien a Chesterton escribiesen lo que sabían. Y así tendríamos, no un Boswell, sino toda una multitud de Boswells, que es lo que le habría encantado a G.K.C.

Yo conocí bien a G.K.C.; he charlado mucho con él. Me haría ilusión ser el primero de esa multitud de Boswells.

Sus padres creían en dejarles libertad a los hijos, y con los suyos dio resultado. A Gilbert nunca lo obligaron a leer la Biblia, así que la leyó. Me temo que la lógica no es buena: porque a los modernos no se les obliga a leer la Biblia, así que no la leen. La consecuencia es —que me cuelguen si esto no es lógico— que los modernos no tienen estilo.

A los muchachos nunca les insistieron para que fuesen a la iglesia. Cuando iban (no consta que esta libertad les hiciese ir todos los domingos y en las fiestas de los grandes filósofos), iban a Bedford Chapel y oían predicar al reverendo Stopford Brooke.

Stopford Brooke era un hombre grande, buen predicador y auténtico poeta. Al ir o al volver de la sede de su periódico, el *G.K.'s Weekly*, en Essex Street en el Strand, Gilbert solía detenerse a mirar el escaparate, lleno de libros unitarios, que surgía de la fachada de Essex Hall. Bueno, la vista de libros en un escaparate o un puesto siempre lo atrapaba. Pero estos tenían un interés especial. Le recordaban al niño Gilbert en la capilla, pendiente de la cara expresiva de Stopford Brooke, y escuchando todo lo mejor que tenía que ofrecer el unitarismo. Porque en ese escaparate de Essex Street, Stopford Brooke era el primero, y los demás no existían. G.K.C. le debía mucho, porque el gran unitario había enseñado al joven Gilbert a refutarlo.

No nos sorprende que el unitarismo no contentase a G.K.C. durante mucho tiempo. Su mundo era un mundo efervescente, de colores vivos; y el mundo unitario era un mundo sereno en blanco y negro. Ese unitario rebelde tenía que quebrantar todos sus principios.

El joven Gilbert se rebeló. Se hizo agnóstico. Limpió su cerebro de trastos viejos, antes de empezar a amueblarlo. Pero retuvo eso que él llamaba una «reverencia nublada» por una deidad cósmica que, tras crear el mundo y ponerlo en marcha, contemplaba cómo rodaba.

Pero, como ya he dicho, siempre conoció a Dios, no como deidad cósmica, sino como Amigo. Y siempre, aun cuando todavía desdeñaba los milagros, fue consciente de ellos.

No sé hasta dónde había llegado Gilbert en su agnosticismo cuando se fue a St. Paul a los doce años. Pero creo que en algún sitio dice que dio el paso a los quince, dos años antes de dejar el colegio.

Existe una fotografía de estudio de G.K.C. a los trece años. Pelo revuelto y un poco rizado (no tanto como después) sobre la frente grande. Ojos serenos y pensativos. La nariz y el mentón, fuertes. La boca infantil, expresiva; un aire de vida tranquila, ávida, como si el muchacho estuviese a punto de saltar a la acción, para jugar o batallar o, mejor, las dos cosas a la vez.

Sus amigos lo describen como un muchacho alto, delgado, bastante guapo, irritantemente despistado, que leía todos los libros que podía —excepto los textos escolares—y que llenaba de dibujos todas sus páginas. La vida le parecía demasiado interesante como para perder el tiempo jugando.

(Hablando de su despiste: En un futuro lejano, telegrafiaría a su mujer: «Estoy en Manchester. ¿Dónde debería estar?»)

Para los profesores mediocres era un alumno más. Los inteligentes supieron ver sus cualidades. Sobre todo, el director, F.W. Walker, cuya extraordinaria personalidad dejó una profunda y duradera huella en el muchacho.

«Walker», nos dicen, «tenía una cabeza leonina, y su voz, cuando se enfadaba, se parecía al rugido de un león. Su simpatía era no menos ensordecidora que su ira. Su risa hacía temblar los pasillos». Podemos imaginar al joven Gilbert, contemplando con temeroso fervor a este hombre que casi encarnaba su propia respuesta interior a este mundo misterioso.

El único logro académico de G.K.C. en St. Paul fue la obtención del premio Milton de poesía. Causó un revuelo, porque los alumnos de octavo consideraban el premio propiedad suya; y Gilbert estaba en un curso inferior. El tema fijado era San Francisco Javier; tal vez por eso Gilbert no escribiría nunca una biografía del indomable apóstol de Oriente. Me gustaría conseguir ese poema, pero no lo he encontrado.

Es lo que pasa con la obra de G.K.C. La diseminó, como hace la Naturaleza con la suya. La podías coger si querías. Por ejemplo, hubo una balada... Pero eso queda para después.

Supongo que no le importó mucho su poema: sé que no le importó su éxito. Los éxitos nunca le interesaron. Y había encontrado algo que absorbía su interés. Los muchachos formaron el *Junior Debating Club*, y él fue su presidente por derecho divino.

La historia del *J.D.C.* fue como un cuento; sus términos de referencia eran «leer a Shakespeare», un objetivo soporífero que se abandonó por acuerdo general tras la primera asamblea. Así se convirtió en el *J.D.C.* auténtico; y al menos tres periodistas, un buen autor de relatos, un político liberal y dos profesores se iniciaron allí en dialéctica.

El club llegó a producir una revista mensual —*The Debater*—, donde aparecen los primeros artículos y poemas firmados por G.K.C.

Un poema, titulado *Ave María*, revela la mente de ese joven agnóstico mejor que nada que yo pueda decir. Así comienza³:

*¡Ave María!, bendita entre todas las mujeres,
todas las generaciones te alabarán.
Tras siglos de polémica y de dogma,
vengo a tus pies a rezar.*

*Donde las plumas rojas de Gabriel son un viento
de tus lirios de Nazareth,
rezamos, los que rompimos con las iglesias;
te adoramos, los que no creen.*

Para ver con claridad hasta dónde había llegado este muchacho, y hasta dónde iba a llegar pronto, hay que recordar hasta dónde había llegado la era victoriana. En 1887, cuando Gilbert tenía trece años, la nación celebraba las bodas de oro de la reina Victoria, y la felicitaba y se felicitaba por un reinado sin igual en logros espirituales, mentales y físicos.

Los victorianos de mediados del reinado estaban muy satisfechos. La Gran Bretaña era la nación más importante del mundo, en todos los ámbitos, y siempre lo sería. A la Gran Bretaña no le había ocurrido nada importante antes de 1837, excepto la Reforma y la Batalla de Waterloo. Y en el extranjero tampoco había ocurrido nada importante, excepto las guerras de británicos contra nativos.

El uso del vapor como energía motora para las máquinas se consideraba como el mayor triunfo del hombre, y la revolución industrial que siguió, como la cima de la civilización. ¡La veían como un triunfo! Y ciertamente, por el momento, desde el punto de vista de los que mandaban, lo fue.

Para los oprimidos no era un éxito. Y en 1887, el año del Jubileo, los trabajadores se manifestaron en la Plaza de Trafalgar, con William Morris y Cunninghame Graham a la cabeza, y fueron apaleados por la policía. Bernard Shaw, que estaba presente, relata que cuando la manifestación fue atacada Morris gritó: «¡Cierren filas!» y todos salieron corriendo. El anarquista Tocatti acusaría luego a Shaw de salir corriendo, a lo que Shaw respondió: «Un hombre civilizado no sale corriendo. Salí andando».

Shaw dirá que a Morris se le rompió el corazón al ver que el obrero británico no tenía agallas para hacer la revolución. Pero yo no lo creo. Nada podía romperle el corazón a Morris; y hasta su muerte estuvo esperando a que amaneciese el gran día.

Todos los jóvenes socialistas lo esperábamos. Bueno, decíamos que éramos socialistas, pero Carlos Marx nos importaba un rábano, y la Sociedad Fabiana mucho menos. Esperábamos con ilusión una nación de camaradas, artesanos todos (hacíamos una pequeña excepción con los campesinos); y estábamos seguros de que el malvado Estado en el que vivíamos sería destruido por las armas.

No temíamos al fracaso; pronto llegaría el Día. Joe Clayton se hizo voluntario para estar preparado. Un joven miembro del S.D.F. (Social Democratic Federation) se casó disponiendo sólo de treinta chelines a la semana, seguro de que en primavera llegaría la

revolución social. Estábamos exultantes, incandescentes de entusiasmo por la Causa. Esta civilización mecánica, cuyas ruedas dentadas eran hombres, era una pesadilla que desaparecería en cuanto desenvainásemos las espadas.

La mayoría de nosotros odiábamos el mundo victoriano, no sólo por injusto, cruel, inhumano y destructor de la libertad, sino por feo. Y, unidos a nosotros como hermanos siameses, había un grupo de hombres y mujeres que lo odiaban por feo, nada más. Si mencionaban las otras consideraciones, era para decir que la injusticia, la crueldad y la esclavitud eran feas. Adoraban la belleza; y la adoración de la belleza suele acabar en bestialidad. Así acabó en algunos casos. Pero la infección tardó en propagarse, y durante un tiempo el lánguido movimiento estético estuvo curiosamente mezclado con el bando revolucionario.

Había un grupo en que los elementos estaban mezclados de tal manera que componían un todo bastante simpático. Era el grupo fundado y representado por el periódico *Clarion*. Se recordará que en el ejército revolucionario desfilaban, codo con codo, fanáticos de opiniones totalmente contrarias. Anarquistas con marxistas, cristiano-socialistas con ateos. Y, aunque a la mayoría de los camaradas les gustaba comer y beber bien si podían, entre nosotros había abstemios y vegetarianos fanáticos. Pero el *Clarion* y su alegre banda —Robert Blatchford, el Advendedor, A.M. Thompson y los demás— no tenían contemplaciones con los fanáticos. Predicaban con risas y canciones el evangelio de la alegre Inglaterra, con mucha buena voluntad, buena diversión y buena cerveza; y también buenos libros.

Pero todos estábamos infectados de la idea del Progreso. El mundo no tenía más remedio que ir a mejor, a mejor y a mejor. Pero un poco de revolución ayudaría al proceso evolutivo, de manera que, con la ayuda de las ideas y de la espada, podíamos saltarnos algún siglo de miseria sórdida.

Aborrecíamos a los liberales, con sus reformas chapuceras, mucho más aún que a los conservadores. Porque engañaban a los pobres obreros, convenciéndolos de que las cosas podían arreglarse poniendo parches. Y aceptaban la era mecánica; sólo querían que la máquina funcionase mejor. No tenían vista. No eran nada.

En realidad, estaban lejos de no ser nada. Y para el joven Gilbert Chesterton, el liberalismo resultó lo más natural. Pero todos sus instintos estaban del lado de los revolucionarios. Así que empezó a considerarse socialista, aunque jamás llegó a aceptar las teorías económicas del socialismo.

Pero debo rogarles que comprendan —y volveré a hacerlo más veces a lo largo de mi relato— que siempre consideró la vida como un libro de caballería. Una y otra vez a lo largo de su vida utilizaría la figura de San Jorge; había que matar al dragón y rescatar a la dama.

Todos los muchachos tienen estos sueños; la mayoría los olvidan, pero a los hombres decentes se les quedan, digamos, en la sangre. Para Gilbert Chesterton eran algo más que sueños, y jamás los olvidó. Su visión no era una cosa romántica y empalagosa, sino como una espada: duro, afilado y recto. Y sabía lo que significaba la empuñadura en forma de cruz, incluso antes de descubrir que la Crucifixión es el corazón de la

caballería.

Creo que de niño hizo votos de servicio caballeroso; de muchacho, estoy seguro. Estaba dispuesto a sufrir pobreza e ignominia (el dolor, el trabajo y el riesgo de morir eran parte esencial del voto), al servicio de la Causa. Pronto descubrió que como mejor podía servirla era escribiendo. Pero recuerden que, si hubiera habido una auténtica revolución, un levantamiento del pueblo inglés, lo habríamos encontrado en las barricadas.

Durante mucho tiempo dudó del nombre de la Causa. Y si alguna vez pensó que su nombre era socialismo, fue porque le pareció que los socialistas eran los únicos dispuestos a morir por ella.

Yo también lo pensé. Ahora no estoy tan seguro. Aunque recibíamos con buen humor los palos que nos daban en las manifestaciones pro-boer. Pero ¿pudo desvanecerse toda esa energía caballerosa, todo ese sentido de devoción absoluta, cuando nos hechizó el fabianismo? ¿Cuándo pedíamos el pan de la vida, y nos largaron un tratado sobre las panaderías municipales?

Sólo sé que yo también había soñado con la caballería, y que mi sueño se había desvanecido. El de Chesterton permaneció claro y real.

Recuerden también que siempre estuvo a favor del hombre corriente, y en contra de los expertos, a favor de la vida normal y en contra de lo excéntrico. Y por el momento, la multitud de socialistas, encabezada por Morris y Blatchford en lo que respecta a su visión, aunque no su economía, también estaba de ese lado. La multitud fue capturada, algunos por el fabianismo, otros por el marxismo (los del S.D.F. siempre habían sido marxistas en teoría, pero sentimentalmente revolucionarios partidarios de Morris), y otros por una extraña mezcla de los dos. Y por último los sindicalistas, engañados, se unieron al movimiento socialista como opción política; lo único que querían era mejores condiciones de trabajo como esclavos asalariados. Así que la visión se desvaneció. Pero el hombre que había conservado su sueño abandonó sus filas.

³ Hail Mary! Thou blest among women; generations shall rise up to meet. After ages of wrangle and dogma, I come with a prayer to thy feet. Where Gabriel's red plumes are a wind in the lanes, of thy lilies at eve, we pray, who have done with the churches; we worship, who may not believe.

CAPÍTULO 2

Supongo que ya es hora de revelar el hecho de que Gilbert Chesterton nació en Kensington en 1874. Mi reparo no se debía al toque Kensington. Como habría dicho G.K.C.: «Cualquier sitio es bueno para nacer». Pero me resulta difícil creer que no estuviera siempre ahí, que hubo un tiempo en que existía Kensington, pero no contenía a G.K.C.

Casi igual de difícil resulta imaginar que hubo un tiempo en que G.K.C. no era cristiano declarado; y sin embargo lo estamos consiguiendo.

Mi locura no llega a tanto como para afirmar que G.K.C. existía pero Kensington no. La cuestión es que el barrio no llegó a su auténtico ser hasta que vino él, y que no ha sido lo mismo desde que se fue. Ahora se va quedando en dominio de los grandes almacenes.

En cuanto a su repentina llegada a este planeta, al hecho de debutar, de salir a escena de pronto, milagrosamente, para una única actuación, siempre le pareció la idea más divertida y magnífica del mundo... hasta que conoció una idea mejor aún: la idea de que no tendría fin.

En su monografía sobre Bernard Shaw encuentro lo siguiente: «Uno debería estar siempre pegado a las faldas de su madre; siempre debería estar ligado a su infancia, dispuesto a empezar de nuevo, de cuando en cuando, desde un punto de vista infantil. Teológicamente, decimos: “Hay que volver a nacer”. Secularmente, decimos: “Hay que celebrar el cumpleaños”. Aunque no vuelvas a nacer, por lo menos te acuerdas de vez en cuando de que naciste una vez». Es algo que G.K.C.

nunca olvidó. Siempre estaba celebrando sus diversos cumpleaños: el de su primer nacimiento, y el del segundo.

Por el poema citado en el capítulo anterior, está claro que en St. Paul sus opiniones estaban en flujo, aunque su conocimiento era estático. Esto lo digo no como crítica de su trabajo académico, sino reconociendo su sabiduría innata.

En su época estudiante creía firmemente en la revolución sangrienta. Creyó en ella casi toda su vida. No estoy seguro, pero creo que al final abandonó la idea, tal vez porque descubrió que una revolución sangrienta moderna iba a ser menos sangrienta que

gaseosa.

Pero era un hombre en toda su plenitud cuando escribió⁴:

*Es probable que en esas llanuras muy lejanas,
tristes, blandas y libres, con el vals
de la guerra revienten los tambores,
y que la muerte baile con la libertad.*

*Es muy probable que se levanten barricadas,
masacre aquí y humareda allá;
y la muerte y el odio y el infierno declaren
que los hombres hallaron una cosa que amar.*

Esos ya eran los sentimientos del colegial de St. Paul, aunque no había alcanzado aún esa forma de expresión. Se consideraba liberal. Durante toda su vida, excepto el breve intervalo en que se consideró socialista, se dijo liberal; en realidad era conservador. Más tarde diría que era el último liberal que quedaba en Inglaterra, cuando tal vez debía haber dicho que era el primero. Pero siempre fue un liberal revolucionario, una extraña combinación de jacobino y jacobita.

Debido a su liberalismo revolucionario, fue agnóstico durante unos años. Amaba al mundo con toda su visión, pero lo odiaba con toda su mente. Como todos los niños, nació con un terrible sentido de la justicia; a diferencia de la mayoría, jamás lo perdió. La injusticia lo llenaba de apasionada indignación, e incluso como colegial latía de ira recta ante las incontables injusticias del mundo. Si la deidad cósmica era responsable de eso, pues bien, tenía la opinión dividida en cuanto a la deidad cósmica. Era mejor ser agnóstico y decir que no sabía.

Y entonces, justo cuando iba a dejar el colegio, a los diecisiete años, se tropezó con Walt Whitman.

Ese dato siempre me produce emoción. Porque yo era un agnóstico de dieciocho años cuando me tropecé con Walt Whitman. (Ya sé que, como en el caso de la *partenaire* de Frank Tinney en un espectáculo de *music-hall*, lo que me pasó a mí no importa. Pero al fin y al cabo este libro lo estoy escribiendo yo, con un poco de ayuda de Chesterton, así que no les queda otra que escucharme.)

Un amigo mío fue a comprar los poemas de Whittier, y le dieron Whitman por error. Los nombres se parecían mucho, y aún se parecen, como dice el Aprendiz de Pirata, aunque los años han pasado por encima de sus cabezas, y ahora sólo nos acordamos de Whittier unos cuantos vejestorios. Pero mi amigo se enfadó, y cuando me encontró tembloroso, leyendo las *Hojas de hierba*, me dijo que me lo quedara, que no eran más que tonterías. Me lo quedé, lo leí, y, de repente, ¡creía en Dios! No en una deidad cósmica, nebulosa. ¡Eso era un cuento! Sino en un Padre Amantísimo, en Cuyos brazos podría cobijarme.

Y vi que el mundo era bueno, realmente bueno. Y que el mal era pasajero, ilusorio. Sólo el bien era real y permanente⁵:

*Sobre la maleza de la enfermedad y la pena,
un pájaro aletea, aletea alto y libre
en unos aires cada vez más puros.*

Vi que todos los hombres eran compañeros, camaradas y, por tanto, iguales. Vi que en realidad eran todos uno. Y que cuando todos lo entendieran, las cosas empezarían a ir bien. Mientras tanto, el conflicto estaba bien, era parte del plan. La revolución era un imperativo: así funcionaba la vieja causa.

Las ciudades estaban bien. Era una cobardía no aceptar lo moderno. Levantaos, oh días, de vuestras profundidades insondables para saludar a las multitudes que se apresuran al ferry de Brooklyn y por los largos cañones de las calles de Nueva York; multitudes que se levantan tumultuosamente al son de tambores y al ondear de la vieja bandera gloriosa.

Pero para entender las ciudades había que alejarse de ellas. La verdadera vida del hombre era al aire libre, pisando el Camino Abierto, viendo maravillas: llanuras y lagos y ríos, limpias montañas y valles felices.

Respirar aire libre, descubrir el pecho varonil. Ser carne limpia y dulce, en cada centímetro del cuerpo. Y de cuando en cuando, encontrarse con una mujer fuerte a quien amar. Ella, por lo visto, no tenía elección. Pero eso por entonces no me preocupaba. No sé qué impresión le producía el asunto a G.K.C.

Pero sí consta la que le producía Walt Whitman. Lo dejó definitivamente impresionado. Parecía que aquí estaba la clave de todos sus enigmas. Esa primera visión del niño (que nunca había perdido), de un mundo hermosísimo y glorioso, era cierta, después de todo. Con un gozoso grito de alegría, abrió los brazos para abrazar al mundo.

Ese era su estado de ánimo cuando salió de St. Paul en 1891 para irse a estudiar arte.

Gilbert Chesterton era un estupendo dibujante. Desde muy niño, usar el lápiz para dibujar fue para él tan natural como usarlo para escribir. Y durante toda nuestra amistad, siempre que se sentaba delante de un papel secante nuevo, lo dejaba lleno de dibujos. Dibujos magníficos.

Pero para él habría sido demasiado bohemio dedicarse a dibujar. Y tenía muchas cosas que decir. Además, los años noventa fueron una época desagradable, y los artistas más típicos eran lo más desagradable de la época. Al que estaba acostumbrado a los efluvios a ozono de las *Hojas de hierba*, le olían mal.

Toda esa época olía mal. Los pálidos estetas (¿se empolvarían la cara?) imitaban a su maestro, Wilde, y hablaban de los pecados hermosos. Por lo general, ahí se quedaba la cosa. A diferencia de su maestro, no llegaban a extremos; pero se regodeaban.

G.K.C. diría después que valoraba aquella época breve que pasó en la escuela de arte, porque tuvo ocasión de conocer a un número bastante representativo de canallas. Conoció a un satanista, y dice que fue, con gran diferencia, la cosa más terrible que le había pasado en toda su vida. Porque Chesterton había vivido entre personas decentes con un código moral limpio y claro. Si me pusiera a citar de aquel artículo maravilloso,

tendría que citarlo entero. Pero es necesario mencionar que G.K.C. le dijo a aquel hombre que, si viviésemos en una auténtica democracia batalladora, lo quemarían por adorar al diablo. Ya estaba lejos de la postura liberal de tolerancia de todos los credos.

La Escuela Slade de las artes fue la universidad de G.K.C. En la universidad no se aprende nada en clase, pero se tienen las mejores oportunidades de hablar y pensar. Claro que algunos estudiantes de arte hacen de su escuela un taller. Dijo Chesterton —no sé por qué— que la escuela de arte difiere de casi todas las demás escuelas y facultades en que presenta un contraste especialmente acusado entre ociosos e industriosos. Sin duda que difiere en ese respecto de St. Paul, especialmente el St. Paul del señor Walker. Pero imagino que tanto Oxford como Cambridge también presentan un fuerte contraste entre ociosos e industriosos.

Chesterton era lo suficientemente sabio como para holgazanear. En palabras de Whitman, «holgazaneaba e invitaba al alma». Dice Chesterton que, en aquella época, estaba ocupado «en descubrir, para mi asombro extremo y duradero, que no era ateo». Y, sin duda, que no lo había sido nunca.

Cuando digo que holgazaneaba, quiero decir que estaba muy atareado. Además de hacer el apocalíptico descubrimiento de que creía en Dios, y de hacer dibujos siempre que no debía estar haciéndolos, escribía sin parar. Y estando todavía en la Slade se inició en el periodismo, aunque desde luego no al son de trompetas, sino haciendo alguna que otra crítica de arte para el *Bookman*, publicación para la que luego haría también reseñas literarias.

Pero lo importante es que, todo el rato que estuvo en la Slade, estuvo ocupado desprendiéndose de la máscara que ocultaba al Chesterton esencial. Ingresó en la escuela un muchacho alto y delgado; salió el gran *Caballero risueño* que todos conocemos.

No llevaré a extremos la afirmación, cierta e importante, de que el G.K.C. que conocimos ya estaba en el niño. Y confieso que, desde un punto de vista superficial, había crecido; había madurado. El descubrimiento de la propia hombría significa un cambio en cualquier hombre. Chesterton siempre había sentido una devoción caballerosa hacia las mujeres, devoción que sintió primero por su madre. Se había imaginado cabalgando al rescate de hermosas damiselas oprimidas por horribles dragones y, a ser posible, villanos más horribles aún. Pero ahora su devoción adquirió una gloria especial. Bueno, todos hemos sido jóvenes, y alguna parte de nosotros siempre fue limpia. G.K.C. era limpio entero. Un joven caballero perfecto.

Creo que el empuje de esa caballerosidad le dio mayor volumen y estatura, y le hizo feliz y alegre. Y, aunque parezca extraño, su relación con rufianes fortaleció su deleite con la vida. Tal vez fuese el contraste de esa suciedad con la vida normal, limpia, de la que era cada vez más consciente. Se aferraba al hombre corriente como el náufrago se aferra al madero, y se encontró caminando del brazo con un Bill Smith cualquiera, yendo con él en pos de una copa despaciosa, una charla interminable.

Claro que Whitman le ayudó. Hacía de la vida una gran campaña. Pero Chesterton mejoró el evangelio de Walt, haciendo de la vida una campaña alegre. Walt no tenía sentido del humor, porque no tenía sentido de la proporción. Lo veía todo; lo veía todo

grande; y lo amontonaba todo en el lienzo, desparramado. Pero Chesterton el desordenado, el despistado, amaba el orden. Tenía una percepción lírica de la proporción correcta de las cosas, y por eso encontraba diversión en todas las cosas, y oía risas entre las estrellas. Pero sólo aprendió a utilizar su sentido de la proporción con libertad —y líricamente— cuando pudo comparar de cerca al satanista con Bill Smith.

Entonces empezó a examinar la vida de Bill Smith, y descubrió a la señora Smith y a los niños. En otras palabras, descubrió el hogar. No creo que Whitman lo descubriera jamás. Conoció el camino abierto, y la libertad, y la democracia, y la vida limpia, y el amor de los camaradas; le parecía bien el matrimonio bien avenido. Pero su mundo es esencialmente un mundo de solteros, y por eso probablemente a los jóvenes les parece tan fascinante. Pero me temo que un hogar inglés (no sé nada de América, ni estoy tan seguro de que Whitman la conociera), el hogar de Bill Smith, le habría parecido un lugar agobiante.

Chesterton, cuando lo descubrió, supo que era su hogar, que siempre había sido su hogar; y que, a pesar de las diferencias superficiales entre la residencia en Kensington de un filósofo liberal unitario y la casita, o el piso, de un trabajador británico, en el fondo era el mismo hogar. «Hogar, dulce hogar», cantaba su corazón. Por horrible que sea, en casa como en ningún sitio.

Aunque no lo supiera aún, había descubierto la clave, la piedra de toque de su filosofía social.

Mientras tanto, había dejado de llamarse socialista (nunca lo fue en realidad), y de nuevo se decía liberal, alineándose con los progresistas. Era normal, mientras creyese en Whitman y en la mejoría gradual de la raza humana, ayudada por la catástrofe ocasional. Incluso cuando se decía socialista, siempre había creído en la necesidad de trabajar con los liberales, el único gran partido progresista.

Aunque parezca extraño, era imperialista, y en su primer libro serio de poesía, *El fiero caballero*, publicado en 1900, en vísperas de que empuñara las armas en la prensa en contra del imperialismo, exigía que «el mar sea río sajón, que fluye por tierras sajonas».

La verdad es que el imperialismo es un buen credo militante para solteros (y para aprovechados que sólo se presentan una vez hecho el reparto). Es fácil construir un credo imperialista basado en Walt Whitman; y G.K.C. tenía a Kipling para ayudarlo a construir. Los héroes de Kipling son todos solteros, incluso los que no deberían serlo. A G.K.C. le encantaba Kipling por sus aventuras guerreras, y le atraía con fuerza el sentido de orden y disciplina que luego descubriría como las cualidades dominantes de Kipling.

Así equipado con un extraño surtido de opiniones, pero claramente consciente de Dios, del milagro de cada día y de cada cosa, y de la afable majestad del hombre corriente, Gilbert Chesterton supo que se había declarado la guerra contra los boers.

⁴ Likelier across those flats afar,/those sulky levels, smooth and free,/the drums shall crash the valse of war,/and death shall dance with liberty!/Likelier the barricades shall

blare/slaughter below and smoke above,/and death and hate and hell declare/ that men have found a thing to love.

⁵ Over the mountain-growths disease and sorrow/an uncaught bird is ever hovering,/hovering high in the purer happier air.

CAPÍTULO 3

Cronológicamente, es posible que G.K.C. se opusiese al imperialismo antes de que comenzasen a sonar los tambores, pues nos lo encontramos escribiendo para *The Speaker*, que estaba ocupado en la lucha contra Chamberlain y todas sus obras. O puede que el ambiente del periódico tuviese efecto. Gilbert se fue a *The Speaker* porque varios antiguos alumnos de St. Paul y miembros del club de debate tenían que ver con él. Pero sus artículos destacaron (y G.K.C. pronto se hizo conocido) porque defendían al hombre común y las cosas comunes.

Ya conocen mi idea de que G.K.C. saltó al mundo completamente armado. Al periodismo, desde luego que saltó completamente armado, y su defensa de las cosas comunes era un ataque continuo. Fue una batalla gloriosa, como no se había visto en las letras inglesas desde los días de Swift y los panfletistas. Pero había mucha diferencia entre ellos y él. Ellos eran asesinos a sueldo, y lo importante de ellos era el veneno. Él era el alegre caballero andante, con el corazón puesto en la lid, odiando la *cosa* que atacaba como al demonio, pero amando a su adversario por amor a la guerra, y riendo tempestuosamente al blandir la espada.

Así que, al estallar la guerra, G.K.C. ya era conocido. Entonces, o poco después, empezó a escribir críticas para el *Daily News*. Y en ese periódico, simplemente reseñando libros, lo encontró A.G. Gardiner cuando llegó a director.

Como sabrán, la Guerra de los Boers encontró dividido al partido liberal. Los imperialistas liberales apoyaban la guerra, los partidarios de la «pequeña Inglaterra» se oponían. Y hubo una rebatiña por capturar los dos grandes diarios liberales para uno u otro bando. Al estallar la guerra, el gran Massingham estaba al frente del *Daily Chronicle*, que era cordialmente partidario de la «pequeña Inglaterra». Cook, que dirigía el *Daily News*, defendía el imperialismo liberal. Más adelante, los propietarios del *Chronicle* se hicieron imperialistas, y Massingham fue sustituido por un director de ese color. Por otro lado, unos radicales ricos —nada menos que los Cadbury— compraron el *News* y se deshicieron de Cook. Por aquel entonces, parece que los directores tenían sus convicciones.

Gardiner era un buen director. Es natural que me lo parezca, porque me lanzó al

periodismo. Pero es natural que se lo parezca al mundo, porque lanzó a G.K.C. a una serie de artículos dominicales que tuvieron el efecto de doblar las ventas del *News* en las ediciones en que aparecían, colaboración que duró muchos años. Es más, esos artículos fueron el comienzo de una controversia, continuada por Chesterton en muchos periódicos, reseñas y libros hasta el día de su muerte, que ha tenido y tiene más efecto sobre el pensamiento e incluso sobre los hechos que ningún otro elemento periodístico de nuestro tiempo.

Yo le digo a todo periodismo, y era todo literatura. Pero toda la mejor literatura es periodismo. El periodismo falla cuando no relaciona la noticia del momento, o el comentario inmediato de la noticia, con la verdad eterna. G.K. Chesterton nunca falló en ese sentido.

G.K.C. se hizo conocido como defensor de la República Boer contra nuestra agresión imperialista: una agresión promovida, como todo el mundo sabe ya, por la codicia de ciertos financieros internacionales por las minas del Transvaal.

Pero, cualquiera que fuese la causa de la agresión, cualquiera que fuese el pretexto — y los pretextos que se presentaron eran bastante endebles— G.K.C. habría estado del lado de la defensa... atacando. De pronto, sus opiniones sobre algunos asuntos vitales cristalizaron. Ahora sabía que era un patriota, y no un imperialista. Ahora sabía que la idea del progreso inevitable era una tontería. Ahora sabía que estaba del lado del campesino, y en contra del financiero. Ahora sabía que estaba en contra del mundo moderno, y del lado del hogar.

Los progresistas estaban interesados en lo que veían, equivocadamente, como una campaña anti-bélica (era algo muy distinto: una campaña en contra de la Guerra de los Boers), y durante algún tiempo intentaron reclamar a G.K.C. como uno de los suyos. Pero él procedió a desorientarlos, luego a irritarlos y por último a cabrearlos, al defender al hombre de la calle contra el experto, al hombre de la calle y su derecho a sus propias costumbres, al hombre de la calle contra el Estado, y sobre todo al hombre de la calle y su derecho a gobernar a su propia familia y ser dueño de su propiedad. Era una doctrina extraña, viniendo de un demócrata. Peor aún, si es posible: predicaba el catolicismo, la guerra y la cerveza.

¡Sí, el catolicismo! Porque parece que en la mente de G.K.C. había cristalizado algo más vital que esas ideas ya mencionadas. Creo que la cosa ocurrió mientras escribía para el *Daily News*. Creo que su defensa de lo corriente ayudó a que ocurriese. Pero estoy seguro de que su boda lo ayudó aún más.

En junio de 1900 se casó con Frances Blogg, que luego ha resultado ser escritora de fuerza y delicadeza. Pero tengo que reconocer que debe su fama realmente al hecho de ser la media naranja de G.K.C.

Sólo dos personas —que ya no están con nosotros— podrían contar en qué medida ella aceleró su movimiento (es totalmente incorrecto llamarlo deriva) hacia la ortodoxia. Pero podemos ver cómo ella reforzó su abominación por las opiniones de los canallas y sinvergüenzas «avanzados» entre los que había vivido cuando estudiaba arte. La sociedad que había frecuentado ella en Bedford Park era también avanzada, en un

sentido más delicado: avanzada en su descomposición espiritual. Y ella misma estaba en estado de rebelión contra todas esas tonterías.

Creo que G.K.C. pronto se dio cuenta de que la rebelión contra las normas tenía que acabar mal, sobre todo cuando las normas no eran simples normas de tráfico, convencionales, sino leyes morales. Muy poco después descubrió que las únicas raíces fiables para un código moral se encuentran en la religión dogmática.

Esto es lo que escribió⁶:

*Pues surgiste sobre la cúpula de la Tierra
como una visión de victoria,
surgiste sobre la verde cúpula de la Tierra
[...]
Bajo tus pies, siete ciudades
vivas y solitarias en lo alto;
tu espalda contra la ancha y blanca pared del Cielo
único y solo, como el sol altísimo,
y tu cabeza sostenía el cielo.
[...]
No ha sido como dijo el viento grande
sobre la gran cúpula verde ese día.
Hemos visto, dondequiera que hablase el viento ancho
que la esclavitud mata al pueblo inglés,
los que roban las tierras hemos visto que mandan
y los gobernantes de la tierra les obedecen...*

*Señora de todos los que han amado al pueblo,
luz de los caminos perdidos,
laberinto de posición usurpada y calle y campanario,
grande como el corazón que ha amado al pueblo,
de pie sobre la cima de los montes altísimos,
levanta los brazos y reza*

*[...]
Sólo a ti no te olvido
por el hundimiento de la fama mundana,
se rompen y se acaban las cosas podridas,
sólo tu cara no se olvida
y tu cabeza que se levanta en los cielos sola,
como cuando venías por el monte.*

Y luego, en la dedicatoria de *La balada del caballo blanco* ⁷:

*Señora, sólo con esa luz
miramos a Alfredo a los ojos,
sabemos que vio sobre el naufragio
el signo que cuelga de tu cuello,
donde Uno, que es más que Melquisedec,
está muerto y nunca muere.*

*Por eso te traigo estas rimas
a ti, que me trajiste la cruz.
Sobre tu llamear sin tacha,
vi el signo que vio Guthrum
cuando dejó romperse sus barcos imponentes,
y dejó el mar en paz.*

[...]

*Y pensé, “Iré contigo,
como se va el que se va con Dios,
y erraré con la estrella errante,*

[...]

*Vete, adelante; donde tú estés
habrá honor y risas.*

[...]

*Tu rostro, un hogar errante,
una casa errante para mí.*

*Cabalga por las tierras silenciosas, devastadas,
anchas como la ancha tierra devastada,
cruzando esos días como desiertos,
cuando el orgullo y una pequeña pluma que escribe
han secado y dividido los corazones de los hombres;
corazón de héroes, ¡cabalga!*

Su encuentro con Hilaire Belloc tuvo sobre él un efecto tremendo. Pero antes de considerar eso, observemos qué fue lo que lo separó de los progresistas de una vez por todas, como una espada.

No hace muchos años, el director de mi periódico me envió a Beaconsfield como un periodista cualquiera, para entrevistar a un genio como otro cualquiera. Me encargó que preguntase a Chesterton cuál había sido su mayor tentación. Y Gilbert me llevó a ese rincón tan suyo, y puso vino en la mesa de esa manera tan suya.

Después de hablar un rato del mundo, tan lleno de tantas cosas, y después de que él dijese tantas cosas que yo, como un imbécil, no recuerdo, de pronto se puso serio y concentrado. ¿Sabes esa cara que se le ponía, después de dar grandes zancadas por todas partes, cuando de repente todas sus facultades se afilaban, se concentraban en un solo punto?

Entonces le entró un poco la risa. «Bueno, amigo, me gustaría ayudarte. Pero ¿qué digo? Tu director, por muy estimable que sea, no es mi confesor. Sería incómodo para mí vestirme con un saco, echarme ceniza por la cabeza y pasearme por las columnas de un periódico nacional, llorando y con un cirio en la mano». (Aquí explotó.) «Haré lo que pueda».

Levantó la copa y consideró el problema mirándola al trasluz.

«¿Cuál, entre todas mis tentaciones, ha sido la más fuerte?». (Levantó la cabeza, tan grande, quitándose los rizos de la frente, disfrutando de la pregunta.) «Deja que dedique unos minutos a la consideración más o menos humorística de mi turbio pasado, para descubrir si he sufrido tentaciones que puedan ser de interés público.

»¿Le interesa al público saber que me formé como artista, y sucumbí a una baja pasión por la escritura? Probablemente no. Además, no estoy seguro de cuál fue la tentación, pues a ojos de cualquier persona cabal, de mentalidad comercial, la práctica de las artes pictóricas y la práctica de las letras son igualmente bajas. Tampoco he abandonado la costumbre estrafalaria de poner caras raras... quiero decir, aparte de esta cara tan rara que la Naturaleza me ha dado».

Y entonces puso una cara rara, aunque probablemente no lo supiera: una cara toda pucheritos, y frunces, y hoyuelos, en la que el bigote vikingo resultaba un anacronismo descabellado.

«Pero se me conoce —prosiguió—, si es que se me conoce, como un hombre que tiene la costumbre, aún más estrafalaria, de expresar su opinión. Y en ese aspecto, he sufrido dos grandes tentaciones, de las que la segunda fue la más peligrosa. Pero deja que te cuente la primera:

»Fui un joven completamente de mi tiempo, al menos superficialmente. Veía en la vida moderna inglesa muchas cosas que me parecían condenables; por ejemplo, veía a los pobres oprimidos y al usurero triunfando. Y oía a hombres como Shaw y Wells atacando esos males. Así que, sin pensarlo más, me sumé a sus filas, me proclamé socialista, y era por lo menos progresista. El presente era horrible, pero con la ayuda de los idealistas mejoraríamos un poco todos los días, en todos los aspectos; o tal vez mejoraríamos mucho, de golpe.

»Pero me parece que sólo era progresista por fuera. Me parece que por dentro siempre quise cosas muy distintas de las que querían los progresistas de verdad. Porque fui tomando conciencia de que algunas de las cosas que ellos querían destruir eran cosas que yo quería conservar. Cositas pequeñas. Cosas cotidianas».

Al decir esas palabras se le puso cara de amor y ternura.

«Ahí estaba la tentación. Podía ahogar mis dudas y marchar hacia delante en el ejército progresista unido, o podía abandonar sus filas, y marchar solo». Hizo una pausa, para pensar, y entonces afirmó: «Sí, puedes expresarlo así. Aunque en realidad no fui consciente de la tentación hasta que la vencí.

»Me llegó como un destello cuando iba paseando por cierta calle de Notting Hill. Había una fila de tiendas. En un extremo había una taberna; en el otro, creo que había una iglesia. Y entre medio había una tienda de ultramarinos, había una tienda de objetos

de segunda mano, había una vieja tienda de curiosidades donde vendían, entre otras cosas, armas. En definitiva, había locales que atendían a todas las necesidades físicas y espirituales del hombre.

»Y de repente me di cuenta de lo perdido que estaba este trocito de Notting Hill en el mundo moderno. Se le pedía que se interesase por la dotación de una biblioteca pública en Kamchatka por parte de un millonario americano, o una guerra entre un cártel petrolero y otro cártel petrolero en Papúa, o una espléndida conjunción entre todos los intereses ultramarinos de Europa y América, o la lucha entre productores de cerveza y prohibicionistas por darnos cerveza más mala, o menos cerveza.

»En todos estos acontecimientos que sacuden el mundo, este trocito de Notting Hill no tenía nada que decir. Y eso me parecía una idiotez. Porque para este trocito de Notting Hill, el trocito es de una importancia suprema.

»En el mismo instante, vi que mis amigos progresistas estaban más empeñados que nadie en destruir Notting Hill. Shaw y Wells y los demás sólo estaban interesados en los acontecimientos que sacuden el mundo, en los que hacen el mundo. Al decir: “Cada día, en cada aspecto, cada vez mejor”, querían decir cada día cada vez más grandes... en cada aspecto.

»Ahora bien, en la Naturaleza no existe nada parecido a esta expansión continua, excepto el crecimiento, que finaliza cuando la criatura alcanza la madurez. Y aunque, en mi opinión un poco injustamente, se me puede citar como ejemplo de lo contrario, la criatura no se expande por igual en todas direcciones.

»Vi que estos progresistas estaban obsesionados con la idea de la expansión. Existe el corazón expandido, que es, según me dicen, una enfermedad. Existe la cabeza expandida de los ególatras. Pero el caso típico de la criatura que se expandió por igual en todas direcciones es el de esa rana con ínfulas imperialistas que quería ser un toro, y se expandió hasta reventar». Y al decir «reventar», Chesterton se echó a reír de tal forma que las copas tintineaban.

«En ese medio segundo, admirando boquiabierto la fila de tiende-citas flanqueadas noblemente por una taberna y una iglesia, descubrí que no sólo estaba en contra de los plutócratas, sino que estaba en contra de los idealistas. En el aire relativamente cristalino de esa aldea romántica, oí una trompeta. Y, de una vez por todas, desenvainé mi espada —comprada en la tienda de curiosidades— en defensa de Notting Hill». Levantó la cabeza, con los ojos brillantes y la cara risueña ante la batalla, y yo también oí la trompeta y vi cómo desenvainaba la espada.

Poco después de esa primera gran tentación, Chesterton escribió su epopeya: *El Napoleón de Notting Hill*. De su segunda tentación, más grande, hablaré en otro momento.

⁶ For you came out on the dome of the earth/ Like a vision of victory,/Out on the great green dome of the earth.../Under your feet the towns were seven,/alive and alone on

high,/your back to the broad white wall of Heaven,/single and one as the soaring sun,/and your head held up the sky.../It has not been as the great wind spoke/ on the great green dome that day:/We have seen, wherever the wide wind spoke,/ slavery slaying the English folk:/the robbers of land we have seen command/the rulers of land obey.../Lady of all that have loved the people,/light over roads astray,/ maze of steading and streets and steeple,/great as a heart that has loved the people,/ stand on the crown of the soaring down,/lift up your arms and pray.../Only you I have not forgotten,/for the wreck of the world's renown./Rending and ending of things gone rotten,/only the face of you unforgotten,/and your head upthrown in the skies alone/as you came over the down.

⁷ Lady, by one light only/we look into Alfred's eyes. We know that/he saw athwart the wreck/the sign that hangs about your neck, where one more/than Melchizedek is dead and never dies./Therefore I bring these rhymes to you/who brought the Cross to me./Since on your flaming without flaw I / saw the sign that Guthrum saw when / he let break his ships of awe/and laid peace on the sea.../And I thought, 'I will go with you!/As a man with God has gone, and wander with a wandering star.'.../O go you onward; where you are,/shall honour and laughter be./...Your face, that is a wandering home,/a flying home to me.../Ride through the silent earthquake lands,/wide as a waste is wide./Across those days like deserts, when/pride and a little scratching pen/have dried and split the hearts of men,/heart of the heroes, ride.

CAPÍTULO 4

Y ahora, por fin, Gilbert Chesterton estaba preparado para conocer a Hilaire Belloc, que iba a cristalizar sus creencias religiosas, y a proporcionarle a la fe militante de Chesterton en el hombre corriente y en el hogar del hombre corriente (en las cosas pequeñas, las cosas cotidianas), el escudo de una doctrina económica y una filosofía social.

Belloc nació en 1870 —cuatro años antes que Chesterton—, hijo único de un abogado francés, Louis Swanton Belloc, y la inglesa Bessie Rayner Parkes. Naturalmente, nació católico, y nació francés. De niño y de joven se consideraba francés, *sans phrase*. Y aunque se nacionalizó inglés en 1902, y ha desarrollado un patriotismo secundario por su tierra de adopción, ha conservado un gran amor por Francia, y ha tenido el inestimable privilegio de ser un inglés capaz de pensar como latino. Pasó de la Escuela de Oratoria a hacer el servicio militar en el ejército de Francia.

Entonces fue a Balliol College, en Oxford, obtuvo la beca Brackenbury, y se graduó con la máxima calificación en 1895. Llegó a Londres poco después, y en seguida triunfó en el periodismo liberal, y diez años más tarde entró en la Cámara de los Comunes como diputado liberal por South Salford. De haber sido un buen «hombre de partido», hace tiempo que habría sido simple ministro del Gobierno. Pero en 1910 se sacudió de los pies la suciedad de la Cámara de los Comunes y, junto con Cecil Chesterton, fundó el *Eye Witness*. Había conocido a Gilbert unos años antes.

Supongo que habían oído hablar el uno del otro. Ya escribía Chesterton para el *Daily News*, y Belloc había publicado algunos libros estupendos. Sea como fuere, dicen que un amigo común, un amigo observador, comprendió que eran complementarios y les dijo que tenían que conocerse.

Chesterton le escribió a su amigo, diciéndole que quería conocer a Belloc; Belloc vio la carta. Creo que el señor Eccles, ahora profesor de la Universidad de Londres, estaba delante cuando la leyó. Dicen por ahí, pero sólo Dios sabe si es verdad, que cuando Belloc vio la maravillosa caligrafía gótica (porque G.K.C., que siempre estaba dibujando, tenía que dibujar incluso cuando escribía), exclamó con su vehemencia habitual: «¡Pero si es judío!». Es típico que digan esas cosas de Belloc, que incluso en

aquel entonces era considerado antisemita porque comprendía que el problema judío existía.

Se conocieron, se hicieron amigos inseparables, y tuvieron un profundo efecto el uno en el otro. Tenían en común muchas opiniones, creencias y simpatías; y como hombres eran polos opuestos. He aquí una firme base para la amistad. Pero lo que primero los unió fue el hecho de que, mientras que los dos se oponían firmemente a la Guerra de los Boers, se sentían ofendidos por sus camaradas pacifistas. Es que daban ganas hasta de vitorear al señor Chamberlain, cuando esos camaradas blasfemaban contra el patriotismo y la gloria de las armas.

Así que estos dos hombres que amaban la guerra, pero se oponían a la Guerra de los Boers, se unieron por atracción molecular.

Chesterton ya era casi católico; estaba repleto de creencias católicas, pero no sabía qué hacer. Y Belloc estaba firmemente anclado en suelo de roca. Chesterton era un romántico, Belloc era romano, como fueron antes las lenguas romances. Como uno era sólido y el otro era fluido, lo natural era que Belloc prestara la fuerza del hierro romano al vívido romance gótico de Chesterton. G.K.C. tardaría muchos años aún en reconocerse católico; pero lo fue en realidad desde ese momento. Es interesante señalar que Cecil Chesterton fue recibido en la Iglesia católica más de diez años antes que su hermano.

Como ya he dicho, Belloc le proporcionó a Chesterton los medios para defender el hogar. Puso a Chesterton en contacto con la economía católica.

A Hilaire Belloc le debemos el distributismo. No es que inventase la idea, que está implícita en el catolicismo y explícita en *Rerum Novarum*, la encíclica más grande de León XIII. Pero sí que inventó la cosa como sistema de economía práctica, y como alternativa al capitalismo y a su vástago, el comunismo. Enseñó a G.K.C. cómo defender Notting Hill. Y le enseñó cómo defender la campiña. Casi podría decirse que, en el proceso, introdujo a Gilbert a la campiña inglesa.

Hay que recordar que G.K.C. era un *cockney*: lo digo con orgullo. Se parecía mucho a Sam Weller, pero en grande. Había pasado casi toda su vida en las calles. Y lo maravilloso es que había tomado conciencia de la magia de las cosas cotidianas, no paseando por colinas verdes y extensos páramos misteriosos, por alegres caminos serpenteantes, junto a aguas mansas y arroyos rápidos, sino pisando los pavimentos de Londres y sondeando la oscuridad a medianoche en el puente de Battersea.

¿Tan raro es? A mí me parece Londres una maravilla de hermosura, aunque me gustaría destruirla; igual que el verdulero *cockney* me parece el mejor hombre del mundo, y Londres lo está destruyendo a él. Pero a lo que voy es que G.K.C. conocía el campo sólo como turista, y la economía es profesión rural. Más adelante le escribiría a Belloc⁸:

*Para cada lugar pequeño o pueblo
Dios hizo especialmente las estrellas;
los niños, con sus caras de mochuelo,*

*las miran en el árbol en que cuelgan.
Ves desde Sussex Down la luna sobre el cielo,
luna de Sussex que aún no tiene huellas.
Y era de la ciudad una luna que vi
la lámpara mayor de Campden Hill.*

No voy a analizar aquí la *Rerum Novarum*. Se puede comprar por poco dinero, y se lee en una sentada. Pero demuestra que la familia es la unidad básica del Estado, y que el Estado existe para defender a la familia. El Papa defiende la propiedad, y demuestra que la acumulación de riqueza en pocas manos es, al igual que el socialismo, la negación de la idea de la propiedad, y lleva a la esclavitud, igual que el socialismo. Demuestra que la familia necesita propiedad para defenderse y para ser libre. Y por eso urge a una distribución mucho mayor de la propiedad.

El distributismo es el conjunto de doctrinas económicas construido sobre esos principios. Tan pronto como se lo explicaron a los Chesterton, creyeron en él. Cecil había sido mucho más socialista que Gilbert: había sido miembro activo de la sociedad fabiana, y durante un tiempo incluso fue miembro de la ejecutiva. De hecho, siguió diciéndose socialista durante algún tiempo después incluso de hacerse católico. (Recuerdo que un día me dijo que había consultado con un experto en derecho canónico si un socialista como él podía creer en el principio de la propiedad.) Pero pronto comprendió que las dos cosas eran divergentes, y llegó a aborrecer el fabianismo —es decir, la doctrina económica de los Webb que seguían Shaw y todos los demás fabianos — tan cordialmente como Belloc y G.K.C.

Pero durante la guerra, los hermanos estaban en bandos opuestos. Cecil en aquel momento era imperialista. Y en la gran asamblea por la paz en el Albert Hall, mientras yo estaba dentro impidiendo que entrase la multitud, Cecil estaba fuera ayudando a que entrase. Ganamos nosotros.

G.K.C., Belloc y Eccles también estaban fuera. Se divirtieron jaleando a los imperialistas notorios. Empezaron con: «¡Tres hurras por Joe Chamberlain!» y la multitud rugió con entusiasmo. Luego, «¡Tres hurras por el doctor Jim!» y el entusiasmo fue sólo un poco menos. El nombre de Cecil Rhodes provocó también bastante jaleo. Pero cuando pidieron tres hurras por Eckstein, Beit y Wherner, el silencio fue como una cataplasma que viniese a curar los golpes sonoros.

Nunca entendí la postura de Cecil en cuanto a la Guerra de los Boers. Creo que se equivocaba al decir que la gran mayoría del pueblo británico estaba a favor de la guerra en Sudáfrica. Una gran masa de ricos estaba a favor; una gran masa de gamberros estaba a favor; algunos imperialistas sinceros como Cecil estaban a favor. Pero el hombre corriente no la quería. Estoy seguro de que Cecil se dio cuenta de la diferencia cuando el pueblo inglés quiso la guerra contra Alemania en 1914.

Estoy seguro de que llegó a entender que el argumento de que las Repúblicas Boers estaban atrasadas, y el Imperio Británico era moderno, y que por eso el Imperio debía

conquistar las Repúblicas, era tan falaz como decir que las pequeñas propiedades y los comercios pequeños están atrasados, y deben ser conquistados por grandes empresas modernas.

Y estoy seguro de que llegó a entender la debilidad de la afirmación de que «decir que el imperialista está falto de patriotismo porque no respeta la patria de los demás es como decir que el egoísta está falto de egoísmo porque no respeta el ego de los demás». Porque muy pronto diría que había un agrupación que atacaba la institución de la propiedad al no respetar la propiedad de los demás. No se puede ser al mismo tiempo distributista e imperialista. Imperialismo es otra manera de decir Tercera Internacional.

En el asunto de la Guerra de los Boers, Cecil, siempre tan razonable, se dejó llevar por sus emociones. Él mismo dijo: «Los relatos y poemas de Rudyard Kipling prestaron al movimiento silencioso de sentimiento y opinión populares una voz articulada... que ningún hombre con sangre en las venas podía dejar de escuchar».

He dicho antes que G.K.C. y Belloc tuvieron un profundo efecto el uno en el otro. Ya he señalado algunos aspectos del efecto de Belloc sobre Chesterton. El efecto de G.K.C. sobre Belloc fue menos evidente, pero creo que igualmente profundo. No voy a intentar analizarlo. Basta con repetir lo que escribió Belloc unos días después de la muerte de Gilbert: «Conocerlo fue una bendición».

Permítanme decir algo del efecto que tuvo G.K.C. sobre mí, aparte de los hechos tremendos de que él, más que nadie, me persuadió para que me hiciese católico, y que él, más incluso que Belloc, me convirtió del socialismo al distributismo. Me enseñó el valor de las cosas corrientes y de la gente corriente; me enseñó a entender por primera vez el significado de la democracia. Porque G.K.C. no era demócrata: era la democracia. Realmente se sentía a sus anchas con toda clase de gente, con el rey y con el zapatero, con el hombre culto y con el ignorante, con el sabio y con el tonto, siempre que no fuese un tonto chulo e intrusivo. Me enseñó a luchar sin rencor, y a amar al enemigo mientras odiaba su credo. Y de principio a fin me asombró, me abrumó, con su inocencia y su humildad. Extensivamente, su mayor influencia sobre el mundo ha sido su poder como polemista. Pero intensivamente, fue mucho mayor la influencia de su personalidad, su ejemplo, su estilo de vida. «Conocerlo fue una bendición». Al fin y al cabo, bastaba con repetir esas palabras.

⁸ For every tiny town or place,/God made the stars specially; babies/look up with owlsh face,/and see them tangled in a tree; you saw the moon from Sussex Downs,/a Sussex moon untravelled still; I saw a/ moon that is the town's,/the largest lamp on Campden Hill (Traducción de José Julio Cabanillas, en *Lepanto y otros poemas*, Renacimiento, Sevilla, 2003, p. 41).

CAPÍTULO 5

Conocí a G.K.C. en 1900, cuando se hizo socio del club Pharos. La primera vez que lo vi, estaba sentado en un sofá del salón pequeño del club, haciendo dibujos de colores para un niño. Casi todo el rato ambos estaban atentos al dibujo, pero de vez en cuando estallaban en carcajadas de felicidad. Parecían de la misma edad. Y durante los minutos que me atreví a quedarme en esa sala destartalada (nos gloriábamos de lo destartalado de esa sala), pude ver que reinaba un ambiente de sorprendente inocencia.

Mi mujer y yo decíamos el otro día que nos gustaría ver imágenes de Nuestro Señor de niño, correteando por las praderas de Belén, chapoteando por los arroyos, y riendo de gozo ante su creación, y Nuestra Señora mirándolo con una sonrisa. Y creo que Gilbert Chesterton habría estado a sus anchas jugando con ese Niño, y que Nuestra Señora le habría sonreído también a él. Estoy seguro de que le ha sonreído. Porque en realidad eso es lo que ha estado haciendo Gilbert toda su vida: jugar con el Niño Divino. Y con otros niños.

Veíamos mucho a Gilbert Chesterton en el Pharos. Allí se reunía toda clase de gente corriente y gente rara. ¿Lo recuerdan? Empezó en King William Street, en el Strand, pero luego se estableció en Henrietta Street. La mayoría de los socios fundadores eran socialistas, aunque no todos, pero cuando G.K.C. se hizo socio teníamos anarquistas, conservadores, liberales, jacobitas, católicos, anglicanos, agnósticos, ateos, vegetarianos, abstemios, borrachos, gourmets, nudistas, feministas, adictos al ajedrez, adictos al bridge, médicos, abogados, teólogos, soldados y marinos (oficiales y reclutas), actores, periodistas, novelistas, ensayistas, poetas, empresarios y trabajadores.

Nuestros debates semanales eran los mejores de Londres, y Cecil Chesterton y Joe Clayton eran nuestros mejores polemistas. Luego estaban Norreys Connell (Conal O'Riordan), Edgar Jepson, la señorita Amy Otter, Wherry Anderson, John Kirkby, el doctor Haden Guest, Sam Hobson, J.M. Robertson, Harry (ahora Lord) Snell, Tommy Pope, Louis McQuilland, Tom Chambers, Geoffrey Palmer... y todo Londres. Gilbert también venía. A veces venía Hilaire Belloc, con su sombrero de copa, y se quedaba de pie en la parte de atrás, y disparaba sus voleas de feliz truculencia por encima de las cabezas del público. Pero creo que eso sólo ocurría cuando abrían el debate Gilbert o

Cecil.

Cuando abría un Chesterton y secundaba el otro junto con Belloc, la diversión estaba asegurada. Se oían simultáneamente las carcajadas profundas, las tempestades de risas de los dos hermanos, y el poderoso grito de Belloc. Nuestros debates siempre eran alegres, porque la mayoría de los socios se tomaban la vida demasiado en serio como para ponerse solemnes. Pero cuando el trío Chesterton-Belloc estaba en su salsa, las estrellas de la mañana cantaban juntas al oír cómo gritaban de alegría estos hijos de Dios.

Igual de bien estuvo, o incluso mejor, nuestro estreno de *Admirable Bashville*, de Bernard Shaw. Era la primera vez que se ponía en escena, aunque no disponíamos de escenario propiamente dicho. Pero disponíamos de director. Creo que Norreys Connell es el mejor director que he visto en acción, y eso que he visto trabajar a Basil Dean y a todos los mejores del momento. Éramos aficionados sin experiencia, y de alguna manera consiguió que actuásemos.

Tal vez sepan que se trata de la adaptación en verso libre que hizo Shaw de su novela *La profesión de Cashel Byron*. Yo era Cashel, y Cecil era mi entrenador, Mellish. Y al decir yo: «¡Cerdo ofensivo, hijo de madre perruna!» y tirarlo al suelo con un golpe en el estómago, gritando: «Ahora la noche vuelve a ser hermosa», la carcajada de Gilbert fue el aplauso más glorioso que jamás he recibido.

A veces venía Gilbert a comer al club, y entonces la comida era un festival. Yo solía sentarme a su lado, cautivado y anonadado.

Cuando hablaba de la guerra, mi anonadamiento era total. La Sociedad Fabiana me había asqueado, al votar por los grandes batallones porque eran grandes. Los camaradas rojos me habían asqueado también con su cantinela pacifista y sus oraciones por la derrota de mi patria. Un ejemplo de cómo eran: Algunos estaban reunidos en cierto lugar (el Pharos) una Nochebuena durante la guerra, y por iniciativa de Adolf Smith (que hacía de intérprete en congresos socialistas internacionales, y era experto en cocina) desearon en silencio y todos juntos (¡a la de tres, muchachos!) el triunfo para los boers. En realidad, tuvo su gracia; pero es que yo era joven.

Fue una alegría para mí encontrarme con un hombre que amaba la guerra, pero odiaba esta guerra; que estaba dispuesto a morir por su patria, pero no a mentir por ella, y que era tan nacionalista que maldecía a la patria que amaba por asesinar a una nación de holandeses pacíficos por orden de una banda internacional.

Esa fue mi inspiración —aparte de la alegría de la batalla— cuando ayudé a luchar contra las hordas en las manifestaciones pacifistas, y adquirí cicatrices honorables.

Pero el resto de su doctrina me dejaba anonadado. Los jóvenes socialistas íbamos a destruir la era victoriana, con todas sus convenciones enmohecidas, para establecer la justicia y la libertad en la tierra. («¡Fuera lo viejo, que entre lo nuevo!») Y derribábamos con bastante facilidad a los defensores del capitalismo y la conformidad. Pero he aquí un hombre que odiaba el capitalismo pero aplaudía con fuerza los convencionalismos, como si fuese divertidísimo acatarlos. He aquí un hombre que defendía la libertad y la justicia, que defendía la democracia, pero que declaraba que el socialismo era esclavitud. Y no era tonto como... bueno, como todos los demás anti-socialistas.

Tenía ingenio y humor, lógica y pasión; tenía lo que más me importaba, visión, pero tenía unas visiones asombrosas: no de Noticias de Ninguna Parte, sino de noticias imperecederas de todas partes. Era eminentemente justo en su mentalidad, reconocía todas nuestras premisas, y utilizaba esas premisas para confundirnos.

Claro que no reconocíamos que nos había confundido. Pero hay que entender el efecto sísmico de esta nueva voz en un mundo socialista.

Porque el mundo era socialista. G.K.C. señaló hace unos años que, cuando Sir William Harcourt dijo: «Ahora somos todos socialistas», los oponentes al socialismo estaban diciendo: «Es un sueño hermoso pero imposible». Mientras que G.K.C. decía: «Es posible; ha ocurrido; pero no es hermoso». Mucho antes de que ocurriese, G.K.C. dijo con toda la fuerza de su voz potente que el socialismo no era sólo posible, sino inminente, y que iba a ser un desastre.

Nos impactó, pero de ninguna manera nos convencía aún. G.K.C. nos parecía un hombre grande pero equivocado, excepto en cuanto a la Guerra de los Boers. «Una gran fuerza desperdiciada en Battersea», como dijo de él Shaw una vez terminada la guerra, cuando los fabianos habían vuelto a la revolución bajo otro nombre. El símil del hidrante no nos atraía, pero esa era nuestra idea.

Lo que más nos irritaba era su optimismo. Nosotros los *révoltés* posábamos como personas marcadas por el dolor desde nuestro nacimiento, aunque en realidad, como ya he dicho, estábamos disfrutando de la revolución. Pero para G.K.C. era divertidísimo estar vivo, tal como era la vida entonces. Iba por una calle de Londres, comprometido tal vez para un acto socialista, y cada tienda, cada farola, era algo mágico.

Pero lo peor de su optimismo era que respetaba, mejor dicho, sentía un afecto ígneo, por el hombre corriente, el hombre sensual, que para nosotros los demócratas era nuestro enemigo más amargo y despreciable. Exaltaba a los cocheros, a los carpinteros y a las limpiadoras, a los pescadores y a los obreros del campo, y hacía amistad con los tenderos, los granjeros y los terratenientes. Visitaba los barrios bajos, no para investigar, sino para hacer amigos; todo le parecía admirable excepto las condiciones de vida. Si todo esto lo hubiera reservado para sus poemas, no habría estado tan mal; pero lo convirtió en su filosofía de batalla. Claro que sus poemas también eran su filosofía de batalla.

Pero este hombre era sin duda un demócrata; tenía ganas de establecer el Reino de Dios sobre la tierra; era revolucionario en cada uno de sus incontables centímetros. Era un enigma.

Cuando lo conocí en el Pharos, tal vez me pareciese un poco más a él. Porque yo compartía algún que otro fanatismo con el hombre corriente, el hombre sensual. Era fanático del *music-hall* inglés. Era fanático del cricket inglés. Era fanático de la taberna inglesa. Y aunque, cuando conocí a G.K.C., estaba intentando encajar mi fe razonablemente nacionalista con mi fórmula internacional, pronto llegué a ser incluso más fanático de Inglaterra de lo que él era entonces, porque él ya tenía la idea católica que contrarrestaba su nacionalismo.

Aquí había puntos de contacto. Había otro, no tan evidente. Los dos habíamos sido

admiradores de Walt Whitman; pero mientras que yo (en teoría) seguía en el Camino Abierto, G.K.C. (en la práctica) había encontrado un hogar.

Sí, esa es la extraña ecuación: él había llegado a casa, y yo no; aunque para mí esta tierra lo era todo, él sabía que aquí no tenemos ciudad eterna.

Por otro lado, había entre los pacifistas algunos que nos alegrábamos muchísimo, como se alegró G.K.C. al conocer a Belloc, de conocer a un hombre que se oponía a la Guerra de los Boers, pero que creía cordialmente en la guerra, que estaba en contra del Gobierno, pero nunca en contra de su patria, incluso cuando la maldecía.

Esto me recuerda un lado de las actividades del club que debía de ser inmensamente atractivo para G.K.C., aunque su hermano estaba al otro lado. Era el punto de encuentro de los Peace Guards, que iban a los encuentros pro-boer chocando cabezas y recibiendo cabezazos. Nos reuníamos en el club antes de cada batalla; muchas veces volvíamos allí doloridos y exultantes después. Teníamos un himno de guerra de una sola estrofa⁹:

*Somos los enemigos de la guerra y la sangre
y nadie nunca nos llamará cobardes,
¡nunca, nadie, jamás!
Si algunos nos pretenden resistir
les partiremos la nariz.
¡Somos de la Brigada de la Paz!*

Así que, mientras duró la guerra, los salones del club tuvieron un ambiente exultante. Teníamos nuestra propia guerrita.

Pero ya pueden imaginar cómo me interesaba, me atraía, me provocaba, me sacudía, cuando comíamos juntos en el club, y yo intentaba hablar. Bueno, lo escuchaba mientras él hacía dibujos con los cubiertos sobre el mantel (a falta de papel y lápiz) y hacía malabarismos verbales con las siete esferas. Me anonadaba. Su felicidad me anonadaba. Su cara grande y jocosa era tan inocentemente feliz; y cuando se veía encendida por la llama de la batalla, era una llama de alegría.

Creo que G.K.C. dejó el club cuando los amigos del difunto Lord Russel lo estropearon al tapizar los muebles destartalados, de los que tanto nos gloriábamos, y subir las cuotas. Yo lo dejé poco después para irme a Francia, donde trabajé de modelo de artistas. Dos años más tarde volví a Londres como periodista para el *Daily News*. Y allí me encontré de nuevo con G.K.C.

⁹ We're the enemies of war and bloodshed, /And none shall make us afraid. /If they venture to oppose, We'll dot 'em on the nose. /We're the boys of the Peace Brigade.

CAPÍTULO 6

Por aquel entonces, justo antes de nacer el *Eye Witness*, hubo una polémica estupenda en el *New Age*. Esta revista semanal tan vigorosa había pertenecido a Joe Clayton, socialista cristiano, católico para más señas.

Entonces Joe decidió vender la revista para comprarse una casa. La publicación pasó a ser el órgano del grupo de artes y oficios de la sociedad fabiana, una pervivencia tipo William Morris que a Bernard Shaw seguramente le pareciera una travesura.

El director y alma de la publicación era el teósofo Orage. Holbrook Jackson era primer subdirector. Yo lo relevé, pero no duré mucho, aunque seguí colaborando.

Orage tenía ideas. Quería impulsar un proyecto por la conservación y el fomento de la buena artesanía. Como ya he dicho, se inspiraba en Morris, y Orage lo dirigía de manera económicamente práctica con la ayuda del plan de Arthur Penty por la reanimación de los gremios.

Era un buen proyecto, y sigue siéndolo; y Penty, que es miembro de la Liga distributista, nos ayudará enormemente a hacer realidad el distributismo. Pero, al igual que el socialismo, aunque no hasta extremos tan extravagantes, la teoría de la restauración de los gremios era urbana en su planteamiento.

Sea como fuere, Orage fue a reunirse con Penty, y estuvieron dos semanas hablando de gremios, lo cual a Penty le encantaría. Entonces Orage adoptó la teoría como bien líquido para el *New Age*. Durante mucho tiempo, Penty la estuvo predicando en el periódico. Y, en lo que se refiere a la gente pensante, fue el golpe de gracia para el fabianismo; porque demostraba la virtud, la necesidad, de organizar desde la unidad productiva (el maestro artesano) hacia fuera, en lugar de organizar hacia dentro desde la unidad consumidora (la nación, si no el mundo, según los fabianos). Pero creo que Penty no se daba cuenta entonces de que la unidad verdadera es la familia, y la unidad familiar principal, la familia propietaria de una granja. Se me ocurre que estaba demasiado ocupado con la organización (aunque desde el punto de vista correcto) y el mercado (los precios fijos). Estos, aunque son parte esencial de la propiedad distribuida, no son el alma del asunto, que es la propiedad de la tierra distribuida entre las familias.

Reconozco que, aunque nuestro proyecto tiene en cuenta al artesano, algunos

distributistas tienden a hacerle caso omiso. Necesitamos a Penty, y Penty nos necesita.

Al final, el elemento socialista que había en la composición de Orage lo debilitó en cuanto a la teoría de los gremios, que diluyó con una aleación socialista. De ahí en adelante, el *New Age* predicó el socialismo gremial, por boca principalmente de Sam Hobson. Más adelante, Orage se convirtió a la teoría Douglas del crédito social. Poco antes de morir, me dijo que era distributista, pero que el crédito social era la única manera de hacer realidad el distributismo. Pero yo estoy seguro de que no se puede entrar al Reino de los Cielos mediante una entrada doble.

Orage fue un estupendo director. Inspiraba entusiasmo a sus colaboradores; con la ayuda de Clifford Sharp escribió las mejores reseñas políticas del momento; sobre todo, fue honrado y valiente expresando sus opiniones. Hizo del *New Age* un gran periódico. En él se formó Jack Collinge Squire. Arnold Bennett, bajo el seudónimo de Jacob Tonson, colaboró semanalmente con su «Occasional Causerie» sobre libros. Fue el mejor momento de Bennett como crítico. También en el *New Age* escribió Ashley Duke su primera crítica teatral. Aparte de alguna que otra muestra de petulancia, era un periódico de primera. Pero lo que le dio fama fue una serie de artículos sobre generalidades, en los que Shaw, Chesterton, Belloc, Bennett y otras personas notorias se metían unos con otros con simpatía y vigor. En realidad era un duelo entre G.K.C. y Shaw.

Recuerdo poco de aquello, excepto que era divertidísimo. Y ahora es innecesario buscar el archivo. Porque G.K.C. por fin derrotó a Bernard Shaw en la monografía que le dedicó, y en el debate, celebrado en el gran salón de King's Way, bajo el título «¿Estamos de acuerdo?».

Sólo recuerdo dos cositas. Shaw regañó a Chesterton porque le gustaba beber cerveza. Decía que él se emborrachaba estupendamente con Mozart. Parece que no entendía que los amigos no beben juntos para emborracharse. No explicó por qué la borrachera de música, que es una manera muy egoísta de drogarse, va a ser más noble que la camaradería de la taberna. Y se le olvidó que la borrachera de música puede ser mucho más peligrosa para el individuo y para los que lo rodean que la de cerveza.

Recuerdo un punto que ganó G.K.C. Resulta que Shaw se había mofado de él por su falta de tono físico, jactándose de ser capaz de realizar ciertas proezas acrobáticas de cabeza. «En tu cabeza», respondió Chesterton.

Por esta época G.K.C. se dirigió al grupo de artes y oficios —creo que fue en el viejo salón del Clifford's Inn— y Shaw, desde el fondo del auditorio, le gritó algo que tenía que ver con la sangre de San Genaro. Que si Chesterton creía que la sangre se licuaba, o no. G.K.C. respondió que no descreía. Quería decir que creía en los milagros, pero que no sabía mucho acerca de este milagro en particular. Pero Shaw no se conformaba. Acusó a Chesterton de ser una gran fuerza desperdiciándose en Battersea, y G.K.C. se partía de risa, de imaginarse desperdiciado. El público que nos rodeaba (yo me encontraba al fondo del auditorio) parecía convencido de que Shaw había acabado de una vez por todas con la religión católica.

Ya que este capítulo trata en gran medida del duelo entre G.B.S. y G.K.C., que

comenzó entonces y duró hasta el final de sus vidas, para honra de los dos duelistas amigos, es una buena ocasión para citar algunos fragmentos de la monografía que Chesterton dedicó a Shaw.

Pero antes, tengo que explicar por qué dedico tanto espacio a la pugna con Shaw, entre todas las luchas de G.K.C., y a esta obra entre tantas que escribió nuestro héroe.

Con su instinto infalible para elegir qué cabeza golpear, Chesterton identificó muy pronto a Shaw como su verdadero antagonista. Creo que Shaw tardó mucho en identificar a Chesterton. Al principio, Shaw trataba a G.K.C. con una suave urbanidad, mezclada con una irritación cordial hacia un hombre que malgastaba su talento, su gran talento, en causas perdidas y asuntos triviales. Muy, muy gradualmente, fue dándose cuenta de que Chesterton era un oponente formidable que debía ser aplastado para convertirse. Aun así, como sabía que tenía razón, y tenía que reconocer que G.K.C. tenía razón, sólo pudo llegar a la conclusión de que tenían que estar de acuerdo. Y siguió creyendo que siempre ganaba a G.K.C. en las disputas. Una semana después de la muerte de Chesterton, Shaw me dijo: «Siempre conseguía atravesar la defensa de Chesterton». Tan completamente ciego y sordo puede estar un racionalista en cuanto al filo y al empuje de la razón.

La controversia tiene su importancia por varias razones. En esta semblanza de G.K.C. es especialmente importante porque tuvo un gran peso en su vida. Al igual que podemos ver a Chesterton como campeón de la ortodoxia y del distributismo, que hunden sus raíces en los siglos, podemos ver a Shaw como campeón de la modernidad, que niega la importancia de las raíces o incluso niega rotundamente su existencia. Hace poco me ha dicho: «Los científicos se han equivocado en cuanto a la causación, al buscar la causa de las cosas en el pasado. Las causas del presente se encuentran en el futuro».

En realidad, Shaw está un poco anticuado. En los primeros años del siglo ya hemos visto cómo lo abandonaban sus más brillantes seguidores. Pero cuando la vida social no está inspirada en una filosofía fija, suelen ser las ideas anticuadas las que se ponen en práctica, porque la gran masa sólo oye hablar de ellas cuando se han quedado obsoletas.

Ahora se está practicando en Rusia el socialismo de Shaw. El código de conducta de Shaw, que él, tan honorable, nunca ha seguido, ahora lo están practicando cientos de miles de ingleses. Su teoría del progreso —la primera—, que tenía en común con la mayoría de los victorianos, aún la defienden todos los anti-cristianos y la mayoría de los cristianos que no son católicos. (Su segunda teoría del progreso aún no se ha filtrado.)

Como dice Chesterton, es un filósofo inteligente e inteligible. Además, es sincero hasta la médula. Como ya he señalado, es representativo. Por ende, su disputa con otro filósofo inteligente, inteligible, sincero y representativo es de gran importancia para el mundo.

En cuanto al libro, *George Bernard Shaw*, es de los mejores entre tantos libros estupendos de Chesterton. G.K.C. no se lucía cuando presentaba un sistema. Se lucía en el ataque, que él llamaba defensa. (En los debates, siempre estaba mejor en la réplica.) Y para mí, sus mejores libros en prosa (sus novelas pertenecen a otra categoría) son éste, en el que ataca y refuta a Bernard Shaw, y *Ortodoxia*, en el que se ataca y refuta a sí

mismo.

Citemos pues. Los fragmentos no pueden ser más que destellos en ese libro en que cada palabra cuenta. Siempre he querido hacer una antología de G.K.C., pero temo que resultase tan larga como su obra completa. Sin embargo, sus palabras transmitirán, mejor que las mías, el color de su contienda con Shaw.

«Originalmente, puritano era sinónimo de hombre cuya mente no tenía vacaciones... Es imposible estar serio trescientos años... En los templos eternos tiene que haber frivolidad. Es necesario estar cómodo en Sión, a menos que se esté de visita fugaz».

«Las cosas que la mayoría absorbemos en la infancia, especialmente el sentido de lo sobrenatural, el amor por el firmamento con su visión infinita, y el amor por la tierra con sus setos estrictos y las formas sólidas de la propiedad... estas pocas verdades sencillas que hasta los más tontos aprenden al principio, son exactamente las pocas verdades que Bernard Shaw no va a aprender ni siquiera al final. Es un peregrino audaz que ha emprendido el camino desde la tumba para encontrar su cuna... Pertenecía a ese grupo irlandés que, según el catolicismo, ha endurecido su corazón; que, según el protestantismo, ha endurecido la cabeza; pero que, mucho me temo, ha endurecido la piel».

«Todo su teatro es teatro para puritanos... Puede soportar lo ilícito, pero no la levedad. No le repelen tanto los divorcios y los adulterios como las piruetas».

Chesterton contrasta «al conservador puro con el progresista puro... En las comedias griegas más rudas, puede haber un hombre que quiere conservar lo que tiene, ya sea oro amarillo o fiebre amarilla. La moralidad medieval más sosa puede hacer un chiste sobre el hombre progresista que, habiendo pasado de largo el Paraíso, llega al Purgatorio y decide seguir adelante, para su desgracia».

«No tengo nada en contra de los que le quitan el dorado a la píldora. Es mucho más útil la píldora que el dorado».

«Conoció a Bradlaugh, y habló desde las tarimas de ese Salón de la Ciencia donde los hombres sencillos y sinceros saludaban con gritos de alegría la aseveración de que no eran inmortales».

«Cuando la gente le reprocha a Shaw que se niegue tajantemente a reverenciar y admirar, creo que deberían acordarse de ese rifirrafe de sentimentalismo sin ley contra el que tuvo que luchar su sentido común, todos los grandilocuentes “camaradas”, toda esa sensualidad empalagosa, ese malhumor sin sentido contra la norma».

«Si Bernard Shaw matase un dragón para salvar a una princesa, diría “He salvado a una princesa” con el mismo tono en que diría “He ahorrado un chelín”. Procura convertir su propio heroísmo en una especie de sentido sobrehumano de la economía».

«Para Bernard Shaw, el socialismo es lo más noble; y en efecto es lo más noble que hay en él. Sinceramente le importa menos la fama que dar fruto».

«Prefiero los desagües de los fabianos a las flautas de Pan de los poetas modernos; los desagües huelen mejor».

«El próspero filisteo inglés siempre acusa a Shaw de tomarle el pelo en el mismo instante en que le está haciendo rabiar».

«Shaw reconoció los defectos de Shakespeare a través de los suyos propios... Puede que no sea mala idea enviar a un sordo a destruir la roca de las sirenas».

«Tolstoi propone, al parecer, que se destruyan las pasiones elevadas y el valor patriótico. Shaw es más moderado, y sólo propone profanarlos».

«La actitud de la esposa corriente hacia su esposo...tiene algo de sacrificio humano, sin un ápice de idolatría».

«Ningún muchacho enamorado de una mujer hermosa se sentiría disgustado al verla pelar patatas o encender las lámparas... Simplemente le parecería que las patatas eran más poéticas y las lámparas daban más luz».

«Todo hombre cae presa del amor; ninguno cae presa del amor libre. En este caso lo llama lujuria, y siempre se avergüenza aunque se jacte de ello... Existe una conexión sólida e instintiva entre la idea del éxtasis sexual y la idea de una fidelidad casi suicida: eso lo saben los niños antes casi de aprender a hablar».

«Algunos terratenientes ingleses, los más antiguos, llegaron con Guillermo de Orange; los demás han sido inmigrantes normales y corrientes».

Shaw había afirmado que el clima hace al hombre. G.K.C. respondió: «Si tengo que elegir entre raza y clima, prefiero la raza... Pero ni la sangre ni la lluvia han hecho a Inglaterra, sino la esperanza; es lo que han deseado todos esos hombres del pasado».

«Descontado todo su potente espíritu práctico, sí que tiene una veta de levedad errática, una explosión de ineptitud».

«Whitman y muchos idealistas modernos han hablado de tomarse el deber como un placer; me parece que Shaw se toma el placer como un deber».

«Tiene fe en la santidad de la voluntad humana, en que la capacidad divina de crear y de elegir se sobrepone al entorno y al destino».

«Broadbent no triunfó en Irlanda. Si conseguir lo que uno quiere es la prueba de esta fuerza misteriosa, entonces los campesinos irlandeses son más fuertes que los mercaderes ingleses».

«Decía Shaw: “Shakespeare es mucho más alto que yo, pero yo me subo a sus hombros...” Pero se cayó de los hombros de Shakespeare con gran estrépito... Platón le parecía mucho más avanzado que Shakespeare, así que decidió a la desesperada que eran todos iguales... Corrió a publicar una confesión franca del fracaso de su vieja teoría (del progreso),... y corrió luego a publicar una nueva teoría alternativa... Al hombre del futuro no se le deberá instruir; se le deberá criar. ...Si hay que criar hombres como se crían cerdos, hará falta un capataz que sea tanto más sutil que el hombre como el hombre es más sutil que el cerdo. Semejante individuo no es fácil de encontrar».

«Esta es la segunda obra real y grande de Shaw: el dejar entrar al mundo al escenario, como los ríos entraron en los establos de Augías. Ha dejado entrar algo del Haymarket en el Teatro Haymarket».

«Ya sea el hombre el que caza a la mujer la o mujer la que caza al hombre, por lo menos debería ser una magnífica cacería pagana; pero Shaw no es hombre deportista».

«Si la naturaleza desea sobre todo atrápanos en una unión sexual...era en vano decir que la caballerosidad es tontería; es tal vez algo tan podrido como el estiércol, e

igualmente fértil».

«Aquello que antiguamente fue una función libre y ridícula se convierte en importante y embarazosa necesidad... Comamos, bebamos y seamos serios».

«Si el Superhombre puede ser ladrón, puedes apostar la camisa a que el próximo ladrón será un superhombre».

«Todos los espíritus débiles viven naturalmente en el futuro, porque no tiene rasgos; es facilón; puedes hacer de él lo que quieras. ... Hace falta auténtico valor para encarar el pasado».

«El evolucionista shaviano desea realmente arrojar todo el cuerpo del hombre al caos... Fue la religión la que se negó a desesperar del hombre; el progreso científico y la evolución son los que ya están desesperando de él. Y no es el Superhombre, sino real y verdaderamente el Hijo del Hombre, El que viene en nubes de gloria para juzgar al mundo».

Así termina el último capítulo añadido a la edición más reciente del libro. Pero volvamos a la primera edición para terminar.

«Pero esto es lo que escribirán sobre nuestra época: que cuando el espíritu que niega asedió la última ciudadela, blasfemando contra la vida misma, hubo algunos, hubo uno en especial, cuya voz se oyó y cuya lanza no se rompió».

Era necesario incluir estos fragmentos. Aunque no les parezca que G.B.S. fuese el único contemporáneo al que tenía que tener presente siempre como antagonista, a G.K.C. sí se lo parecía. Y por eso Shaw tiene que tener un papel importante en la dramatización de la vida de Chesterton. Si lo extirpamos, extirpamos una parte de Gilbert. Porque este hombre grande, bueno y equivocado era parte de él. Y nunca ha habido nada mejor, en la historia de los encuentros entre caballeros, que este encuentro entre dos hombres que eran ejemplos de caballería, aunque uno de ellos afectase despreciarla. Pero tengo que decir que el sentido de la caballería de G.K.C. se puso más a prueba. Pues Shaw decía que estaban de acuerdo, y G.K.C. sabía en el fondo de su alma que, espiritualmente, se encontraban en orillas opuestas del abismo, y que Shaw, sin una mano divina que lo guiase, parecía empeñado en caminar sobre las aguas. Sabía que había infierno y condena en lo que enseñaba este hombre, y mientras luchaba por derrotar las mentiras, luchaba con igual fervor por salvar al pecador. Pues G.K.C. lo amaba.

CAPÍTULO 7

Estando G.K.C. y yo juntos en el *Daily News* se propagó una leyenda, la leyenda absurda del gordo de Fleet Street. Hombres que bebían más en una semana que Chesterton en siete años hablaban, riendo como quien sabe lo que dice, de su desenfreno pantagruélico. No entendían el hecho, muy sencillo, de que era un gran bebedor igual que Robert Browning era un gran amante, y Don Juan y Lord Byron no lo eran.

Tampoco se daban cuenta de que era aún más gigantesco en estatura que en anchura. De la misma manera, no veían su estatura mental, sólo su redondez y la redondez de sus bromas.

De cualquier forma, ya se le conocía como el monumento ambulante de Londres. Wells da saltitos, Shaw da zancadas, y G.K.C. era un Coloso que salía a pasear, siempre relajado. Al verlo entre la multitud de Fleet Street, todo el mundo atareado febrilmente por nada, él daba la impresión de estar donde quería estar, de no tener prisa por moverse.

Se le conoce desde lejos, gracias a su estatura. Se le conoce por su sombrero de ala ancha y corona baja, su manto informal que aletea por todas partes, su bastón que es, en realidad, una espada. Aunque de vez en cuando cede el paso a una señora, y aunque está muy cómodo donde está, sin embargo se ve que está claro su camino a través de los señores de la prensa.

Más cerca se ve su cara tan grande y tan dulce, su cara de bebé, con el anacrónico bigote de guerrero; se ve cómo se le arruga la piel en torno a los ojos, al mirar a diestro y siniestro, medio con asombro gozoso, medio en profunda meditación.

De toda la multitud que se separa ante él, como las olas ante un barco de proa alta, es la única persona que está relajada, como en casa. Así va avanzando: mirando, saboreando, con ojos de niño, los milagros cotidianos de tienda y multitud y calzada tumultuosa. (G.K.C. siempre fue un *cockney*, y creo que sentía, como yo, que hay pocas cosas en el mundo más maravillosas que una calle de Londres.)

Por un momento queda oculto por los transeúntes. Cuando se despeja la vista, ya no está.

¿Ha desaparecido de repente? ¡No! Eso sería un milagro demasiado difícil. Pronto lo encontraremos en un garito que conozco, sentado ahora, pero ni más a gusto ni menos.

Si está solo, y ya ha entregado su artículo en Bouverie Street, estará dibujando caballeros y judíos y agentes inmobiliarios en papeles sueltos. Solo, pero pendiente de entregar su trabajo, estará escribiendo enconadamente, pero ¡qué manera de escribir! ¡Letras góticas, talladas como para la eternidad! Y al escribir o dibujar, el bigote se eriza, la punta del cigarro se abre como una flor, y gorjea como un arroyo.

Si está con un amigo, la eternidad que anhela ya ha comenzado. Están sentados en alegre comunión, conscientes de la buena bebida en copa o jarra, conscientes de la luz cálida de la multitud de botellas tras la barra en sombra, conscientes de los hombres que charlan delante de ella, pero conscientes sobre todo el uno del otro, y lo bien que están allí juntos.

Esa era su máxima falta de moderación. ¡Al diablo esa imagen mentirosa que hace de él un hombre falto de templanza! Jamás le faltó templanza, ni siquiera en el debate, cuando estaba a la vez más acalorado y más feliz.

La verdad es que iba a la taberna como iba a la iglesia: buscando refrescarse espiritualmente. Aunque a la iglesia iba mucho más a menudo. El padre Ignatius Rice, de Douai, me dijo una vez que las reuniones en tabernas, fundadas por los hermanos Chesterton y Belloc, y continuadas por la Liga distributista de G.K.C., eran lo más parecido a la Comunión de los Santos. Sé que era cierto en cuanto a las reuniones de ellos; espero que lo sea en cuanto a las nuestras.

Hablando de escribir artículos, así conoció a Edward Cadbury en las oficinas del *Daily News*:

G.K.C. venía todas las semanas (creo que los viernes) para cobrar el artículo del sábado anterior. Dice la leyenda que siempre venía en coche; pero eso es absurdo: de ser cierto, el coche lo habría esperado, y yo lo he visto salir andando, bajando por los escalones como un emperador festivo que baja los escalones de su trono.

Entraba en la redacción, donde estaba el viejo Hawes (que ya está con Dios), que escribía los vales. Entonces bajaba al cajero para cobrar en metálico.

Un día, mientras esperaba su vale, entró Cadbury para decirle algo a Hawes, pero se quedó callado al ver a G.K.C.

«Creo que no conoce usted al señor Chesterton», dijo Hawes, y los presentó. Y Cadbury dijo: «Me gustan muchísimo sus artículos, señor Chesterton. Dígame, ¿cuál es su inspiración? Y ¿dónde los escribe?».

G.K.C. gorjeó y dijo: «Me inspira la cerveza. Y los escribo en las tabernas de Fleet Street». Palabras duras para ese propietario abstemio.

La sede del *Daily News* estaba llena de anécdotas de G.K.C. Y anécdotas como la que acabo de relatar sin duda ayudaron a forjar la leyenda que tanto me irrita.

Me contaron la anécdota del coche en cuanto entré en la redacción por primera vez. Que iba a todas partes en coche, incluso por ejemplo de Bouverie Street a *El Vino's*, para reunirse con Cecil o con Hilaire Belloc. Era una buena anécdota, y desde luego cuando lo veías pasar en coche, disfrutando del paseo como un colegial, parecía un potentado. Sé que a los cocheros les encantaba llevarlo, aunque cabía a lo justo. Porque era magnífico en largueza.

Quedémonos con esa frase. En todas sus obras y caminatas y conversaciones y paseos en coche y excursiones, Gilbert Chesterton era magnífico en largueza.

Oí decir que jamás pidió una subida, aunque su artículo doblaba la tirada del *News* todos los sábados. Y eso me lo creo. Llevaba escritos un montón de libros antes de que sus amigos consiguiesen que se sirviese de un agente literario. Entonces le consiguieron uno bueno.

Me decía Shaw en cierta ocasión: «Chesterton debería estar ganando mucho más dinero. Hace algún tiempo un editor me encargó un prólogo. Decía que Chesterton había escrito otro para la misma colección. Le pregunté cuánto le habían pagado a Chesterton, y me dijo que veinticinco libras. Respondí: “¡Ni hablar! Por menos de cuarenta no lo hago”».

Pero sucedió algo trágico en Bouverie Street. En la redacción me dijeron un día que Chesterton acababa de estar y que, viendo en la escalera una ventana sucia, había escrito en la suciedad una *Balada para una ventana sucia*. Salí corriendo para pedir que recortaran el cristal para conservarlo o, por lo menos, lo fotografiaran.

HABÍAN LIMPIADO EL CRISTAL. Sí, lo habían limpiado. Y seguro que fue la mejor balada de Chesterton.

El *News* era entonces un gran periódico, estoy convencido. Claro que fue el primero para mí. Pero al fin y al cabo, estaba Gardiner, que sabía escribir, y estaba E.C. Bentley, amigo de Chesterton de toda la vida, que hacía buenos editoriales, y una estupenda columna de frivolidades, y artículos de fondo sin número, que firmaba como «E. Clerihew». Y estaban H.W. Nevinson, y S.K. Ratcliff, y Masterman y Chiozza Money y G.G. Desmond con sus *Notas de naturaleza*, y Scott-James sobre libros, ayudado por el joven Robert Lynd, que ya empezaba a llevar sobre sus espaldas el peso del mundo.

Y lo bueno era que, pudiendo echar mano de todo ese talento, Gardiner siempre pedía a algún reportero que escribiera un artículo firmado para la página de opinión. A veces salíamos en la misma página que Chesterton. Pero entonces tenía que ser corto.

Esto lo comento aquí porque demuestra lo prudentes que eran los directores de entonces, al depender de las colaboraciones de sus empleados. Claro que Gardiner admitía cosas de fuera, pero sólo de escritores.

¿Sólo de escritores? ¿Qué demonios quiero decir? Bueno, lean cualquier periódico de hoy, excepto... —dejemos las excepciones, son odiosas— y verán colaboraciones de jockeys sobre teología, de científicos sobre fe y moral, y de actores sobre cualquier cosa. Claro que a veces esos artículos los escriben periodistas, pero no se les reconocen; por eso no los escriben igual de bien.

El *News* me mandó un par de veces a entrevistar a Chesterton: una vez, en *Overstrand Mansions*, y otra en *Crossroads*, en Beaconsfield. Las tres casas de Chesterton se llamaron *Overstrand*, *Crossroads* y *Top Meadow*: un bonito itinerario. [N.T.: Algo así como *Pasar por la playa*, *Un cruce de caminos* y *Llegar a la pradera más alta*.]

Allí fue donde y cuando vi por primera vez a Chesterton «desabrochado» y con la guardia bajada. Fuera de su casa, aunque siempre estaba como en casa y siempre alegre,

era un guerrero con la espada preparada para la batalla. Pero en su casa se rendía a la felicidad informal, aunque su admirable secretaria estuviese probablemente comiéndose las uñas —claro que sólo figuradamente— porque yo había interrumpido su tempestad, su fiesta de trabajo.

Allí en Beaconsfield nos sentamos a la sombra de las cañas, con vino, y hablamos de un intento que se estaba haciendo en ese momento por destruir una plaza antigua, otra más, en Kensington. Como G.K.C. nació en Kensington, y sus padres aún vivían allí, esto lo provocaba igual que la trompeta hace relinchar al caballo de batalla. Pero creo que al final quitaron la plaza.

G.K.C. relinchó, y dijo muchas cosas más. Y mientras las decía, llegó un hombre como un asno entre dos cargas —delante, su penoso destino, y detrás, un saco de patatas—, abrió la verja del jardín y se nos acercó tambaleándose.

Presentó armas con las patatas, saludó, y dijo: «Señor, soy soldado veterano: serví en la Guerra de los Boers. ¿Será tan amable de comprarme las patatas?».

G.K.C. respondió con esa amabilidad cordial que tiene para todos, sobre todo para los hombres sencillos: «Estoy encantado de que haya seguido la noble profesión de las armas, aunque lamento que se viese obligado a luchar en esa guerra tan injusta. Pero no puedo comprarle las patatas. No me corresponde. Vaya usted por la puerta de atrás, y hable con el brigada».

El hombre volvió a saludar, cargó el saco y se fue, claramente dudando de la inteligencia de mi amigo.

Durante todo el tiempo que estuve con G.K.C. en el *News*, estudié con ahínco sus artículos. Verlo ayudaba, y sus costumbres ayudaban. Convencía con su presencia, como Walt Whitman, el héroe de nuestra juventud. Conocerlo era una revelación. Y, aunque la revelación estaba todavía borrosa, yo lo conocía mucho mejor que los que inventaban leyendas.

El hombre empezaba a descollar, aunque por entonces yo no entendía qué era lo que defendía. Sabía que defendía el catolicismo, la libertad tabernaria y la diversión tabernaria, la libertad pura y dura, el pueblo y lo popular. Pero yo no sabía encajar estas cosas, así que, para explicar la lámpara en lo alto de la torre, tenía mi propia teoría, clara y estanca; porque yo seguía siendo socialista. Pero no lograba entender cuál era la teoría de Chesterton. Parecía que creía en muchas cosas sueltas. Yo era un ciego que tocaba los párpados de Chesterton, sus labios, sus manos, y —con la debida circunspección— su chaleco, intentando averiguar qué sumaba todo.

CAPÍTULO 8

El otro día le suspiraba yo a un amigo: «Ojalá hubiera nacido católico». Mi amigo respondió: «Nadie nace católico. Todos tenemos que ser recibidos en la Iglesia. La diferencia está en que a unos nos han recibido más pronto que a otros».

Siendo así, hay que reconocer que G.K.C. ya era un hombre de mediana edad cuando se hizo católico, aunque hacía años que estaba preparado. (En cierta ocasión le preguntaron por qué había estado tantos años sentado en los escalones, animando a la gente a entrar. «No era cosa de Gilbert Chesterton decidir cuándo tenía que entrar. Era cosa de Dios».)

Pero nunca he dudado de que el G.K.C. esencial fue siempre el mismo, y lo que pudo parecer un proceso de crecimiento espiritual fue, en realidad, el abandono de un caparazón. La teoría de que todo lo que hay en el hombre ya estaba en el niño es una fantasía pintoresca, y en general no es verdad. Pero todo lo que iba a haber en Chesterton hombre ya estaba en Gilbert niño. Y es un hecho que fue católico en cuanto empezó a ver y a pensar.

Pero como ya hemos visto, acompañándolo a lo largo de los años, tardó mucho en saber que era católico. Lo supo años antes de rendirse. Y algunos afirmarán que durante ese período estuvo, espiritualmente, en estado de peligro crítico. No quiero pensar que fuese así, sabiéndolo un cristiano tan bueno y sincero. Aunque yo, que durante años estuve sentado unos escalones más abajo, me doy cuenta ahora del peligro que corrí.

Al mismo tiempo, entiendo la dificultad. Era esencial que entrase; él sabía que era esencial que entrase; y no entraba. Así expresado, sólo puede haber una respuesta.

Pero creo que no hay que expresarlo así. Era católico, pero durante un tiempo concibió la posibilidad de que un católico aceptase la autoridad de la Iglesia sin aceptar la autoridad de Roma. Más tarde entendería que no existe otra autoridad. Pero entonces no lo entendía.

Hablo del período que va desde el principio de su matrimonio hasta su conversión formal en 1922. Y ya es hora de que examinemos esto, y sepamos cómo el hijo de unitarios, el colegial agnóstico, el discípulo de Walt Whitman, llegó a darse cuenta de que era miembro de la Iglesia católica de Cristo.

Como ya he relatado, la primera vez que lo vi estaba con un niño, riendo a carcajadas a cuenta de unos dibujos hechos por G.K.C. con tizas de colores. De pequeñín reía a carcajadas, naturalmente, a cuenta de los dibujos graciosos, alegres, preciosos, que lo rodeaban cuando estaba en la cuna. Algunos de esos dibujos de colores se movían, le sonreían, incluso hacían ruiditos, y todo ello era más gracioso, más alegre y más glorioso aún.

Ya conocen el miserable epitafio de Gay¹⁰:

*La vida es una broma, y todo nos lo muestra.
Lo pensaba a menudo, y hoy lo sé con certeza.*

Nos da pena el pobrecillo. Pero G.K.C. habría gorjeado, habría dicho: «Ese hombre tenía razón. Solo que no se daba cuenta de la broma tan divertida que es la vida».

Esa idea es fundamental en Chesterton. Estaba auténticamente orgulloso de dos cosas. Una, que tenemos un Dios que murió con la espalda contra la pared. La otra, que nuestro Dios tiene sentido del humor. Al fin y al cabo, el humor nace del sentido de la proporción, y eso no le puede faltar al Arquitecto del universo. Pero lo que hace que de él florezca la risa es el amor.

G.K.C. observó en cierta ocasión que Nuestro Señor fundó su Iglesia con un juego de palabras. «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra fundaré mi Iglesia». Y en otra ocasión dijo que hubo veces en que Jesús escondió la cara o se alejó de los hombres. Y se preguntaba si lo que ocultaba, Él que nunca ocultó sus lágrimas, era la risa.

Y creo que Belloc, al escribir: «No hay nada que dé sentido al cansancio de vivir, salvo la risa y el amor de los amigos», coincidía con él. Pues la risa, y el amor de los amigos, inundarán los cielos.

Aquel fue entonces el comienzo. De pequeñito, de niño, reía a carcajadas ante la diversión y la gloria del mundo. Sobre todo, claro está, esos trocitos del mundo que crecían, crecían, fijense, y movían la melena, y también reían. Y esos trocitos que, maravilla de maravillas, se movían, y —¡es increíble! (él se lo creía, y se asombraba)— se movían sin tambalearse (menos algunos al caer el sol) sobre dos piernas, cosa graciosa y hermosa a la vez.

Ver casas altas que escondían misterios, y calles sin fin, con una curva en medio que prometía prodigios a la vuelta de la esquina; ver los árboles en los jardines de Kensington y ver crecer la hierba; y el agua latiendo como un corazón y con un millón de sonrisas en los labios; ver el sol y la luna y las estrellas en los cielos, sentir el pinchazo, el latigazo de la lluvia en la cara, todo ello era hermosísimo. Pero eso no era nada al lado de las multitudes, los ejércitos de personas entrañables y divertidas que andaban en posición vertical sobre esas piernas tan graciosas.

No sólo de pequeñín, no sólo de colegial, sino de niño grande —el Niño Errante— en Battersea y en Beaconsfield, G.K.C. siempre entendió que este espectáculo de la vida diaria es un milagro. Por eso se reía. Los milagros siempre le hacían reír. Lo cual es justo y necesario. Porque todo verdadero himno de alabanza y acción de gracias es una

carcajada feliz.

Durante un tiempo, en su paso de niño a hombre, se decía que este era el único milagro. Pero no era más que una opinión. Nunca fue creencia. Pensaba que no tenía creencias filosóficas, sino un conjunto de opiniones tomadas de «los únicos filósofos» cuyas obras leía: hombres como Huxley, Spencer y Bradlaugh. Pero tenía creencias profundas, al nivel de esta más que creencia, esta certeza del milagro del universo cotidiano.

¡Un momento! Tengo que explicar lo que significa aquí certeza. La mayoría, pobres ciegos, creemos en Dios con toda nuestra razón, y dependemos de Él con toda nuestra fe. Pero sólo somos conscientes de Él una o dos veces en la vida. Eso, al menos, es lo que me pasa a mí. Sólo una o dos veces, durante una fracción de segundo, el mundo ha encajado, y he sido muy tenuemente consciente de Dios. No, desde luego, como es consciente de Él un santo, sino como quien ve de refilón a Alguien que desaparece a la vuelta de la esquina. Como si Dios, al pasar, se volviese para sonreírnos. Esa ráfaga nos llega a todos de cuando en cuando.

Pero creo que el santo es consciente de Dios en todo momento, aparte de esos momentos de visión de los que no me atrevo a hablar.

Bueno, no me corresponde a mí afirmar que Gilbert Chesterton alcanzase semejante conciencia continua de Dios, aunque confío en que se me permita esperar que esto, algún día, se reconozca. Pero sí que tuvo durante toda su vida la conciencia nítida y gozosa del milagro de las cosas corrientes y de las personas corrientes.

Cualquiera que desee entender algo de Gilbert Chesterton tiene que entender que no se trata de una forma de hablar, una figura poética, sino de un hecho tan sólido como el granito.

La tenía. Y tenía un pequeño mundo de creencias, que provenían de su primera infancia, y que el muchacho tal vez se dijese que eran niñerías, pero que eran en realidad fibra de su fibra y sangre de su sangre.

Este pequeño mundo no era un mundo de cuento, sino un verdadero país de las hadas, donde él vivía y donde sucedían cosas maravillosas. Creyó primero en las hadas y en su país, sin duda, por su conciencia del milagro de la Naturaleza. Era obvio: este era el país de las hadas, y en él tienen que vivir hadas. Pero creía en él también porque la ley del país de las hadas coincidía con la ley de su propia alma. Se contradecía, por cierto, con todo el protestantismo calvinista de su juventud, y con todo el determinismo evolucionista de aquella época y la nuestra. Decía, sobre todo, que el hombre puede elegir. Son las primeras palabras de su carta de libertades. Pero la naturaleza de la elección era igualmente importante.

Escribe lo siguiente: «El feniano se rebela contra algo que entiende demasiado bien; pero el auténtico ciudadano del país de las hadas obedece a algo que no entiende en absoluto. En el cuento, la felicidad incomprensible se encierra en una condición incomprensible. Se abre una caja, y salen volando todos los males. Se olvida una palabra, y perecen las ciudades. Se enciende una lámpara, y se desvanece el amor. Se coge una flor, y se pierden vidas humanas. Se come una manzana, y desaparece la

esperanza de ver a Dios».

No sé cuándo añadió ese último cuento a su país de las hadas, ni qué lugar ocupaba entre los demás durante su corto período de agnosticismo particular. Pero siempre sintió que esta gran felicidad suya pendía de un hilo, de una condición. «Este sentimiento de país de cuento me marcó, se convirtió mi sentimiento hacia el mundo entero. Sentía, y siento, que la vida es brillante como un diamante, pero quebradiza como el vidrio; y cuando se compararon los cielos con el terrible cristal, recuerdo un estremecimiento. Temía que Dios dejase caer el Cosmos con estrépito».

Como ven, ya metía a Dios en la controversia, pero sólo como deidad cósmica por la que conservaba una reverencia nebulosa. Poco a poco fue comprendiendo, primero, que si existen los milagros (la magia) tiene que existir un mago; segundo, que, si esta felicidad incomprensible, que depende de una condición incomprensible, es ley de vida, el «mago» es el que hace la ley, y ese mago tiene que ser Dios.

Una cosa lo tuvo perplejo, tal vez durante todo el tiempo que se consideró socialista: que el mundo es a la vez milagrosamente hermoso e interesante, verdaderamente amable; y monstruosamente feo y repulsivo, verdaderamente odioso. Y quiso saber cómo podía uno odiarlo hasta el punto de desear cambiarlo, y al mismo tiempo amarlo hasta el punto de que cambiarlo le merezca la pena. «¿Puede uno contemplar su colosal hermosura sin estar conforme? ¿Puede uno contemplar su mal colosal sin desesperar?».

Tan pronto como se hizo esa pregunta, la que se han hecho todos los siglos, el evangelio según Walt Whitman perdió todo sentido. Pero halló la respuesta, por fin, en esta característica sobresaliente de la teología cristiana, dura como una púa, la dogmática insistencia en que Dios es personal, y creó el mundo como algo distinto a Él.

Y ahora «toda la tierra se iluminó, hasta los primeros campos de mi infancia. No me equivocaba al sentir que las rosas eran rojas por elección, por elección divina... Mi sensación que pendía de un hilo, el hilo descabellado de una condición, tenía sentido después de todo: su significado estaba en la doctrina de la Caída».

«La idea de que el cosmos no es algo vasto y vacío, sino pequeño y acogedor, ahora tenía un significado pleno; para Dios las estrellas pueden ser pequeñas y entrañables, como diamantes... El filósofo moderno me había dicho una y otra vez que estaba en el lugar correcto, y yo me había sentido deprimido aun estando conforme. Pero ahora me enteré de que estaba en el lugar equivocado, y mi alma cantaba de alegría, como el pájaro cuando llega la primavera».

Cómo llegó a aceptar la ortodoxia es una historia demasiado larga como para relatarla aquí. Pero hay que tener claro que, en el momento al que se refiere en las líneas que acabo de citar, aún no había llegado a la ortodoxia. Podía haber llegado a ser un hereje. En *Ortodoxia*, agradece a los filósofos escépticos de su juventud que lo salvaran de la herejía. Vio que atacaban la Fe por toda clase de motivos contradictorios: porque era demasiado alegre, y demasiado triste; demasiado vehemente, y demasiado suave; demasiado exuberante, y demasiado ascética; etcétera. Entonces cayó en la cuenta de que las herejías no eran mentiras, sino pedacitos desgajados de su contexto e inflados. Y así llega a la triunfante conclusión:

«En mi visión, el carro celestial vuela atronador a través de los siglos; las oscuras herejías, vencidas y postradas; la descabellada verdad, tambaleándose pero erecta».

¿Se entiende que esta retórica no es algo dulzón y sentimental, sino razón incandescente?

Pero, años más tarde, durante una conversación en Beaconsfield, me contaría su mayor tentación de evitar la ortodoxia:

«Esa fue una tentación apabullante». Se rió, y entonces, con la mirada perdida, se sacudió, como si se viese tambaleándose al borde del abismo.

Prosiguió: «Recordarás que en mis primeros poemas y artículos intenté defender la creación siguiendo estas líneas». (Pensativo, colocó una serie de cosas sobre la mesa siguiendo una pauta, con la copa de vino en medio.) «Había muchas personas que daban gracias por todo: por el día y la noche, por las cuatro estaciones, por el puente sobre el Forth, por el deporte del cricket, por los pantalones, por el señor Selfridge, por las calesas, por los taxis, por todo.

»Pronto comprendí que, como filosofía práctica, esto no sirve. Los caballeros que la propugnaban parecían desconocer el dolor de muelas.

»No, la auténtica defensa y justificación estaba en *lo que sea*. En que, milagrosamente, tuviésemos lo que fuese; en que milagrosamente estuviésemos vivos; por esto daba yo gracias a Dios y Lo glorificaba en todas Sus obras».

Contempló la disposición de cosas que había hecho sobre la mesa, corrigió la posición de una caja de cerillas, la volvió a poner donde estaba, dio unas cuantas caladas al cigarro, y prosiguió.

«No ha cambiado de postura. Es la verdad. Pero más tarde descubrí que no es toda la verdad.

»Poco después de llegar a ser conocido como filósofo, sobre estas premisas deseables pero limitadas, llegó la gran tentación. Me dijo una señora encantadora: “Tiene usted seguidores”. Lo dijo impresionantemente. Era la promesa de un grupo de discípulos cada vez mayor. También me dijo: “Es usted optimista. Eso es muy refrescante, después de tanto pesimismo”.

»Más adelante, vencida ya la tentación, la señora volvió a acercarse, para decirme: “Está perdiendo a sus seguidores”. Lo dijo con pena, pero yo me alegré».

Se me quedó mirando, con cara de diversión y picardía.

«Naturalmente, ya entiendes cuál era la tentación: convertirme en un heresiarca, la cabeza de una nueva religión universal pequeñita. Los *lo-que-sea-itas* —gorjeó—. Creo que la tentación no duró mucho, una vez que entendí que estaba predicando una herejía.

»La herejía no es una mentira; es una verdad aislada de las demás verdades. Y descubrí que mi alabanza de “cualquier cosa”, por sí sola, era una buena excusa para el tirano, el opresor de los pobres, y otros condenables defensores del “dejemos las cosas como están”. Abjuré de mi herejía; es decir, recuperé el equilibrio. Y perdí a mis discípulos».

Miró a lo lejos, radiante, como si viese los últimos discípulos alejándose hacia la estación de Beaconsfield.

Le cité una cosa que me había dicho el Aga Khan unas semanas antes cuando lo entrevisté. Su Alteza dijo que, si se cayese un muro y le aplastase un pie, exclamaría «Es lo mejor que me podía pasar».

Respondió G.K.C. solemnemente: «Entonces el idioma persa debe de estar muy escaso de palabrotas». Y soltó una carcajada.

(Verán que en estas páginas, G.K.C. se carcajea muchas veces. Pero no es culpa mía, sino suya.)

«Pero observarás lo que le ocurre al Aga Khan —prosiguió—: padece de mi antigua enfermedad. Lo alaba todo. Y hace caso omiso de las verdades equilibradoras que completan la espléndida paradoja de la existencia. Él dice: “¡Hágase Tu voluntad!” pero no “¡Líbranos del mal!” Nosotros reconocemos que el universo es de Dios, pero que el enemigo existe.

»Esta fue, pues, mi gran tentación. Ahora podría ser un heresiarca reconocido, como el señor Bernard Shaw o el señor H.G. Wells o el señor Aldous Huxley, dedicándome a interpretar el universo en términos de un poquito de verdad que me atrajese personalmente. No, me parece que no habría sido un heresiarca tan interesante como el señor Shaw, porque él, con su tremenda honestidad intelectual, con su agilidad, ha ido saltando de herejía en herejía, al ir comprobando que ninguna funciona.

»Pero yo habría sido un heresiarca, digamos, proporcionado. Y habría tenido discípulos. Cualquier heresiarca del montón es capaz de reunir discípulos suficientes como para llenar una sala pequeña, y hacerse la ilusión de que tiene una clientela tan universal como un jinete famoso. Pero me parece que yo habría conseguido algo más. Me parece que habría causado sensación.

»Me daban miedo dos cosas. La primera, mi herejía, tan peligrosa como verdadera. Y segunda, mis seguidores. Estaba orgulloso de ellos. Qué espectáculo, de haber podido llevarlos detrás en procesión a todas partes. Pero me asustaban. Vi lo que los seguidores de Shaw le habían hecho, ágilmente, al ir él esquivándolos. Así que, como no soy experto esquivando, convencí a mis seguidores para que me soltasen. Caí muy suavemente sobre una roca».

Algunos pensarán que no era gran cosa esa roca. Pero sea como fuere, era lo suficientemente fuerte como para soportar cómodamente el tremendo volumen de Gilbert Chesterton.

¹⁰ Life is a jest, and all things show it:/I thought so once, and now I know it.

CAPÍTULO 9

Cuando me fui del *Daily News*, camino de reunirme con G.K.C., a los Chester-Belloc les habían estado pasando cosas. En la gran derrota conservadora de 1905, cuando los liberales volvieron al poder con una amplísima mayoría, algunos candidatos, a los que la victoria liberal permitió atacar fortalezas que se habían considerado inexpugnables, entraron en esas fortalezas blandiendo sus panfletos. Entre ellos había al menos tres periodistas del *Daily News*, que yo recuerde: Masterman, Chiozza Money y P.W.W. Esta última inicial corresponde a Wilson, pero las iniciales son expresivas del individuo. Era un tipo de lo más cordial, rebotante de aplauso y camaradería cuando conoció a G.K. ¡Sin embargo...! Contaban que Gardiner ordenó a todos los miembros del equipo editorial que estudiasen en su tiempo libre para presentarse a diputado. Un amigo mío me preguntó por qué demonios no me había presentado, y le respondí —muy serio, pues era joven— que yo no era liberal.

Pero Gilbert volvía a ser liberal, al menos nominalmente. Y me he preguntado a menudo qué habría pasado si se hubiera presentado al parlamento y hubiera salido elegido.

Claro que su primera entrada en la sede del parlamento habría sido un acontecimiento. Y él habría adornado la asamblea. Pero habría odiado el juego de la política tan cordialmente como lo amó su hermano Cecil. Cecil habría hecho grandes cosas en el parlamento. Sería parlamentario ahora, si viviese; lo más que se acercó fue siendo director de campaña para Claude Hay. Y seguiría dirigiendo el *New Witness*. Pero ¿qué le habría sucedido a G.K.C.?

Sin duda, en las siguientes elecciones se habría presentado como independiente, porque después de un discurso de los suyos el partido no habría querido saber nada de él.

Pero su elocuencia y su entendimiento vigoroso ¿se habrían lucido, en esa cámara agobiante e indiferente? Y el laberinto del procedimiento ¿no lo habría incomodado y desorientado? ¿No lo habría enfurecido la falta de honestidad de la política británica, como enfurecía a Hilaire Belloc? Si se hubiera quedado, creo que aquello lo habría matado. Pero Belloc entró en el parlamento al año siguiente, en 1906, y tal vez los Chester-Belloc habrían prevalecido.

Pero no se presentó. Y Belloc, después de cuatro años dándose cabezazos con la pared, se dio cuenta de que había perdido el tiempo... diciéndole la amarga verdad a hombres que eran tan deshonestos que no querían oírlo, o tan tontos o ignorantes que no entendían. Cuando renunció a su escaño en 1910, él y los hermanos Chesterton estaban convencidos de que lo que más se necesitaba en ese momento era luchar por un gobierno limpio. Así que decidieron fundar un periódico semanal.

En ese momento, yo acababa de dejar el *Daily News*. Llevaba un año escribiendo críticas de los espectáculos de *music-hall* en el *Penny Illustrated Paper*, *P.I.P.* para los amigos. Fue una de las primeras empresas periodísticas de William Berry, ahora Lord Camrose, que dirigía este periódico y dos o tres más desde un pequeño nido de oficinas en lo alto de una casa antigua de Burghley Street, en el Strand.

Un día le escribí un artículo cuyo título era «¿Es el *Daily Express* un espía alemán?». La pregunta no se refería al *Express* de Lord Beaverbrook. Además, pretendía ser una ironía.

Para dar color extranjero a la propaganda de libre comercio de Chiozza Money, el *Express* le había estado llamando «Signor Chiozza Money». Era una tontería hacer semejante chiste acerca de un político británico de simpatías judaicas. He oído cómo saludaban a Moscovitch como «el gran actor ruso»; él respondía: «Señor, soy judío».

Sea como fuere, me hacía muchísima gracia que el *Express* otorgase un título extranjero a un judío británico, sobre todo considerando que su experto en la reforma de la ley de impuestos era un caballero de nombre Ellis Barker, nacido Elzbacher. Así que escribí el artículo con gran alegría, utilizando contra el *Express* sus propios argumentos.

Lo importante de la cuestión, para lo que nos ocupa, es que metí a G.K.C. en la discusión. Él acababa de escribir —vehementemente, por supuesto— contra la locura de permitir que los extranjeros gobiernen Inglaterra, directa o —lo que era más peligroso— indirectamente. Así que lo cité ampliamente.

Hubo alarmas y salidas, y los del *Express* tenían a uno al teléfono todo el día llamando a Bill Berry. Pero el que se ponía era el ayudante de Bill, Charlie Miles.

Al final, después de muchos meses, el *Express* nos llevó a juicio por difamación, exigiendo daños y perjuicios. El encargado del caso fue el difunto juez Phillimore, así que no hablaré mal de él. Pero era una auténtica beata, ¿o no? Timothy Healy, patriota irlandés de gran ingenio, era nuestro abogado defensor. Lo convencí para que citara como testigo a G.K.C. En la galería estaban Belloc y Cecil. Cuando reían al unísono, el tribunal estaba alegre.

Chesterton y Healy mantuvieron un jocoso encuentro en el pasillo antes del juicio; no se conocían, y se respetaban enormemente. Pero hablaron de letras, de religión y de Irlanda, y para nada del caso.

Healy no llamó a declarar a Chesterton; nunca he entendido por qué. A mí no me quiso llamar, no fuese a justificarme. Y ninguno de nuestros testigos entendía el significado de un artículo satírico.

Tim estuvo... bueno, que Dios lo tenga en Su gloria, siempre estuvo magnífico en su defensa de Irlanda y atacando a los sajones. Dejémoslo ahí. Supongo que pensaba que

todos los periódicos ingleses eran despreciables, como la mayoría de los políticos ingleses. Porque su gran argumento era: «¿Acaso perro come perro?». Pedía que se pasaran las cosas por alto. Y no lo consiguió.

Creo que al *P.I.P.* le vino bien el asunto. Consiguí columnas de publicidad gratuita en la prensa, y empezaron a colaborar algunos periodistas eminentes. Pero a mí me afectó directamente: dejé de escribir para el *Daily News*.

Así que decidí fundar mi propio periódico semanal, que estuviese lleno de artículos como el que me había costado el puesto; aunque tengo que decir que Berry se portó de maravilla, y me dio mucho trabajo. Naturalmente, cada artículo mío lo miraban con lupa para ver si difamaba a alguien, y yo estaba empeñado en buscar cosquillas. En mi propio periódico podría hacer lo que quisiera.

Llegué a alquilar oficinas, unas oficinas magníficas en Lincoln's Inn, y comprometí a Cecil como editorialista. Incluso llegué a interesar tibiamente a un posible financiero. El periódico se llamaría *Red Herring*... Pero el financiero cambió de domicilio, y el periódico no llegó a ocupar el suyo.

Justo antes de que me viese obligado a poner mi periódico en espera, donde sigue aún, Cecil me dijo que él y Belloc iban a sacar una revista semanal nueva, y que Hilaire le estaba metiendo prisa a su financiero porque había oído hablar de la mía, y quería salir primero. Salió.

Con el *Red Herring* bien guardadito, y la noticia de la próxima publicación del *Eye Witness* ya en boca de todos, le pregunté a Cecil si yo podría escribir para ellos.

Sonrió un poco avergonzado, y dijo con esa franqueza suya tan amable: «No estoy seguro de que te vaya a gustar la tendencia del periódico». Le pregunté cuál era; él me lo dijo, y así probé por primera vez el distributismo y la defensa del gobierno limpio. En cuanto al primero, dije: «Ah, ya, propiedad campesina». Y Cecil dijo: «¡La distribución de la propiedad! Para los artesanos también». Presté atención y me acordé de los gremios de Penty. «Ah, los artesanos». Y Cecil respondió solemnemente: «El problema principal es el de la propiedad compartida de la tierra».

Bueno, parecía una idea compatible con mi socialismo a medio camino entre Morris y Penty. Pero seguí preguntando: «Pero ¿por qué os molestáis en sacar un gobierno limpio de estos explotadores sucios?». Cecil respondió: «Es la mejor primera línea de ataque, por varios motivos. Pero con uno basta: Es la mejor manera de ponerlos en evidencia. Te prometo que los vamos a poner en evidencia de verdad».

Ya dudaba yo tanto como Cecil en cuanto a mi idoneidad para escribir en el *Eye Witness*. Pero hice un último esfuerzo: «Estoy totalmente a favor del *music-hall* de toda la vida, libre de interferencias por parte de la señora de Ormiston Chant». Y Cecil, muy contento de poder agradarme, dijo: «¡Pues escribe sobre eso!». Y lo hice. Luego escribí sobre otras cosas, y poco a poco me di cuenta de que estaba de acuerdo con las teorías política y económica que defendía el periódico; y todas las semanas leía a G.K.C., que escribía libremente entre sus amigos: un G.K.C. más grande, más jovial y más vehemente que nunca.

Así comenzó mi larga aunque no famosa asociación con los Chester-Belloc.

En el *Eye Witness*, yo seguía siendo un extraño que intentaba meter el pie poco a poco. Probablemente era sospechoso a causa de mis cosas en *New Age*, que habían intentado colocar equilibradamente la moral sobre la estética; pero Cecil jamás dio señal de nada.

Cuando iba por la oficina destartalada en John Street para entregar un artículo, solía encontrar allí a Cecil y a Desmond McCarthy, su crítico de teatro, inmersos en el trabajo, y tal vez entrase Belloc como una exhalación, para leer de pie un puñado de galeradas. Pero de vez en cuando había una aparición. Un sacerdote de frente poderosa, nariz poderosa, barbilla poderosa, boca grande y poderosa, sonrisa beatífica, ojos tiernos y observadores. Y en todo su ser una avidez ígnea como jamás he visto. Era el padre dominico Vincent McNabb. Era como el ángel de la guarda de Cecil, Gilbert y Belloc. Decía que amaba a Irlanda como a una madre y a Inglaterra como a una esposa. Y esos tres hombres eran los que podían salvar a Inglaterra. A Cecil lo quería como a un hijo.

Conocí a un nuevo Gilbert. Había llegado a conocer muy bien al Caballero Risueño, con su cortesía amable pero la mano en la espada. Había visto a G.K.C. en casa, desabrochado y a sus anchas. Pero a esta criatura alegre, que entraba en el Adelphi como un vendaval, como heraldo de buenas noticias, para aterrizar junto a la barra sin resuello, radiante, no la conocía. Yo espiaba esos encuentros como mendigo que no se atreve a pasar de la puerta. Ellos, ocupados con una campaña que sacudía la política de Inglaterra, eran como colegiales en día de fiesta, como soldados de permiso, como niños jugando en el campo.

Bien, todos los periodistas tienen un toque de esa inocencia, aunque estén obligados a compartir los negros pecados de los amos de la prensa; y creo que los tres amigos estaban más orgullosos de ser periodistas que de pertenecer al grupo de los literatos, hombres que siempre están contando sus ventas o, aún peor, cultivando un estilo; personas suburbanas que no tienen ni idea de lo que pasa en Inglaterra, de lo que le pasa a Inglaterra, ni les importa.

Los periodistas hacen buenos amigos; están orgullosos de su oficio, y son generosos en sus alabanzas. Por eso Cecil escribió en un sobre, y me leyó, en un pub de Fleet Street¹¹:

*Príncipe, chantajeaste, mentiste, has sobornado...
Tus vicios horrorosos te han echado a perder.
Pero una cosa aún justifica el oficio:
fue en Fleet Street donde aprendí a beber.*

No me corresponde escribir la historia del *Eye Witness* ni del *New Witness*. No la escribiría aunque pudiera. Porque esa es principalmente la historia de Cecil, y es su esposa la que debería escribirla.

Cuando Cecil fue director, ella fue su ayudante, y resultó ser la mejor periodista de Inglaterra. Y Johnny era también la mejor amiga. (¿Tanto ha cambiado el mundo, que tengo que explicar que *Johnny* era el único nombre por el que conocíamos a J.K.

Prothero, que sería luego la señora de Cecil Chesterton?)

Johnny escribía noticias semanales, y dirigía a los colaboradores, y ayudaba a Cecil a sacar la edición, mientras Cecil escribía esos artículos políticos sin igual en el periodismo moderno. Sí, sin igual, a su manera. Te gusta que lo haya dicho, ¿no, Gilbert? Porque te brillaban los ojos y se te iluminaba la cara cuando oías alabar a Cecil.

Al mismo tiempo, G.K.C. escribía serie tras serie de artículos semanales para el *Witness*, y artículos sueltos sin número, y ramilletes de baladas y otras colecciones de poemas, serios o alegres, y de vez en cuando algún poema inmortal, como *Lepanto*. Sí, uno de los pocos poemas épicos de nuestro tiempo surgió así, casualmente, para publicarse en un periódico, con un gesto tan descuidado como el de un reportero cualquiera que escribe un párrafo rápidamente, ¡no!, con un gesto tan majestuoso como el del sol cuando reparte sus rayos.

Pero G.K.C. todavía no andaba en política. Era el filósofo, que veía morir cosas grandes más claramente que aquellos a quienes el polvo y el humo de la batalla cegaban para todo menos para su siguiente objetivo. Y, enérgico y vehemente como era en los debates, parecía demasiado dulce para esa lucha en la que hay que herir al enemigo para derrotar su causa.

De los *Witness* surgió la Liga del gobierno limpio. Como todo lo que tocaban los Chester-Belloc, era una organización luchadora. Celebraba asambleas, sobre todo en época de elecciones; hostigaba a los oradores. Y gracias a ella, G.K.C. se acercó al jaleo de la política más que nunca. Le encantaban los gritos, los paseos (en los coches del partido contrario), y las salidas, y el tronar de los candidatos, y el griterío. Y explotaba de alegría ante la palabrería. Pero se enfadaba muchísimo al ver las trampas, al ver cómo las manos estranguladoras ahogaban la voz del pueblo. Si más adelante iba a atacar a ultranza a los políticos corruptos, fue debido a sus experiencias en la Liga del gobierno limpio.

En el *Witness*, G.K.C. era despiadado sólo en verso. Creo que es como poeta que ha sido más batallador. Pero como ya he dicho, esta no es la historia de los *Witness*. Así que haré poco más que mencionar los dos grandes logros de esos grandes periódicos: destaparon el escándalo Marconi y la venta de honores.

Sabrán, o deberían saber, que en el primero de los casos el *New Witness* acusó a ciertos ministros de haber aceptado información privilegiada, ofrecida por empresarios contratados por el Gobierno. Por esta denuncia fue a juicio Cecil Chesterton, y lo multaron severamente. No se atrevieron a encarcelarlo.

Quien tenga curiosidad puede buscar alguna relación entre el caso Marconi y las más recientes indiscreciones en cuanto a los presupuestos.

La venta de honores ya se ha convertido en costumbre. Algunos caballeros, después de recibir algún título, contaban cuánto les había costado. Pero cuando el *New Witness* dijo, y fuimos los primeros en decirlo, que los honores que supuestamente son regalo del rey, pero que en realidad se otorgan por iniciativa del primer ministro, se compran y se venden como si fuesen chuletas, los miembros más destacados de ambos partidos históricos se sintieron ofendidos y horrorizados por «semejante insinuación vergonzosa».

Eye Witness y *New Witness* eran periódicos distributistas, pero no estaban imbuidos de doctrina. Por regla general, los principios de la filosofía estaban insinuados, y el esfuerzo de los periódicos se endurecía y afilaba con un fin específico. Belloc escribió su libro incontestable, *El Estado servil*, donde demostró que el capitalismo y el socialismo son tiranías parecidas, siendo el segundo hijo del primero: y que esta nación estaba, no derivando, sino siendo empujada rápidamente a toda máquina hacia la esclavitud. Demostró también que la familia es la unidad básica del Estado, y que sin propiedad — es decir, sin ser dueña de su medio de subsistencia— la familia no es libre.

Ahí estaba el libro para que todo el mundo lo leyera; no era necesario publicar su declaración de los derechos del hombre en cada número. Y ya tenía bastante el periódico con limpiar la política y, si sobrevivía, acorralar a todos los políticos. Pero cuando G.K.C. llegó a ser su director, y después cuando fundó el *G.K.'s Weekly*, siguió otra línea, igualmente valiosa.

Cuando estalló la guerra en 1914, el *New Witness* estaba totalmente a favor de ella. Desde el principio, el *Eye Witness* había detectado el peligro de Prusia y lo había aireado en sus columnas. Jamás se expresó mejor lo que pensaban todos que en el libro de Cecil: *El prusiano ha dicho en su corazón* (deberían leerlo ahora, para ver cómo predice el hitlerismo). Pero los sentimientos eran comunes a esos tres hombres y a la esposa de Cecil. Y el milagro de encontrar a Inglaterra en el bando correcto era lo mejor que nos había pasado en cuatrocientos años.

Nunca desfallecieron en su convicción. No, Gilbert no desfalleció ni cuando murió su querido hermano. Y durante todos los años desilusionados de la posguerra, su creencia permaneció inalterable hasta que el hitlerismo vino a demostrarles a los socialistas, que habían condenado la guerra, que él tenía razón.

Por una vez había hablado el pueblo de Inglaterra, que nunca antes se había pronunciado. Recordarán el poema de G.K.C., *El pueblo secreto*. Lo citaré de nuevo más adelante. Pero así es como termina¹²:

*Puede ser que nosotros nos alcemos
los últimos, mientras que los franceses
lo hicieron los primeros;*

*puede que nuestra rabia venga ahora,
tras la rabia de Rusia, y que la nuestra
sea aún más rabiosa.*

*Puede ser que nosotros estemos destinados
a marcar con disturbios y descanso
el desprecio de Dios hacia los potentados.*

*Puede que la cerveza resulte lo mejor...
Porque nosotros somos el pueblo inglés
y no hemos hablado todavía.*

*Pagadnos, sonreídnos, pero no
nos olvidéis.*

A mí nunca me cupo la menor duda, ni tampoco a Gilbert Chesterton, de que por una vez en la historia moderna había hablado el pueblo de Inglaterra. En ese gran momento, el cuatro de agosto de 1914, cuando se declaró la guerra, toda Inglaterra sentía como un solo hombre. No había nada de ese entusiasmo fácil, genuino sin duda, que vino después. Los ingleses escucharon la noticia con caras serias, y suspiraron, pero de alivio porque el Gobierno no los había defraudado. Pero el Gobierno no podía defraudarlos. Porque ese pequeño cónclave en Downing Street sabía que el pueblo había hablado.

Chesterton lo entendía, y durante los años de la guerra la sede del *New Witness* fue un lugar feliz.

He aquí su perorata para su *Breve historia de Inglaterra*:

«Y entonces el pueblo de Inglaterra, hostigado por todas las modas, aplastado en todas las revueltas, entró en la Historia al son de trompetas, y en dos años se convirtió en uno de los ejércitos férreos del mundo. Y cuando el historiador del futuro busque un héroe, al intuir que esta guerra fue heroica al fin y al cabo, no encontrará más héroe que una multitud».

Y en el *New Witness* escribió¹³:

*Oh trono, mi agradecimiento,
oh, numeroso pueblo helado,
por esos congelados pensamientos
que en la Batalla de los Ríos han reventado;*

*no tenemos fe que nadie pueda lamentar
ni libertad que sea objeto de deseo;
pero en una luz limpia y de desprecio
las antiguas querellas quieren recomenzar.*

*Tú me has devuelto el corazón inglés
y tú, como a un juguete roto, lo has arreglado,
hasta que puedo verte pelear y correr,
y me río lo mismo que un muchacho.*

No había sentimentalistas entre los del *New Witness*. Sabían lo que costaba una guerra en una época en que los hombres —que luego descubrirían que en las guerras mueren soldados— estaban delirantes de fiebre bélica.

Hay que entender su postura. Entre todas las naciones de Europa, Prusia siempre había sido el único estado ateo, el único estado bárbaro, empeñado siempre en la destrucción de la cristiandad. (Veríamos luego el nacimiento de un estado más definitivamente ateo y bárbaro que Prusia, más definitivamente empeñado en la

destrucción de la cristiandad. Jamás hubo duda en cuanto a la postura de G.K.C. con respecto a los soviéticos.

No hay duda en cuanto a cuál sería su postura ahora.) Estoy seguro de que demostraron que tenían razón. Como ya he dicho, donde más clara y completamente se expresa su punto de vista es en el libro de Cecil. Pero está expresado magníficamente en poemas y artículos innumerables de G.K.C. Mientras muchos decían que, terminada la guerra, deberíamos darnos cuenta de que los alemanes eran nuestros aliados naturales, G.K.C. era de los pocos que alertaban en cuanto al peligro de Prusia. Y ahora por fin lo ven.

James Stephens, un tipo estupendo que escribía en el periódico y hablaba letalmente en las asambleas de la Liga del gobierno limpio, me dijo a comienzos de la guerra: «Cecil debería ir. Ha estado animando a todos para que vayan. No puede quedarse en casa».

Le respondí: «Serás tonto. ¿No sabes que Cecil ha recorrido todas las oficinas de reclutamiento, intentando que lo acepten? Ningún médico en su sano juicio le daría el visto bueno. Tiene la enfermedad de Bright».

Y entonces algún médico idiota le dio el visto bueno aunque, para ser justos, sólo para el servicio interior. Pero Cecil encontró la forma de meterse en un destacamento para Francia, y llegó a la primera línea. Murió justo después del armisticio.

No hay que entrar en detalles, pero la esposa de Cecil no pudo continuar en Essex Street. Le sugirió a Gilbert que yo ocupara su lugar, y lo hice lo mejor que pude.

¹¹ Prince, you have taken bribes, blackmailed and lied./ Your horrid vices to the heavens stink./ Yet by this thing my craft is justified:/ It was in Fleet Street that I learned to drink.

¹² It may be we shall rise the last, as Frenchmen rose the first./Our wrath comes after Russia's wrath, and our wrath be the worst./It may be we are meant to mark with our riot and our rest/God's scorn for all men governing. It may be beer is best./But we are the people of England: and we have not spoken yet./Smile on us, pay us, pass us. But do not quite forget.

¹³ Therefore to you my thanks, O throne,/ O thousandfold and frozen folk,/for whose cold frenzies all your own/ the battle of the rivers broke;//We have no faith a man may mourn,/ nor freedom any man desires./But in a new clean light of scorn/ bound up my quarrel with my sires.//Who bring my English heart to me,/who mend it like a broken toy;/till I can see you fight and flee,/and laugh as if I were a boy.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 1

Como ya he dicho, no es mi intención hacer una reseña de las obras de G.K.C., ya que me interesa más su vida y, sobre todo, su semblanza. Pues las obras permanecen; pero la semblanza se olvidará o, peor aún, se distorsionará completamente, si los que lo conocimos no ponemos por escrito nuestros recuerdos.

Esta es la idea que me ha dado el valor de entrar pisando fuerte donde los hombres con lengua de ángel no se atreven. Además, con la lengua no se pisa. Se pisa con los recuerdos: con alegría, porque son recuerdos felices, y con tristeza, porque ya no son más que recuerdos entre las sombras del pasado.

No volveré a sentarme en la oficina del primer piso del número 20 de Essex Street, en el Strand, en la silla del director (de G.K.C.), contemplando la efigie metálica de un barco inglés a todo trapo. Nunca más escribiré notas y artículos editoriales, ni leeré colaboraciones, ni organizaré el periódico, con la sensación de que él me lleva de la mano, la sensación de su presencia viva en la oficina, aunque normalmente ni estaba allí.

Poetas, sacerdotes y potentados, clérigos anglicanos, ateos amantes de la libertad, artistas, periodistas, viajeros y bufones, nunca más entrarán a charlar, supuestamente de periodismo y del universo, pero en realidad de G.K.C.

Nunca más cogerá Bunny el teléfono, para escuchar un momento, y susurrar, radiante, tapando el auricular con la mano: «Beaconsfield», para seguir escuchando con intensa avidez. No oiré las frases rituales de saludo: «Sí, señor Chesterton. La señorita Durham al habla. Oh (risas), sí, estoy muy bien. Sí (mirándome burlona), creo que está bien. ¿Quiere hablar con él?». Ya estoy yo a su lado y le quito el auricular de la mano.

«¿Qué tal, Titterton?» dice una voz cálida y confortable, que inmediatamente evoca la imagen del hombre grande, sentado en su despacho, llenando la silla (y la estancia también), ante una mesa atestada de manuscritos, papeles mecanografiados y dibujos. Veo esa cara tan grande radiante de alegría de poder hablar con nosotros. Pero hay un ligero descontento, por verse obligado a hablar de trabajo, y no de las menudencias de la filosofía y la diversión.

«¿Qué tenéis para la semana que viene?» me pregunta. Le digo qué tenía pensado publicar, y qué artículo parece digno de ocupar el centro. «¿En qué se están centrando

ahora?» puede que diga, y cuando se lo detallo: «De acuerdo, puede que valga. Me parece que me gustaría echarle un vistazo antes de que entre». (En este caso, pierde el artículo a propósito.) O si no, dice: «Sí, de acuerdo. Podrías enviarme las pruebas el lunes».

Unos días más tarde, llamo yo a Beaconsfield para decirle cuáles me parecen los temas adecuados para las notas de la semana, y él me dice: «Sí, me parece bien. Tal vez lo haga yo. Estaba pensando en escribir una nota sobre... tal cosa».

Y un día en semana hay un revuelo en la oficina exterior, una enorme carcajada, se abre la puerta de mi oficina —su oficina— y ahí está, ocupando toda la puerta.

No hay palabras para describir su aspecto. Pero se parece mucho a Papá Noel, a punto de meter regalos en los calcetines de los niños buenos, aunque no por sorpresa. Le salen bultos por todas partes, debajo del manto enorme; mucho más que por naturaleza, por los documentos que en seguida desvelará. Viene sin resuello, radiante. Lleva los quevedos torcidos, sobre la nariz un poco sudorosa. En una mano lleva el sombrero de fieltro, grande y flexible, y un cigarrillo a medio fumar; en la otra, su bastón-espada.

Está tremendamente contento de estar ahí, y de vernos. Pero también tiene aire de haber llegado por equivocación, de estar a punto de pedir disculpas por ello, y de encontrarse por sorpresa en su propia oficina.

Se adelanta Bunny con ávida devoción, para cogerle el sombrero, el manto y el bastón, aunque le deja el cigarrillo. A ella sí le pide disculpas. «Siento molestar, he traído unas cositas...» y saca de los bolsillos puñados de artículos y poemas, mecanografiados y manuscritos.

Protestando, se sienta en la silla del director, que yo le he dejado, mira meditabundo lo que queda de cigarrillo, lo apaga y saca otro de la cajetilla, lo enciende, le da unas chupadas furibundas y pensativas, dice: «Em... ¡sí!» y nos cuenta que había pensado hacer esto y lo otro, si no nos importa.

A veces se trata de asuntos editoriales, cosas que hay que escribir; o se pone a hablar, haciendo dibujos en un secante con un lápiz gastado. Y pueden estar seguros de que no es mi secante, roto y sucio, sino otro blanco, virgen, que ha traído Bunny a toda prisa para recoger el jeroglífico. Lo más probable es que tenga algún compromiso, pero habla como si tuviese todo el tiempo del mundo, toda la eternidad ante él. Hasta que de pronto parece inquieto, se revuelve, saca el reloj, dice: «Me parece que tengo que irme» y, recogida su impedimenta por Bunny a la velocidad del rayo, ya no está.

A veces, antes de llegar a ese punto, el señor Gander, secretario y gerente de la empresa, asoma la cabeza y dice, en voz queda: «Señor Chesterton. No quiero interrumpir». G.K.C. dice: «Nada de eso, señor Gander. Sólo estaba perdiendo el tiempo». Así que entra el señor Gander, a toda velocidad, y se zambulle en los números. Y ahora sí que está incómodo G.K.C., con pinta de querer escapar. Si las cifras son muy confidenciales, Gander lo lleva a su despacho. Con expresión apenada, del todo sincera, Chesterton se levanta como una torre y se marcha.

A veces dice al llegar: «Lo siento pero os vais a tener que marchar un rato. He

cometido la temeridad de prometerle una entrevista a un periodista americano». Y se ríe majestuosamente, pensando en lo que se va a divertir.

¿Por qué tiene que ser un periodista americano? Porque los periodistas ingleses se conforman con acorralar a G.K.C. en cualquier parte, o pedirle cita en Anderton's, en Fleet Street, o en su casa de Beaconsfield. Pero, como dice G.K.C.: «Ha insistido en verme aquí, donde dirijo mi periódico. Lo decente sería decirle que te entrevistaste a ti, Titterton».

Me río, un poco avergonzado pero halagado, y digo: «Me temo que no aceptaría ese cambio».

«No —dice Chesterton, partido de risa sólo de pensarlo—, supongo que no. Y sé lo que escribiré, o mejor dicho telegrafiaré, porque una noticia tan asombrosa desdeña la lentitud del trasatlántico. Telegrafiaré: “Acabo de ver al poeta Chesterton trabajando en su oficina destartalada de Fleet Street, rodeado del producto de su mente poderosa”. Pero no me parece del todo justo decir que la oficina sea destartalada, aunque tal vez después de que yo la visite estéis rodeados, no del producto de mi mente poderosa, sino de la evidencia de mi mala costumbre de fumar tabaco».

Y entonces seguro que yo repetiría ese chiste tan malo y tan antiguo: «Sir Walter Raleigh inventó eso de fumar, y su criado dijo, al encender la primera pipa: “Master Ridley, estamos encendiendo un fuego tal que en Inglaterra jamás se apagará”. G.K.C. siempre se reía de ese chiste, porque le gustaban los chistes antiguos, como a todo hombre decente. Al diablo con el cínico antipático que grita: «¡Qué antigualla!» al oír un chiste que ya contaba Noé en el arca.

Al apagarse las risas, en las que Bunny ha participado educadamente, G.K.C. se pone a hacer una estupenda defensa de la mala costumbre de fumar tabaco, o se pone a hablar de la vida de Sir Walter Raleigh, haciendo alguna referencia al infame Lord Cecil, o se pone a desarrollar la idea de que un buen mártir no justifica ninguna causa. Y entre las risas que siguen, oímos desde fuera una voz fuerte, agradable y americana que dice: «Tengo cita concertada con el señor Gilbert K. Chesterton». Entonces Bunny y yo salimos corriendo, mirando de soslayo a un caballero con un abrigo que le queda ancho de hombros, y que compone una expresión de atención muy seria.

CAPÍTULO 2

Al principio, G.K.C. no venía muy a menudo por la redacción. Acababa de morir Cecil, y ese fue para Gilbert un golpe casi letal. Claro que jamás mostró su dolor en público. Recordarán que dijo el padre Brown en cierta ocasión: «Tengo dolor de muelas, pero eso no me impide ver las cosas»; tampoco le impedía ser cortés y amable. Durante el tiempo tan duro que siguió a la muerte de Cecil, G.K.C. siempre fue cortés y amable; y era alegre, porque le gustaba la gente, y le gustaba estar con la gente, y porque, a pesar de la pena, daba gracias a Dios por estar vivo en este mundo tan maravilloso.

Pero dirigir el *New Witness* tuvo que ser un gran esfuerzo para él. Aparte de todo lo demás, nunca quiso ser director. Nada lo aburría, pero el negocio le molestaba. Y, aunque creo que llegó a gustarle el jaleo de sacar el periódico a toda prisa, al principio no le gustaba. Antiguamente, venía a veces a Odhams, donde se imprimía el periódico, para revisar las pruebas; pero eso era sobre todo porque estaban allí Cecil y Belloc, y luego se iban por ahí. Nunca vino a Polsue's, en Gough Square, donde Bunny y yo revisábamos el periódico página a página en un despacho minúsculo.

Recordarán también que escribía semanalmente un artículo extenso bajo un título general, como «Ante los signos del fin del mundo», y el editorial, y algunas notas, y en muchas ocasiones un poema y otro artículo más breve.

No le importaba lo de escribir, que ya habría sido bastante para cualquiera que no soportase la carga de un artículo extenso semanal para el *Illustrated London News*, y que no estuviese, además, escribiendo libros a tiempo completo. No sé cómo hacía tantas cosas. Ni mucho menos entiendo cómo conseguía resultar siempre tranquilo y feliz de charlar con cualquiera.

Imagino que el secreto de su producción prodigiosa era que tenía las ideas claras, y una mente clara como el cristal, y un poder de razonamiento tan potente y suave como un Rolls-Royce. Sabía lo que quería decir, fuese cual fuese el tema acometido.

No tenía costumbre de practicar la composición literaria. Conversaba. Su conversación era toda literatura, y su literatura era toda conversación. Sí, hasta su poesía. Porque la auténtica poesía es conversación, acelerada al ritmo y elevada a la melodía de la canción.

Por último, le gustaba dibujar tanto como le gustaba hablar. Y por eso, si no encontraba una mecanógrafa con quien hablar, dibujaba sus artículos y poemas, con esa caligrafía gótica tan preciosa que tenía.

Pero ¡ese periódico! Le impedía hacer las cosas que más le gustaban. Jamás habría aceptado la dirección del *New Witness*, de no haber creído que era una misión sagrada. Tenía que mantener vivo el periódico de su hermano muerto.

De todas formas, le encantaba venir a la ciudad. Era un día de fiesta para el pequeño Gilbert. Tenía la deliciosa sensación de que hacía novillos; podía haber despachado todos los asuntos de la redacción por teléfono y por correo. Seguro que se subía al tren en Beaconsfield sintiéndose muy travieso, un chico malo, aunque el jefe de estación le abriese la portezuela del vagón como si de un rey se tratase.

Éramos muy felices en la redacción. En la oficina de fuera había dos muchachas: Phyllis, discreta y callada, y Gertie, una *cockney* pelirroja y tempestuosa. Las dos eran devotas del periódico y, sobre todo, de G.K.C. Como su segundo, yo recibía inmerecidamente una gran cantidad de esa devoción. Trabajábamos en un ambiente Chesterton, que en parte se debía sin duda a la memoria de Cecil, que tanto se parecía a su hermano en su inocente humildad y su alegría sincera.

Gander tenía un despacho para él solo. Allí meditaba, y de vez en cuando salía a toda velocidad, un poco suspicaz de lo que se encontraría a la vuelta de la esquina. Me daba la impresión de ser, no impulsor, sino impulsado. Impulsado tan rápido que se había dejado el oído atrás.

Me gustaba Gander. Era un incomprendido, como les suele ocurrir a los sordos. La gente se impacienta y les grita. Gander hablaba en voz baja, pero articulando bien. Era muy fácil entenderlo. Estaba deseando entender a los demás, mirando los labios y el gesto, e interpretando inmediatamente el mensaje, no siempre atinadamente. Aunque tenía otro trabajo, vivía para el periódico; y me daba la impresión de que estaba decidido a no abandonar la esperanza por esa empresa tan desesperada.

El objetivo principal de Gander era conseguir anunciantes. Y todas las semanas publicábamos artículos que no tenían más remedio que molestar a los anunciantes. «De verdad, señor Titterton —me decía—, ¿de qué sirve que yo intente interesar a anunciantes nacionales, cuando el señor Chesterton no para de decirle al público que toda publicidad es inmoral?». Yo insinuaba que lo que había dicho G.K.C. no era eso exactamente. Y entonces Gander sacaba de una carpeta un ejemplar del último número del periódico, y lo abría por una página llena de subrayados azules. «¡Mírelo!» decía, mirándome con cara de pena. «A mí me parece que lo inmoral es pretender que las empresas se anuncien en un periódico que condena la publicidad».

Pero a base de tesón, conseguía bastantes anuncios. Se alegraba cuando sacábamos números especiales de interés para las editoriales, y con algunos —por ejemplo, el Especial de Poesía— no nos fue mal. Y Gander, casi llorando, decía: «Pero estoy convencido de que al señor Chesterton le disgustará ver tantas páginas desperdiciadas, como dice él, con anuncios». Yo lo consolaba, diciendo que teníamos un producto que vender (G.K.C.) que no se podría ocultar por muy modesto que fuese. «Ya lo sé —decía

con un suspiro—. Estoy seguro de que podríamos apurar las ventas. Pero cuanto más vendamos, si no podemos atraer anunciantes, más perdemos». Y mirando el periódico, con más pena que enfado, preguntaba: «Y ¿cómo?, ¿cómo voy a atraerlos con esto?».

Pasaba las páginas, sacudiendo la cabeza, hasta que llegaba a la página de la City, y entonces explotaba. Aquí no valía de nada el respeto que le inspiraba el Jefe. Golpeaba la página con el dorso de la mano y exclamaba: «Ese hombre nos traerá la ruina. ¿Ve usted lo que dice de tal empresa?». Como yo había corregido las cosas, tenía que reconocer que lo había visto. «¿En las pruebas?» me preguntaba, sabiendo perfectamente que sí. Y entonces hacía como que me iba a pegar, pero con un suspiro se daba por vencido.

«Ese hombre» era Raymond Radclyffe, el crítico mejor informado, más agudo, más honrado y más intrépido de todos los que escribían en la prensa. En vano le decía Gander, cuando Radclyffe hacía su entrada como un terrateniente del siglo pasado y empezaba a coquetear con Bunny, que Consolidated Capsules nos había resuelto las nóminas del siguiente número, y que por favor dijese algo bonito acerca de ellos. Radclyffe contestaba: «Si quiere usted que escriba sobre esos sinvergüenzas, de acuerdo; pero me parecería de muy mal gusto hacerlo en el mismo número». Gander le lanzaba una mirada asesina y se retiraba a su despacho. Y Radclyffe, sonriéndonos a Bunny y a mí, nos contaba cosas raras de la vida bohemia en Londres hacía veinte años. O si no, hablaba de poesía, de la que sabía algo, o de vino, del que sabía mucho, o de China, de la que por lo visto lo sabía todo.

Nos visitaban muchos poetas, naturalmente, porque el *New Witness* había publicado la mejor poesía de la época. En Belloc y G.K.C. teníamos dos de los mejores poetas del momento. Y publicamos poemas de Maurice Baring, y muchas baladas deliciosas de los autores de la casa, de E.C. Bentley, y de Tommy Pope. Además, habíamos descubierto una nidada de poetas. Creo que Jack Squire, John Drinkwater, Robert Nichols, Scott Moncrieffe, W. Kean Seymour y Theodore Maynard se dieron a conocer en el *New Witness*. Y otro que firmaba como Edward Melbourne, que murió en la guerra. Escribía buena poesía.

Scott Moncrieffe había resultado herido en la guerra, y creo que siempre tenía dolores, pero no hacía caso y trabajaba como un negro. Era buen crítico, especialmente de poesía. Muy justo, y completamente despiadado. Más adelante, yo le iba a pedir a la viuda de Cecil que le dejase reseñar un libro mío; luego lo lamenté. Mantuvo una pequeña controversia con los Sitwell, y creo que fue ahí donde terció Robert Nichols, que acabó enfadándose. En mi opinión, todas estas cosas constituían un ejercicio sano, pero afectaban al viejo. Le encantaban las listas del torneo, pero no soportaba las reyertas.

Se solía pasar por la redacción Scott Moncrieffe para charlar, sobre todo de temas internacionales, porque le gustaba que el periódico tuviera las cosas claras al respecto. Cuando surgió el fascismo en Italia, él apoyó a Mussolini. Destacaban de él sus ojos, y su rostro delgado y hermoso, fortalecido por el sufrimiento.

John Drinkwater venía poco. Era un joven alto y delgado (sí, ¡delgado!), y ya tenía

entonces toda la reserva puritana de su poesía. Billy Seymour solía entrar como una exhalación, blandiendo un poema y sin que se le notara para nada que venía de un banco, donde el tiempo es oro y no se respira el tomillo salvaje. Su gesto delataba el hecho de que había servido en la Armada. Solía quejarse de la corporación tan cerrada que había adquirido Olympus.

Theodore Maynard venía muchas veces, discretamente, para ver cómo iba la cosa. Le gustaba mi poesía menos que a mí la suya, lo cual no me extraña, aunque me dolía. Tenía ya —¿me atrevo a decirlo?— algo del profesor que iba a ser más adelante. Pero esta impresión mía puede deberse a la mala opinión que tenía él de mí como poeta. Porque, aparte de eso, era un hombre genial.

Nichols me caía bien, y sentía una cordial admiración por su trabajo. Entonces no era más que un muchacho, pero me parecía ver en él ese resplandor extraño, proveniente de una llama oculta, que esperamos ver en todo poeta, y rara vez vemos. Tenía entusiasmo; era confiado y displicente. Si se enfadaba, era en defensa de otro.

Otro visitante frecuente era Terrett, al que sólo había visto y oído anteriormente como orador del S.D.F. en Dock Gates, cuando era mártir del sindicalismo, recién salido de la cárcel, que ponía delante de sí en la tarima un mendrugo de pan carcelario pinchado en un palo. Terrett nos proporcionó información valiosa acerca de la cosa pública.

Sacerdotes y pastores teníamos muchos. Los primeros venían, tal vez, con la esperanza de saber algo de la conversión de G.K.C., y los últimos, temiéndolo. Pero había dos que venían resueltos a atrapar a Chesterton en la red de San Pedro, no sin antes pescar a su subdirector. Eran Hilary Pepler y Eric Gill. Me sacaban a comer y/o beber; tejían a mi alrededor una red de catolicismo; pero eran demasiado astutos para discutir; los muy diablillos (o ángeles) sabían que yo ya había pasado por ahí. Pero se preguntaban inocentemente por qué G.K.C. llevaba tanto tiempo sentado en la escalinata de la Iglesia.

Hablaban mucho del monasterio dominico de Hawksyard, en Rugeley, y lo bien que se estaba allí. Al final consiguieron que el prior, el padre Austin Barker, me invitase a pronunciar una conferencia sobre el periodismo.

Allá que fui. El prior me esperaba en la estación, me llevó al monasterio, cogió mis cosas y me enseñó mi habitación; me sirvió en la mesa. Entonces me dirigí a los frailes y a los novicios, y entre el público estaba el padre Vincent McNabb. La libertad del debate que siguió me dejó anonadado, pues no estaba acostumbrado aún a la dialéctica monástica. Pero la libertad del debate que hubo después, sólo con los sacerdotes, me abrió los ojos aún más. Se defendieron los puntos de vista más controvertidos, y luego hubo una conclusión lógica, para terminar con el resumen del prior. Bueno, todo eso ya lo sabrán ustedes. Y todos estaban alegres, más alegres de lo que yo jamás había visto un grupo de hombres adultos. Además, pude comprobar que todos eran felices, intensamente felices; aún no tenía la clave de esta extraña y sorprendente felicidad. Me dejó apabullado el padre Vincent, un niño descarado entre tantos niños descarados. Y a la mañana siguiente los vi en misa; los vi a todos transformados, elevados... y aunque

aún no me atrevía a usar esa clave, por lo menos ya conocía su forma y su nombre. Después de aquella experiencia, cada vez que recibía un artículo del padre McNabb, escrito en un sobre con su magnífica caligrafía, recordaba mi estancia en Hawksyard. Me dejó huella.

Muchos amigos venían al número 20 de Essex Street para charlar. Era más un club que una redacción, y sólo Dios sabe cómo conseguíamos hacer nuestro trabajo, sobre todo porque mis papeles estaban siempre desordenados, y Bunny siempre estaba ocupada buscando papeles perdidos. Louis McQuilland venía para llamarme Richard e intercambiar epigramas; y venía Conal O'Riordan con su humor suave, rutilante y sub-ácido, y Tommy Pope, sombriamente feliz, que traía bajo el brazo los libros que tenía que reseñar. Tommy era de todos ellos el que mejor hablaba, uno de los que mejor hablaban en aquel tiempo, y sólo recuerdo una cosa de las que dijo.

Fue en la sala de prensa de un teatro, una noche de estreno, y todos llevábamos una o dos copitas encima. Entró Lorrie Lye, conocido cotilla, estupendamente vestido, con sus mejores galas para la noche, guantes blancos en una mano, bastón con cabeza de cristal colgado de la muñeca contraria, sombrero bajo el brazo. Tommy lo miró y dijo solemnemente: «Laurie Lye, conocido popularmente como Laurie el ostentoso». A Laurie le dolió: «Oh, no, espero que no». Así que Tommy lo miró otra vez de arriba abajo: «No, tal vez no popularmente».

Les parecerá que lo del distributismo lo teníamos abandonado. Se equivocan. En sus editoriales, G.K.C. forjaba los principios semana tras semana. Y sus editoriales daban por hecho esos principios, en su ofensiva política. Además, Belloc nos ofrecía de vez en cuando un capítulo de su «Historia de Inglaterra», con la señora Markham, y ahí la ofensiva era afilada. Una gran parte de los artículos seguían la misma línea. Pero G.K.C. siempre supo que el distributismo no era nada si se quedaba en mera teoría: tenía que ser un estilo de vida. No quería que el *New Witness* fuese un periódico que, en el Estado distributista, nadie quisiera leer. La redacción era un lugar tan humano, y el *Witness* un periódico tan humano, gracias a él.

Hice una cosa en el periódico que irritó mucho a G.K.C. Edwin Pugh escribió una breve biografía de Wells. La tituló «El pequeño gran H.G. Wells», y yo sigo convencido de que estaba llena de cosas buenas. Como no trataba de política, G.K.C. no la leyó antes de publicarla. Sabía que Pugh era un tipo simpático, y que seguramente iba a ser menos hostil que nosotros hacia las opiniones de Wells. Así que publicamos la primera entrega, y Wells se puso furioso. Me escribió cosas acerca de Pugh, y creo que también a Chesterton, mucho más amargas que las que Pugh había dicho de él.

Al jefe no le gustó eso de irritar a Wells. Le había llevado la contraria muchas veces, en cosas opinables, y detestaba la posibilidad de la sospecha de que hubiéramos atacado a Wells utilizando su vida privada. No lo habíamos hecho, como verán si alguna vez se publica como libro lo que escribió Pugh. Pero se cortó en seco la publicación de la biografía, y estoy convencido de que Chesterton le escribió a Wells para disculparse por haberle ofendido.

Una de las mejores cosas que hizo el *Witness* durante mi año de interinidad fue sacar

a la luz el escándalo de Cellulose Dope. Recordarán que las acciones se dispararon espectacularmente. El periódico explicó cómo lo habían hecho. Hubo interpelaciones en el Parlamento; algún parlamentario amenazó con tirar de la manta; alguno se convirtió en Whip; y nada más. G.K.C. no tuvo que sentarse en el banquillo —puede que no se atrevieran con él; puede que no quisieran darle más publicidad al asunto—.

Me acostumbré de tal forma a la redacción que me olvidé de que era interino. La viuda de Cecil enviaba estupendas crónicas desde Polonia, mecanografiadas, y cartas largas y vívidamente interesantes, manuscritas, que tardábamos meses en leer. (Polsue solía exhibir uno de sus folios manuscritos, junto con la galerada, para mostrar de lo que era capaz un impresor.) Y yo había llegado a pensar que se iba a quedar allí para siempre. Pero volvió, y la alegría que me dio verla es prueba de la amistad que sentía por ella.

Me dio mucho preaviso para que me fuese, pero al fin llegó el día en que tuve que despedirme de Bunny y de Gander y de Gertie y de Phyllis, y de G.K.C. Más adelante volvería a aquel despacho, con vistas al barco a todo trapo, ese barco espléndido que para mí simbolizaba todo lo que representaba el periódico; y encontraría aún allí a Bunny y a Gander.

Ah, se me olvidaba. En cierta ocasión convencí a Gander para que echara un partido de cricket en la redacción, con una bola de papel. Tenía buen estilo, aunque poco suelto.

CAPÍTULO 3

Poco después de dejar el *New Witness*, fundé mi propio periódico semanal. Pero para entender por qué lo hice, tendremos que volver un poco atrás en el tiempo. Antes de irme con G.K.C. había dirigido *Everyman* para el doctor Sarloea, que era el director pero vivía en Edimburgo. La esposa de Cecil Chesterton colaboraba regularmente, y a veces conseguí que G.K.C. nos escribiera algo. Sarloea era belga, así que podíamos predicar un poco de distributismo.

Como era libre de hacer y deshacer, publicaba algún poema mío todas las semanas. Evans, que me relevó, y bajo el que seguí trabajando un tiempo como subdirector, se horrorizó al saber que yo era capaz de ponerme a escribir un poema de diecisiete líneas si el linotipista me decía que eran las que faltaban para completar la página. «Y yo —le dijo a un amigo común—, era incapaz de decidir en menos de dos semanas si era digno de publicarse o no».

Algunos de los poemas eran patrióticos, y eso trajo a J.O. Armstrong a mi despacho. Armstrong es inglés, pero tan del norte que algunos ingleses ignorantes lo toman por escocés. Eso le da mucha rabia, porque no puede ver a los escoceses.

Le urgía que, juntos, fundásemos un periódico dedicado a morir por el nacionalismo inglés. Para ser justos, nunca utilizó el término «nacionalismo». Amaba Inglaterra, y debíamos morir por ella. Creo que no fui nunca un devoto tan radical como Armstrong, pero sí que era nacionalista fanático. Así que me gustó mucho su propuesta. Pero en ese momento me llamaron del *New Witness*, así que la cosa quedó en suspense.

Pero cuando dejé paso en Essex Street a la auténtica subdirectora, nos pusimos a trabajar. En seguida, con un préstamo de trescientas libras, fundamos el *Englishman*. (No tenía nada que ver con el periódico que había en Calcuta con el mismo nombre.) La esposa de Cecil colaboraba con nosotros todas las semanas; Raymond Radcliff era nuestro director londinense, Joe Clayton hizo una serie de retratos de grandes ingleses (por ejemplo, Ricardo III), y conseguí que G.K.C. nos escribiera algún que otro artículo.

Verán que dependíamos mucho de la pandilla del *New Witness*. Pero, aunque predicábamos el distributismo de vez en cuando, la línea del periódico consistía en «sacar de contexto un trocito de verdad e inflarlo». Era una herejía. El nacionalismo es

una herejía «tan verdadera que es peligrosa», a menos que quede equilibrada por la idea católica. Idea que yo no tenía aún, y que Armstrong odiaba porque, siendo más mundano que yo, veía que significaba la muerte para su doctrina.

Nuestro trocito de verdad era que Inglaterra debía ser gobernada por ingleses, y toda influencia extranjera debía ser suprimida, empezando por la influencia de escoceses, judíos, galeses e irlandeses. Y sugeríamos la deportación de todos estos «extranjeros». Peor aún, intentamos demostrar que el inglés es más valiente, más listo, más fuerte e incluso mejor como hombre que ningún extranjero bestial. Esta es una idea bonita con la que puede jugar cualquier inglés decente. Pero es muy peligroso tomársela en serio, ni intentar demostrarla.

De todas maneras fue una aventura alegre, dando golpes a diestro y siniestro, y mi única esperanza era que los golpeados se dieran por aludidos. Conocimos a otros lunáticos, algunos agradables, otros no, y a un inglés admirable, el señor Ruff, secretario honorario de la Sociedad de San Jorge. Era un viejo hidalgo, alto y muy derecho, explosivo, cuyo patriotismo era una llama candente. La única angustia profunda de su vida era que un canalla infame le había llamado Duff. «¡Duff, señor!, ¿se lo puede creer?» y el fiero mostacho se le erizaba como un *cheveaux-de-frise*.

Después de tres meses le vendimos el periódico al señor Weld-Blundell, que lo compró porque había dirigido hacia unos años otro periódico llamado el *Englishman*. Weld-Blundell dirigió el periódico un tiempo, con Armstrong como gerente y yo como editor. Entonces un día quiso que yo difamase a alguien, en el periódico que yo consideraba mío y él consideraba suyo. Me negué. Así que telegrafió a los impresores: «Paren rotativa. Bolcheviques en posesión». Y se acabó el periódico.

Poco después fui director de publicidad de Basil Dean en el teatro de St. Martin, y allí utilizaba el escenario, cuando estaba libre, para publicitar las obras que poníamos y también el distributismo. Conseguí que G.K.C. hablase en casi todos los debates. El mejor fue sobre ese estupendo sermón, aunque mala obra de teatro, «R.U.R.», de la que dijo James Agate con su perversidad característica: «Es un melodrama fenomenal, pero no significa nada». Significaba distributismo.

E.A. Baughan escribió: «Salí del teatro y vi que las calles estaban llenas de robots».

Ese debate llenó el St. Martin. Vino Shaw, y habló desde el patio de butacas, no porque le gustase nuestra causa sino porque le gustaba G.K.C. «Sí, eran todos robots, y mejor así. El objetivo de la civilización es automatizar tantas de nuestras acciones como sea posible».

Belloc y Chesterton hablaron en el debate sobre *El bosque*, estupenda tragedia de Galsworthy. G.K.C. se metió con el financiero internacional, pero claro, el público se rió de sus bromas y no hicieron caso de la moraleja. Belloc dijo que la obra había llegado con veintitantos años de retraso; comparó a los «pobres constructores de imperios» con los internacionalistas de hoy, que salían perdiendo.

Entre las pequeñas alegrías de los debates estaba el duelo continuo entre Joe Clayton y Gilbert Frankau. Me gusta Frankau, aunque me parece que se divorcia con demasiada alegría. Puede que hayan olvidado su parte en el *Wypers Times*. Y siempre ha sido

generoso en su ayuda con voz o pluma. Es un estupendo polemista. Pero Joe es más que estupendo, es brillante, con la ventaja injusta de la filosofía católica como plataforma. Le encantaba lanzar pullas contra lo más vital para Frankau, lo cual enojaba muchísimo a este. Al final Frankau dijo: «No voy si está allí ese bolchevique». La mala suerte hizo que Joe se hubiese mudado por entonces al oeste, así que se me privó del placer de volver a reunirlos en el ring.

No voy a contar lo que pasaba en el *New Witness* durante este tiempo, porque yo no estaba, aunque colaboraba de vez en cuando. Pero unos años más tarde me contó la esposa de Cecil que iba a finalizar su magnífica trayectoria, y que G.K.C. fundaría pronto un nuevo semanario. Discutimos mucho cómo debía llamarse, y los dos estábamos convencidos de que debía llevar su nombre. *Chesterton's Weekly* era un buen reclamo.

Mucha gente debió de decirle lo mismo a Chesterton, para su incomodidad. Porque habría odiado ser un buen reclamo. Así que se pospuso la publicación mientras sus amigos, con toda la razón, seguían diciéndolo. Se negó en rotundo a que el nuevo semanario se llamase *Chesterton's Weekly*, que era el nombre adecuado, y le desagradaba enormemente la idea de que su efigie apareciese en la portada. «No me importaría si me hiciesen parecer una gárgola más grotesca de lo normal, pero dudo de que eso ayudase al periódico». A él le parecía que debía llamarse *Tuppenny Trash* (a la manera de Cobbett), o *Sixpenny Slush*. Pero eran petulancias joviales. Lo imagino sentado en un rincón, como un niño obstinado y enfadado, repitiendo una y otra vez ante sus amigos tan insistentes: «No quiero, no quiero, no quiero ser un buen reclamo».

Al final se rindió, aunque siguió convencido de que tenía que haberse mantenido o, según mi imagen, sentado firme. Y resultó que tenía razón. Porque de nada sirve ser un buen reclamo si no intentas vender.

Era un martirio para él ver sus iniciales —el nuevo periódico se llamaba *G.K.'s Weekly*— en la cabecera de cada página de cada número, y gritándole desde la portada. Para que el martirio mereciese la pena, hacía falta dinero en la empresa para imprimir 50.000 ejemplares del primer número e inundar de publicidad la prensa. Pero ni por asomo había suficiente dinero.

En la portada de los primeros números pusieron su efigie. Entonces dijo: «No es una cara bonita. Vamos a quitarla. No creo que quitarla le haga daño».

En aquel momento, y durante muchos años, me irritaba que no pudiéramos anunciar a G.K.C. Pero tenía razón. Hay cosas demasiado sagradas para ser expuestas así. Con todo, creo que tenía que haber hombres adinerados en Inglaterra que creyesen en Chesterton y que estuviesen dispuestos a financiar *G.K.'s Weekly*. Creo que algunos estaban dispuestos: dispuestos a que el gran hombre se lo pidiera. Pero no veo a G.K.C. en el papel de pedigüeño. Un hombre adinerado (el difunto Alderman Chivers) ayudó muy generosamente, sin que nadie se lo pidiera. Pero uno no bastaba. Y entonces se murió. Muchos lectores ayudaron todo lo que pudieron. Pero la mayor parte de la carga cayó sobre G.K.C.

Era una injusticia, porque nunca fue rico. Y dirigía el periódico, no como pasatiempo

—como suponían algunos ignorantes—, sino como un deber.

He puesto aquí estas quejas antes de relatar lo que le pasó al periódico, para desahogarme y no estropear la historia de lo que fue, con todas sus tribulaciones y luchas entre facciones, la época más feliz de mi vida profesional, y también, creo yo, la de la vida profesional de Gilbert Chesterton.

CAPÍTULO 4

Jamás ha habido nada como *G.K.'s Weekly*. No lo estoy adulando, sino exponiendo un hecho. Puede que a algunos no les guste cómo era. Era como G.K.C. Al principio lo escribía él en gran parte; su semblanza estaba en casi todo lo que salía en el periódico. La verdad es que él nos inspiraba.

La publicación llevaba varias semanas de vida cuando me llamó G.K.C. No me lo creía, dejémoslo ahí. No hay palabras para describir cómo me sentí; resultaría demasiado cómico.

Al abrir la puerta exterior del despacho, salió corriendo un joven que me cortó el paso. Dije mi nombre; consultó y me dejó pasar. Al pasar al despacho del director, vislumbré a Bunny que desaparecía tras la puerta de Gander.

Ahí estaba G.K.C., sentado en «mi» sillón. Era la primera vez que lo veía sentado en el despacho. Mi primera impresión fue que estaba preocupado. Pero al levantarse para salirme al encuentro, sonriente y feliz, parecía tan joven como siempre.

«Hola, Titterton —dijo, como si se sorprendiese gratamente de verme—. Pasa y siéntate. Lo siento pero no puedo ofrecerte una copa».

Entonces me dijo que ahí estaba, inmerso en la tarea fantástica de dirigir un periódico, que él y la señorita Dunham habían intentado dirigirlo entre los dos, pero que «faltaba un tornillo. Puede que el tornillo no se haya perdido —me dijo con alegría—, sino que esté un poco suelto, en mi cabeza con toda seguridad. Entonces creo que un subdirector podría apretarlo. Si resulta que falta el tornillo, tal vez lo encontremos pagando a un subdirector. Se me ocurrió que no te importaría venirte al periódico para averiguarlo».

Insinué que no me importaría, con el menor entusiasmo del que fui capaz, y entonces me dijo que yo sabía tanto del periódico como él, pero que aquí tenía el número actual, y que esta era la idea tras este artículo o el otro. En cuanto al contenido del próximo número, la señorita Dunham me ayudaría a encontrar cosas sueltas aquí y allá, y tal vez quisiera publicar alguna cosa mía. Por lo demás, él mismo traería o mandaría su «Globo sonda», sus dos breves, y su editorial. Podríamos decidir por teléfono de qué tratarían las notas de la semana, y quién de nosotros las escribiría.

Yo lo miraba anonadado, como miraría a un mito si me lo encontrase. Tenía razón. Había un tornillo suelto. Que le hubieran permitido escribir tantas cosas, todas las semanas, además del lastre de ocuparse del día a día de la publicación, era un crimen. Era romper en el tajo esta mariposa grande. Y recordemos que también escribía un artículo semanal en el *Illustrated London News*, y libros a espaldas.

«Bueno», dijo, incómodo. Le dio una calada al cigarro, perdió los quevedos, los recuperó, movió el tintero, gorjeó. «Es una lástima que hoy en día no se pueda poner fin a ninguna conversación sin hacer referencia al dinero. En cuanto al salario, ¿cuánto quieres ganar?».

Le dije que la situación me recordaba a la del escritor por entregas. Suspiró aliviado, sonrió ampliamente y me preguntó de qué se trataba. Así que le conté lo del hombre que voceó la primera entrega, y cuando llegó a ser conocido, fue por todas las editoriales, pero los directores siempre habían salido. Pero por fin uno lo recibió y le encargó una serie a 10 guineas por mil palabras, y le prometió 100 a cuenta para el día siguiente a las diez, y cuando el escritor acudió al día siguiente a las diez, al editor se lo acababan de llevar los loqueros.

G.K.C. se partía de risa, y entonces dijo: «Parece que tienes una percepción muy realista de la mente de un editor. Pero me temo —prosiguió con tristeza— que no podemos eludir la cuestión. Yo cobro diez libras a la semana. Imagino que no parecerá muy adecuado que el subdirector gane más que el director».

Sugerí cinco a la semana, resistiéndome al impulso casi imperativo de decir cinco guineas. A los periodistas y demás carteristas profesionales les gusta cobrar en guineas.

«Es un salario absurdamente inadecuado —dijo—. Pero si te las apañas con eso, de acuerdo. ¿Cuándo puedes empezar? No hay prisa, claro».

Le dije que sí podía empezar en seguida, y floreció en su cara una gran paz. Creo que estaba muy cansado. En ese momento apareció Bunny, radiante, que venía del despacho de Gander, y me acompañó a la puerta.

A la mañana siguiente empecé, como si no hubiera pasado ningún tiempo desde que trabajé con Bunny en el *New Witness*. A los cinco minutos ya tenía tan desordenados los papeles como de antiguo, y Bunny estaba buscando un artículo, y yo contemplaba el barco, mi barco, el barco de la vieja Inglaterra, delante de la ventana, a todo trapo.

Pero la primera vez que hablé por teléfono con G.K.C. me pareció cambiado. No quiero decir con esto que hubiera dejado de ser cierto todo lo que he afirmado antes. Seguía siendo un niño inocente. Pero ahora, no es que fuese más práctico —eso lo fue siempre—, sino que estaba más concentrado en tópicos. El vigilante había abandonado la atalaya, aunque sólo fuese mientras se ocupaba del periódico, y luchaba en la arena. Y me pareció una lástima.

Me equivocaba. Era cierto que, incluso mientras Bunny y yo hacíamos el trabajo rutinario de la redacción, él seguía teniendo la preocupación de dirigir un periódico que perdía dinero. Es cierto que podía haber escrito incluso más libros estupendos de los que escribió, si no hubiera existido el *G.K.'s Weekly*. Probablemente sea cierto que el *G.K.'s Weekly* fue lo que, al final, acabó con él. Pero nunca dudó de que mereciera la pena. Este

gran artista, cuya incesante producción merecía una serena reclusión lejos del jaleo de la política, deliberadamente renunció a esa tranquilidad por el bien de la causa.

Estoy seguro de que no era consciente de su sacrificio. Se sacrificó con la misma naturalidad con la que producía artículos políticos cuando podía haber estado escribiendo poemas inmortales, porque en ese momento lo que hacía falta era el artículo. No se daba ninguna importancia, aunque, por mi bien, confío en que tuviera un poco de vanidad. (Me temo que no mucha.) La fama le importaba un comino. Gilbert Chesterton y sus dones (es imposible que no fuese consciente de tener un poco de talento) eran un instrumento en las manos de Dios. De Dios dependía, y no de G.K.C., el que tallasen estatuas o pusieran ladrillos.

La oficina en que trabajábamos Bunny y yo no había cambiado, ni tampoco Gander había cambiado. ¡Siempre tan optimista! Pero en la oficina grande había habido una revolución. Mandaba la juventud abrumadora. Se llamaba Binney.

Binney, o Binnie (no recuerdo haber visto escrito el apellido) parecía una edición de G.K.C. en cuartilla, si Gilbert era tamaño folio. Se tomaba muy en serio el *Weekly*. Técnicamente, era «editor». Pero creo que de vez en cuando salía por ahí para animar las ventas. Tal vez me equivoque. Tendremos que dejarlo ahí, no vaya a ser que lo deje en mal lugar con el sindicato.

Al parecer, lo que querían era que el periódico fuese muy parecido al *New Witness*, pero con más énfasis en G.K.C. y en el distributismo. Belloc colaboraba. Houghton, Kenrick, Heseltine y otros por el estilo escribían artículos distributistas. La viuda de Cecil se ocupaba del teatro, y Louis McQuilland, de los libros. Y Bernard Gilbert escribía diálogos místicos. Pero G.K.C. escribía medio periódico.

Literariamente, su artículo principal, bajo el título general *Straws in the Wind*, no era tan bueno como lo que había escrito en el *New Witness*. Era consciente de que escribía como director de un periódico con causa, y en estas cosas no resultaba tan efervescente como antes. Pero en las otras cosas compensaba. Esos artículos cortos, que en seguida llegaron a conocerse en la redacción como *Tops and Tails*, y pronto a etiquetarse así por mí en el periódico, eran de la mejor cosecha. Sobre todo los *Tops*. Y sobre todo, sobre todo, entre los *Tops*, las fábulas. ¿A qué espera ese Watt —el agente diligente de G.K.C. — para recogerlas en un libro?

Los editoriales eran igual de buenos. En cierto sentido, fueron lo mejor que hizo para el periódico. Eran romanos en su fuerza y simplicidad, pero cada uno de ellos terminaba con ese martillazo sensacional y romántico, el uso del cual se justifica tan perfectamente en su monografía sobre Browning.

Los *Straws* y sus sucesores, recogidos y publicados bajo el título *Outline of Sanity*, componen uno de sus mejores libros. Era una tarea necesaria, una tarea que sólo G.K.C. podía realizar.

Pronto fui consciente de algo en él y en su público que me inquietó. Yo quería seguir dirigiendo una revista literaria, de interés literario. Tenía en la cabeza otro designio oscuro, el de convertir *G.K.'s Weekly* en un periódico humorístico de empaque distributista. Me vino en sueños dos veces la palabra *punch*. Como le expliqué a G.K.C.:

«Creo que deberíamos convertir el periódico en una mezcla de *Punch* y *John Bull*». La idea le dolió.

Pero lo que me inquietaba era la sensación de que mi director y su público se estaban preparando para algo. Lo que me enojaba aún más era la sensación de que yo también me estaba preparando. Con lo cómodos que estábamos en la redacción. Bueno, menos cuando había reunión del Consejo.

Pero voy a dejar esa inquietud y esas reuniones para otro capítulo. Déjenme recordar aquí lo alegres que estábamos en esos primeros tiempos del *G.K.'s Weekly*. Era como en el *New Witness*, pero disfrutábamos de G.K.C. mucho más. Venía a la redacción con más frecuencia y, lo mejor de todo, venía a la imprenta.

Es cierto que, la primera vez que vino a la redacción, vi el cambio que luego me inquietaría. Pero entonces no me inquietó. Siempre lo he imaginado con una espada al cinto, entrando alegremente a la batalla, y la alegría seguía ahí: la alegría de vernos a esas dos personas tan graciosas (¡perdóname, Bunny!) por primera vez. Pero había decisión en su porte y en su mirada.

Estaba claro que, para él, el número 20 de Essex Street era el cuartel general de un ejército. A mí me parecía una idea fantásticamente buena. Pronto me di cuenta de que era, en efecto, el cuartel general de un ejército. Un ejército muy pequeño que luchaba por una causa muy grande.

Cuando venía a la imprenta cada semana, era el de siempre, tal vez porque estábamos tan evidentemente inmersos en la batalla. Ahora nos imprimía el periódico la empresa de Clerkenwell Close que había recibido el magnífico ultimátum de Weld-Blundell.

Clerkenwell Close está muy cerca de la barbarie de tranvías y autobuses, pero se esconde de ellos. Ni siquiera los coches suelen encontrar el camino hasta allí, a menos que vayan disfrazados de camiones cargados de materia impresa. No sé cómo lo encontró G.K.C. Seguro que cada intento fue un inesperado viaje de descubrimiento. Creo que, después de seis meses, conocía todos los caminos para llegar a Clerkenwell Close, y todos los caminos para no llegar, porque los había probado todos.

Por eso parecía un niño extasiado al haber encontrado la guarida de los piratas. «¡Ahí estáis!» dijo, como a punto de agarrarnos, no fuésemos a desaparecer por una trampa. Entonces dio un gran suspiro de alivio de habernos encontrado, y se sentó despacio en una silla. La oficina se llenó de gente inmediatamente.

Bueno, era una oficina pequeña. Todo el mundo se tenía que mover de lado si quería circular. Y G.K.C. no tenía «lado».

Nos encontraba, seguramente, inmersos en las pruebas, y en mi caso, de tinta hasta las cejas; Bunny permanecía inmaculada hasta las uñas.

Naturalmente, nos habíamos puesto firmes al entrar él, y nos sentamos, también firmes, al sentarse él. Así que permanecíamos expectantes mientras se aclimataba. Antes de mirar las pruebas, lo más seguro es que le dijera a Bunny: «Oh, señorita Dunham, se me ha ocurrido un poema mientras venía para acá». O si no: «Se me ha ocurrido un ripio». Y entonces: «¿Le importaría que se lo dicte?».

Ella se sentaba ante la máquina de escribir y lo miraba, preparada, y Gilbert

empezaba a dictar, sentado tal vez al principio, pero pronto paseando por la cubierta, un paso adelante, otro hacia atrás, con las manos a la espalda. Y entonces se estrenaba un poema o una sátira inmortal. Yo hacía como el que leía pruebas, pero claro que escuchaba con todos mis poros. Bunny me confesó que siempre se emocionaba. Pues yo también.

Imaginen una oficina diminuta, oliendo a tinta, con papeles por todas partes, abarrotada de Chesterton; el martilleo de la máquina de escribir, y esa voz gutural, entrañable¹⁴:

*Y esa cabeza única que hace girar el mundo,
se mueve, sin embargo, luminosa e ingrávida
como cualquier paloma.*

...¡con un coro mixto, compuesto de una subordinada fiel y un hombre de alegre grito y risa cacofónica! O imaginen la risa de esa voz, ante lo divertido de¹⁵:

*Nuestras exportaciones, muy bien etiquetadas,
hasta la última esquina del mundo son llevadas.
El jabón o el salmón pueden viajar muy bien
de un polo a otro en latas, y en un santiamén.
Así, los comerciantes ingleses pueden ya
aguarle la cerveza a un hombre en Canadá
o envenenarle a otro su filete en Bombay.
El Día del Imperio es eso. ¡Es lo que hay!*

«Sí, me parece que ya está», decía por fin, con desgana, como si le diera pena que un poema tenga que tener un final. O si no, decía: «Lo dejo ahí, si no le importa, para salir a contemplar los encantos de Clerkenwell». Luego volvería con el resto del poema en los labios, y tal vez algún que otro libro bajo el brazo, comprado en el mercado de Farringdon.

Entonces se ponía a corregir pruebas, con ese lápiz gastado que siempre llevaba encima. De cuando en cuando, daba con algo gracioso y nos lo leía. Si cualquiera de nosotros encontraba algo, hacíamos lo mismo: nos honraba y nos complacía. Pero cuando encontrábamos un error de imprenta realmente bueno, nos parecía que el día había merecido la pena. Era un juego magnífico. Y un tiempo feliz. Ojalá hubiera durado siempre.

¹⁴ And that one head which turns the world in turning/moves yet as lightly as a random dove.

¹⁵ Our principal exports, all labelled and packed,/at the end of the earth are delivered intact:/our soap and our salmon can travel in tins/between the two poles and alike as two

pins;/so that Manchester merchants whenever they like/may water the beer of a man in Klondyke/or poison the meat of a man in Bombay;/and that is the meaning of Empire Day.

CAPÍTULO 5

Mientras trabajé en *G.K.'s Weekly* hubo algunos acontecimientos más espectaculares, pero no más emocionantes, que escuchar a G.K. dictarle versos a Bunny en el pequeño despacho del impresor en Clerkenwell Close.

En una ocasión, el impresor se negó a pasar una semblanza caricaturesca que había escrito yo del difunto Lord Melchett, entonces Sir Alfred Mond. G.K.C. estaba allí cuando llegó el pequeño Jackson diciendo que se jugaba el puesto si lo publicaba; y la cara de G.K.C. de repente se oscureció como barruntando tormenta. Me ofrecí a volver a escribir el artículo. Jackson desapareció, dejando en la mesa la prueba ofensiva, y Chesterton se quedó ahí mirándola. Entonces la cogió, se ajustó los quevedos en medio de un complicado fruncimiento de ceño, y la leyó entera.

«Que me cuelguen si veo ahí difamación alguna, Titterton», dijo al dejar el papel en medio de todos los demás.

«No la hay, pero puede que la haya cuando lo vuelva a escribir».

A Chesterton le pareció un chiste muy gracioso, pero Bunny estaba seria.

Volví a escribir el artículo, utilizando el estoque en lugar de la cachiporra. Y cuando se lo enseñé a Jackson, dijo: «Sí, está bien, ahí no hay nada peligroso». Y lo imprimió.

Así que ya saben, los que estén pensando en la loca aventura de dirigir un periódico independiente, cómo colársela al impresor.

En otra ocasión, conseguimos que el señor De Valera nos escribiera un artículo. Era un artículo muy bueno, que no ofendía ni a Dios ni al hombre ni a los ministros de Su Majestad. Pero los impresores no querían ni verlo. Y, como no era cuestión de pedirle al señor De Valera que volviera a escribir el artículo, y no estábamos dispuestos a aguantar tonterías de los impresores, nos encontramos en un impasse. Al final decidimos poner un rectángulo negro donde tenía que estar el artículo, y contarles a los lectores la triste historia. Estuvimos bastante orgullosos de esa página.

Creo que ya he mencionado el desenmascaramiento del escándalo de la droga. Fue muy divertido. Pero para mí la mejor aventura de todas fue el gran encierro del carbón.

G.K.C. estaba de viaje. Se fue varias veces mientras yo trabajé en el periódico. No voy a contar esos viajes porque yo no estaba, y él ya los ha contado. Sólo hay una cosa

divertida en cuanto a ellos, desde el punto de vista del *G.K.'s Weekly*. Cierta periódico americano tenía la costumbre de publicar nuestros editoriales (no firmados), sin citar al semanario, pero añadiendo «de G.K. Chesterton». Cuando G.K.C. estaba fuera los editoriales los escribía yo, y aún así el pirata americano los reproducía con el nombre de G.K. Chesterton. A mí me parecía muy divertido. Claro que, después de tantos años trabajando con el viejo, era posible escribir lo bastante parecido a él en un mal día como para engañar a un director de periódico.

Pero me alejo del tema. En esta ocasión, G.K.C. estaba tomándose unas vacaciones tranquilas en algún lugar del continente europeo; creo que en España. Así que yo dirigía el periódico con la ayuda de Bunny cuando sucedió el encierro del carbón.

El señor Gander estaba en contra de los trabajadores. Yo estaba a favor. Gander me arrinconó en mi despacho a cuenta del tema, diciendo que esperaba que nos pronunciásemos con firmeza. Le dije que sí: a favor de los hombres. Fue el colmo. Pero la cosa empeoró cuando llegaron los ejemplares del impresor y vio mi editorial.

Dijo que no se hacía responsable de la publicación. El número no debía salir. Podíamos explicarle al público que, debido a que el señor Chesterton estaba fuera de Inglaterra y era imposible contactar con él, no podíamos comprometer al periódico expresando una opinión sobre este tema tan difícil.

Discutimos el asunto un rato. O más bien repetimos dos o tres frases cada uno, cada vez un poco más fuerte. Me temo que nos acaloramos.

Por fin dije: «De acuerdo. Si le digo al señor Chesterton que tengo intención de apoyar a los mineros, y él da su permiso, ¿lo publicará?». Gander estuvo de acuerdo.

Así que telegrafí a Chesterton exponiéndole mis argumentos. En unas horas llegó la respuesta. «Totalmente de acuerdo. Dile a Gander que publique». Sabía cómo ansiaría G.K.C. estar allí conmigo. Es una pena que no estuviera. Habría escrito un editorial estupendo, y habría firmado un artículo extenso exigiendo justicia para los mineros.

Pero al cabo de un par de días comenzó la Huelga General, ampliamente secundada, y llegar a la oficina era casi tan difícil como sacar el periódico. Bueno, ya saben ustedes cómo fue. Yo vivía en Thundersley, en Essex, y venía a la ciudad en cualquier vehículo a motor que pudiese abordar mediante súplica, soborno o amenaza. Un día llegué en Rolls-Royce, otro día agarrado a una moto a ciento cincuenta kilómetros por hora, y otro día en el asiento del copiloto de una ambulancia que llevaba a un hombre herido en un piquete. Todo era muy emocionante. Pero el ambiente de la oficina era más emocionante aún, porque Gander sonreía feliz y yo estaba decidido a ganarle la partida.

Hubo dos pequeñas dificultades en el asunto de sacar el número de la semana siguiente. Una era que los impresores estaban en huelga. Otra era que Blinney estaba en huelga. He mencionado de pasada que era sindicalista, y yo lo respetaba por ello. Yo también lo era. Pero nunca se me había ocurrido la posibilidad de que lo reclamasen.

Cuando me dijo que se tenía que ir, le pregunté si su sindicato no haría una excepción en nuestro caso, ya que estábamos luchando por los trabajadores. Pero dijo que no, que lo sentía pero no hacían excepciones con nadie. Es verdad que lo sentía.

Binney era un apasionado del periódico, y pasaba las noches en vela pensando cómo hacer que funcionase. Pero se fue.

Entonces me acordé del pequeño problema de los impresores. Pero cuando hablé con Bunny vimos la solución. Bunny se comprometió heroicamente a mecanografiar el número entero. Entonces lo reproduciríamos a multicopista. Acudí a la esposa de Cecil Chesterton, y quedamos en escribir entre los dos el número entero, seis folios. Lo hicimos. Bunny lo mecanografió todo. Hicimos las multicopias. Y Gander seguía sonriendo.

Fue entonces cuando caí en la cuenta de que necesitaríamos permiso de los dirigentes sindicales para publicar.

Acudí al despacho de un dirigente, y me mandaron a otro dirigente en otro despacho en la otra punta de la ciudad. Ese me mandó a un tercero en un tercer despacho. Así estuve corriendo todo el día. En cada uno de los despachos había muchos hombres enérgicos que iban y venían, y otros muchos mano sobre mano. Supongo que siempre hay esa curiosa mezcla de actividad intensa y relajación completa en los cuarteles generales de una revolución. Por fin di con uno que reconoció a regañadientes que era el responsable de esas cosas. Y se negó en rotundo a consentir que se publicase el semanario.

Le hice ver que estábamos defendiendo a los trabajadores. Le enseñé el número actual. Le enseñé el número que pretendíamos publicar. Y sólo sabía decir: «No entiendo por qué queréis sacarlo». Para un hombre con mal genio como yo, resultó muy difícil seguir tranquilo y cortés, incluso afable. Puede que esa afabilidad girase las tornas. Al final dio permiso a regañadientes, y firmó los impresos necesarios para autorizar la publicación del periódico.

Debí de estar cordialmente de parte de los trabajadores, porque ni con toda esta estúpida burocracia me volví contra ellos. Salió el número multicopiado.

Como nota a pie de página, diré que acabo de buscar esa obra maestra de Bunny, y veo que mi último artículo comienza: «La huelga general ha terminado». Entonces, ¿por qué tuve que obtener permiso para publicar? Pero estoy bastante seguro de que fue este número el que me llevó por los vericuetos oscuros de los despachos sindicales. De todas maneras, si no fue ese, fue el anterior. Esos días son una vorágine de idas y venidas; no me extraña que se me confundan unos con otros.

Pero no tengo duda de la justicia de la causa que defendí. Los mineros no se pusieron en huelga: no los dejaron entrar. Los demás sindicatos se vieron obligados a ponerse en huelga, por la situación de los mineros, y por los preparativos tan elaborados — anteriores al cierre de las minas — que se estaban llevando a cabo para aplastar la revolución inminente y para aplastar, de paso, el sindicalismo. Recordarán ustedes el Sindicato de la seguridad pública de Jix, o como se llamase. Recordarán lo que prometían Jix y los demás que les harían a los trabajadores cuando comenzase la revolución. Eran tonterías, pero tuvieron su efecto. Los hombres se pusieron en huelga, y los rompe-revoluciones se prepararon con alegría para chapotear en sangre.

Pero no hubo sangre. Los observadores internacionales se maravillaron del

autocontrol de los trabajadores británicos, que recibían broncas y abucheos, y cargas por parte de policías, soldados y patriotas aficionados. El temple de la población era bueno; pero el temple de los trabajadores fue heroico. Por eso creo que nunca habrá una revolución sangrienta en Inglaterra. Los ingleses tienen demasiado buen humor. Claro que el buen humor también puede ser un defecto.

CAPÍTULO 6

A veces, cuando llegaba G.K.C. a la oficina, estaba desconocida de tan ordenada. Ni un papel por ahí. Me abatía ver tanto orden. Porque habría una confusión aún mayor en los montones que Bunny escondía por ahí. Sin embargo, como era Bunny la que tendría que poner orden en esos vertederos, tenía que haber sido ella la que se sintiese abatida. Pero nunca se quejaba, aunque a veces decía: «Oh», y ponía cara de pena si yo hacía un chiste malo.

En el hermoso rectángulo desnudo de piel rasgada, manchada de tinta, en su marco de caoba desportillada, no hay nada más que plumas, tinta y papel para emborronar, todo ello en formación militar, con un bloc de papel secante nuevo al otro lado de la mesa, mirando hacia la puerta. El papel secante es la pizarra de G.K.C.

El despacho espera la reunión formal de los directores de la empresa: *G.K.'s Weekly*, Sociedad Limitada. Pronto están sentados alrededor de la mesa. El presidente, que fuma pensativo, no sospecha el aspecto tan imponente que ofrece. La verdad es que le gustaría salir corriendo.

A su derecha, el honorable Cedric Chivers, alcalde de Bath: varonil, sencillo, amable y sordo. De vez en cuando mira sonriente a los demás, pero la mirada siempre vuelve al presidente con celosa reverencia y tierna solicitud. De vez en cuando se pone la mano en la oreja para oír mejor lo que dicen. A la izquierda de G.K.C., el abogado señor Thomson, muy discreto y profesional, representando a Lord Howard de Walden, decidido a no dejar traslucir lo que opina del asunto. Medio apartado, vemos a Maurice B. Reckitt, muy vital y ávido, pero con pose descuidada, como si la reunión le pareciese algo necesario pero desagradable. Llameará en seguida, con el calor seco e incandescente de la batalla, y puede resultar muy pero que muy mordiente.

Junto al señor Thomson está el señor Gander, tan ávido como Reckitt, más sordo que Chivers. Y a su lado Bunny, tomando nota. Yo, al igual que el montón de libros y papeles que tiene delante Gander, sólo sirvo para consulta, y tal vez para que Reckitt tenga algo que morder.

Siempre la misma escena: el presidente pensativo e incómodo, Chivers ardiente de cariño y celo, Reckitt despectivamente ausente pero listo para saltar, Thomson

absolutamente quieto, mirando la mesa.

En cada reunión, Reckitt dice: «Esto no puede seguir así». En cada reunión, Chivers dice: «Tenemos que quitarle carga de trabajo al señor Chesterton», dirigiéndome tal vez una mirada de reproche. Y en cada reunión el presidente, mientras termina de dibujar en el secante el retrato de un caballero o de un promotor, dice: «Sabe Dios que soy el peor director del mundo».

Lo extraño es que lo dice de veras. Jamás se habría hecho cargo del *New Witness* si no hubiera creído que se lo debía a su difunto hermano. Fundó *G.K.'s Weekly* sólo por seguir la tradición; y desde ese mismo instante siempre temió lo mal que lo iba a hacer. Es cierto que, casi tan pronto como comenzó el periódico, entendió la falta que hacía, y trabajó con ardor por él; pero siempre pensó que lo hacía fatal.

¿Sentía lo mismo en cuanto a su trabajo literario? ¿Es posible? Pues parece que no tenía en gran estima su talento como poeta, y eso que escribió poemas que durarán lo que dure la lengua inglesa.

Una vez que Gander ha leído su declaración, los que más hablan son Chivers y Reckitt. Reckitt le ha pedido a Gander que le pase la declaración, que hojea y luego devuelve con un gesto: «Es tan mala como me temía». Entonces Chivers se pone del lado de Gander, y repasa con él las cuentas buscando algo que no esté tan mal. Pero no lo encuentra.

Reckitt suele traer algo referido al *New Age* para compararlo con nosotros, y salimos mal parados. Si yo fuese director, respondería a esta provocación con un fuerte gruñido despectivo. Porque el *New Age* ya ha adoptado la teoría de Douglas, y en consecuencia es aburridísimo.

A veces soñaba, después de terminada la reunión, con preguntarle a Reckitt si creía en el crédito social, y cuando dijese que sí, responder: «Ah», y sonarme los mocos. Pero no pasó de ser un hermoso sueño.

Chivers dejaba bien claro que le parecía que yo debía colaborar más con el periódico. Él no sabía las ganas tan endiabladas que tenía yo de escribir. Pero incluso yo tenía miedo de la monstruosa idea de que el periódico pudiese mejorar si yo hacía cualquiera de las cosas que hacía ahora G.K.C. Y yo no creía que el viejo se cansase con lo que hacía. Lo que lo agotaba era la preocupación, y la única manera de eliminar esa preocupación era conseguir mucho más dinero para estabilizar el periódico y que lo pudiera olvidar.

Mientras se discutía, el presidente dibujaba. Obras exquisitas como las que ha hecho para muchos libros de Belloc y varios de Bentley (E. Clarihew). Me di cuenta de que muchas figuras eran recurrentes, reunión tras reunión.

Mientras tanto, el periódico seguía, aunque el Consejo le hizo funerales de Estado varias veces. Y en Navidad sacamos un número especial realmente delicioso. La portada era un dibujo de Albert Morrow (que en paz descanse), que representaba la cabeza de G.K.C. en una bandeja. Yo le había dicho que dibujase el pudding típico de las fiestas. Pero el padre Vincent McNabb ha encontrado un significado más profundo, y dice que el dibujo recuerda la cabeza del Bautista, traída a lomos de un caballo de batalla ante el

trono de Herodes.

En ese estupendo número de Navidad había muchos dibujos de artistas notables, pero los mejores son los de G.K.C. y David Low. Este último se ofreció a hacernos un dibujo semanal por lo que me pareció un módico precio, pero no podíamos permitirnoslo. A mí me parecía que no podíamos permitirnos no aceptarlo.

También estaba la primera entrega de una serie cuyo autor era G.K.C.: *El retorno de Don Quijote*. Lo convencí para que lo hiciera (¡más trabajo para el director, que estaba ya a tope!) y, para compensar, hice todas las notas. Una de las mejores cosas del número fue un relato escrito por Gregory MacDonald, al que aún no conocía, y que tanto iba a hacer por el periódico y por la Liga.

Llevábamos unos estupendos poemas navideños: uno, de Frances Chesterton, y otro de Walter de la Mare. Pero el número de Navidad tenía, sobre todo, un alegre tono humorístico. A G.K.C. le parecía que debía ser así por la época del año, y ya está. Pero yo le sugerí a él, e incluso al Consejo, que convirtiésemos el *Weekly* en un periódico humorístico. No como *Comic Cuts*, ni siquiera como *London Opinion*, sino como *Punch* cuando *Punch* tenía una política combativa. O, más bien, le dije una vez más a G.K.C. que debíamos convertir el periódico en un cruce entre *Punch* y *John Bull*. Y una vez más, la sugerencia le pareció una broma de mal gusto.

Pero sí conservamos una de las secciones humorísticas: *El torbellino social*, que era el diario de «Una dama del mundo de la moda». Superficialmente, no era más que una sátira sobre la porquería normal de los cotilleos de cualquier periódico de tirada nacional, pero conseguí meter muchos golpes contra personajes políticos. También Archie Currie aportaba cosas muy graciosas: biografías breves, fábulas, «Nos divertimos con la ternera». No era malo el periódico.

Pero las ventas no subían, y seguíamos perdiendo dinero semana tras semana. El Consejo estaba más desesperado en cada reunión. El periódico tenía que cerrar. Por fin el presidente estuvo de acuerdo en que había que cerrarlo. Si hubiera terminado entonces, le habría roto el corazón. Pero, aunque él pronunció el réquiem en un editorial, yo seguía buscando maneras de posponer el entierro. Se recortaron los salarios, y los colaboradores no cobraban; entonces el director renunció por completo a su salario.

No bastaba. Así que se me ocurrió que pidiésemos a los lectores que contribuyesen a un fondo que sirviese para luchar y que, como último recurso para salvar el periódico, fundásemos una Liga. Esto ya lo habían pedido varios lectores, y presenté al Consejo el mejor borrador de estatutos de entre los que me enviaron. Era el del capitán Went.

CAPÍTULO 7

Los de la Liga se enfadan conmigo cuando digo que se fundó para salvar el periódico, aunque algunos están de acuerdo en que el periódico era más importante que la Liga. El capitán Went repite obstinadamente, al entregarme mi vaso de sidra: «Yo quería que hubiese una liga por el hecho de que existiese la Liga, pero quería que se llamase club Cobbett». Seguro que él sabe mejor que nadie lo que quería; yo sé mejor que nadie lo que quería yo. Ahí estaba el periódico, y la Liga no existía aún. Yo sabía lo que hacía el periódico: convencer a los ingleses de que había una alternativa al capitalismo de Combine y a su vástago, el comunismo. No tenía la influencia política del *Witness*, pero en el ámbito de la filosofía económica su influencia era mucho mayor. No podíamos dejarlo morir de ninguna manera; además, eso le hubiera roto el corazón a G.K.C. Creí que una liga que predicase el distributismo ayudaría al periódico. Así que le pedí a G.K.C. que fundase una liga.

Más adelante iba a hacer cosas por rencor que podían haber perjudicado al periódico. (¡Gracias a Dios no fue así!) Espero que me perdonen. Pero para compensar ese pecado, quiero que conste que el periódico habría muerto antes de cumplir el año si yo, con razón o sin ella, no hubiese intercedido por su vida.

Incluso cuando los lectores nos subvencionaban, y una vez fundada la Liga, seguíamos perdiendo dinero. Entonces, a la desesperada, propuse que redujésemos el periódico al mínimo y lo rebajásemos a dos peniques. Eso se hizo, y mientras yo seguí en el periódico nadie propuso que dejase de ser así.

La primera asamblea de la Liga, el 17 de septiembre de 1926, no marca su comienzo. Había comenzado unas semanas antes, cuando se supo que el capitán Went estaba atareado en Haywards Heath, el señor Stormont Murray en Croydon, el señor J. Cullen en Manchester, y el señor William Blackie en Glasgow. Como todo se basaba en el esquema de Went, aunque sin ceñirnos estrictamente a él, les detallo aquí su plan. Pero la historia se verá puntualizada por mis observaciones. El modesto título era: «Sugerencias para una *Liga New Witness* rediviva».

«Nombre: El nombre de la *Liga New Witness* no era bueno. No daba ninguna pista en cuanto a nuestros objetivos, e incluso era engañoso. (*El periódico era decididamente*

distributista, y la Liga no lo era.) Además, tenía la gran desventaja de unir el destino de la Liga al del periódico, de manera que al morir éste la Liga murió con él. [...] Aparte de este motivo, La Liga semanal de G.K. resulta un nombre demasiado antipático. Yo sugeriría, pues, Liga Cobbett, o Club Cobbett, nombres que al menos insinuarían nuestros objetivos».

(Resultó difícil elegir un nombre. G.K.C. decía que, aunque el nombre de Club Cobbett era bueno, temía que el público confundiese a Cobbett con Cobden, un caballero cuyas opiniones no eran especialmente distributistas; además, podrían imaginar que nuestro club se parecía más al Club Carlton que al Club Jacobino. Entonces yo sugerí «Liga de personas pequeñas». G.K.C. se rió, y comentó con voz lenta y judicial: «Como descripción de nuestros miembros en general y como insinuación en cuanto a nuestros propósitos me parece un nombre admirable, pero —y aquí empezó a explotar— no me veo como presidente de la Liga de personas pequeñas». No recuerdo bien si el nombre de Liga distributista fue elegido en nuestra primera asamblea; sí estoy seguro de que nunca nos pareció un nombre muy bueno. Pero se convirtió en histórico.)

«Objetivos: »(1) Reformar el presente estado de corrupción política». *(Este objetivo era muy ambicioso. Fue el objetivo único de la Liga del gobierno limpio y el objetivo principal de su sucesora, la Liga New Witness.)*

«(2) Restaurar las libertades de los súbditos, abrogadas durante y desde la Guerra...». *(Nuestra Liga ha hecho un buen trabajo en este objetivo, y si esas libertades no se han restaurado, al menos hemos influido en la opinión pública, y tal vez hayamos impedido, o al menos retardado, el recorte de otras libertades.)*

«(3) Impedir el establecimiento del Estado servil en Gran Bretaña.

»(4) Trabajar por el establecimiento del estado distributista en Gran Bretaña.

»(5) Organizar la búsqueda y distribución de información sobre estos puntos».

(Bajo estos tres encabezamientos había tarea suficiente para cualquier liga, y ya verán que se ha emprendido mucho y se ha conseguido algo.)

A continuación se sugiere que haya miembros, que paguen una cuota anual de dos chelines y medio, y socios, que paguen algo menos. Unos y otros deben ser súbditos británicos natos.

Ante esto hubo un jaleo tremendo. No dispongo de un ejemplar de los estatutos, así que no sé si se prohíbe la admisión de ciudadanos naturalizados. Pero fue lo de las cuotas lo que provocó las protestas. El señor William Blackie, de Glasgow, decía que estábamos locos si pensábamos pedir, y mucho menos conseguir, dos chelines y medio por miembro y año. Incluso un chelín era muchísimo dinero. El tema animó extraordinariamente la asamblea; aunque es proverbial la prudencia del escocés, no creíamos que funcionase tan perfectamente en la vida real. Creo que le dimos la razón porque nos hizo mucha gracia. La cuota tenía que haber sido de una guinea.

Went concluía con un buen programa práctico de trabajo, diseñado principalmente para hacer realidad los objetivos (1) y (2), que la asamblea no consideraba los objetivos primordiales de la Liga.

Cuando por fin acordamos los estatutos, así se expresaban nuestros objetivos

primordiales: asegurar la restauración de la libertad mediante la distribución de la propiedad. Y en eso consiste el distributismo; lo demás son fruslerías. He aquí un recorte de prensa que relata esa gran asamblea primera:

«La asamblea se convocó en la sala menor de Essex Hall, pero al llenarse esta y antes de comenzar, tuvo que trasladarse a la mayor, donde fue elegido para presidir el concejal Cedric Chivers.

»El señor G.K. Chesterton dijo que distributismo y distributista son términos que no describen una nueva política ni un nuevo partido. Que el rumor de que él y el señor Hilaire Belloc han conspirado ocultamente para fundar un tercer, cuarto o quinto partido —no sabe bien cuántos existen ahora— es completamente falso. Y que en cuanto a la política, es más antigua que el hilo negro.

»El señor Chesterton desmintió cualquier intención de hacer una defensa de su “periódico tan gracioso”. (El subdirector emite un gruñido, secundado por Bunny.) Las personas que lo dirigen creen en la idea social, muy sencilla, de que el hombre se siente más feliz, más digno, y más semejante a Dios, cuando el sombrero que lleva puesto es de su propiedad; y no sólo su sombrero, sino su casa, el suelo que pisa, y algunas cosas más. Puede que algunos prefieran alquilar su sombrero semanalmente, o llevar los sombreros de sus vecinos de manera rotatoria para expresar su idea de camaradería, o incluso meterse todos bajo un sombrero muy grande para expresar un concepto cósmico aún mayor; pero casi todos sienten que se suma algo a la dignidad personal cuando lleva cada uno su propio sombrero (Risas)».

N.B. Hubo muchas más risas que la prensa no oyó. Pusieron dos veces «Risas» porque era lo esperado cuando hablaba Chesterton.

«La idea era muy sencilla, según el señor Chesterton: Restaurar la propiedad. Habían experimentado con esta idea en su propio periódico, intentando atraer hacia sí el tono del debate público. Parecía que la idea era tan sencilla que era difícil entenderla. El resultado final era que no tenían anunciantes. Curiosamente, al vaticinar la próxima desaparición del periódico empezaron a conseguir publicidad. Una voz: “¿Anuncios de funerarias?”. “No, al contrario —dijo el señor Chesterton—, anuncios corrientes, de los que se ven en los periódicos más corruptos del mundo moderno” (Risas.).

»Volviendo a la Liga, el señor Chesterton dijo que el siguiente paso debía ser establecer en todas partes una organización dedicada al debate; y, aunque no tenían intención de presentar candidatos a las elecciones al Parlamento, podían apoyar a los candidatos que favoreciesen sus ideas: en todos los partidos existentes hay personas afines, incluso entusiastas.

»El periódico puede continuar un poco más gracias a ayudas generosas; pero el señor Chesterton no va a seguir con él si significa injusticia económica para alguien.

»El capitán Went opinaba que “distributista” es una palabra feísima, y “liga”, débil. (Tal vez dijese incluso “rastrera”.) Prefería “club”, y proponía que la sociedad fuese el Club Cobbett.

»El señor Hilaire Belloc dijo que deseaban crear una Inglaterra donde, dentro de cincuenta años, el número de personas propietarias de acciones fuese proporcionalmente

mayor que ahora. En Dinamarca funciona el distributismo al máximo; en Irlanda avanza rápidamente. Estaba de acuerdo en que “distributismo” no evoca claramente la idea. No creía haber inventado la palabra “distributismo”, pero si lo había hecho pedía perdón a Dios y al prójimo. En realidad, esto que llamaban “distributismo” era una cosa necesaria; no hacían más que dar de beber al sediento. La dificultad estaba en que pocos sabían de la existencia del agua. Pensaban: “Todo el mundo tiene amo”. Pero se regocijan al decir: “Ahora soy mi propio amo”».

Ya está resumido lo que dijeron G.K.C. y Belloc. Pero el capitán Went, William Blackie y Maurice Reckitt hablaron de manera significativa. Went recapituló su declaración de principios y objetivos con sus característicos adornos rurales. En cuanto al señor Blackie, aparte de su mortífera insistencia en el tema del chelín, hacía que nos subiéramos por las paredes con los siguientes comentarios: dijo que la primera necesidad del movimiento era la literatura propagandística: folletos, panfletos y, sobre todo, un manual. Este último, decía el recio escocés, debía ser escrito no por el señor Chesterton, cuyo estilo era demasiado informal y fluido para expresar hechos económicos, sino por alguien que expresase esos hechos de manera clara y concisa, como el señor Belloc. Para G.K.C. esto fue lo más divertido de toda la tarde, pero yo di gracias de que Blackie estuviese muy lejos de mi asiento en aquella sala, y viviese en Glasgow. Concluyó muy sensatamente, insistiendo en el valor de las asambleas al aire libre y en la necesidad de enseñar oratoria a los jóvenes de la Liga.

El señor Reckitt definió el distributismo como la expresión económica del libre albedrío. Afirmaba que no lograríamos nada si perdíamos de vista el poder de las finanzas para manipular los valores. ¿De qué servía que un hombre tuviese propiedades por un valor actual de quinientas libras al año, si mañana las finanzas podían hacer que valiesen la mitad? Entonces había que asegurar que la distribución de la propiedad diese a cada hombre, no un salario mínimo —eso es esclavitud—, sino unas rentas que le permitiesen vivir.

Antes de que replicase el presidente, recogiendo todos estos ovillos desmadejados, le pidieron al señor A.J. Penty que hablase, y explicó que no podía ser parte de la Liga en este momento porque entendía que defendía la libertad absoluta. Pero la observaría con interés. En realidad, Penty llevaba tiempo escribiendo para el periódico. Y en las asambleas de la Liga iba a hacer mucho más que observar.

Se nombró una comisión, formada por los señores Chesterton, Belloc, Reckitt, Blackie, Titterton, el concejal Chivers, el capitán Went, y la señora de Cecil Chesterton. Ah, sí, ahora recuerdo que el asunto de elegir un nombre para la Liga se lo encargaron a una comisión, para no empañar la armonía de las asambleas. Creo recordar que en ese mismo instante el capitán Went fue nombrado el primer secretario de la Liga.

Fue una asamblea genial, y el artículo no da idea de su calor. Todos estaban ardiendo de esperanza y celo.

La tarea de los socialistas fue mucho más sencilla. Como todos los demás en su mundo, creían en el progreso; como todos los demás en su mundo, creían en la cosa grande, sólo que la cosa grande sería el Estado; como el resto del mundo, aceptaban la

esclavitud asalariada, sólo que el salario lo debía pagar el Estado. Aceptaban el sistema capitalista, y simplemente querían que lo asumiese el Estado. Pero nosotros creíamos en algo muy distinto, proponíamos algo muy distinto. Creíamos que lo que ellos llamaban progreso era en realidad el pecado original, al que había que resistirse continuamente; que toda sociedad humana tendía naturalmente hacia la disolución; que la nuestra se estaba disolviendo y la disolución ya no se podía parar. No creíamos en el capitalismo; veíamos que equivalía a esclavitud; y veíamos que el socialismo simplemente completaría la esclavización del hombre. Proponíamos que Gran Bretaña, viéndose al borde del abismo, se alejase de él y buscase otro camino. En lugar de las cosas grandes, queríamos la cosa pequeña. Queríamos propiedad en millones de manos: en un millón de familias. Porque insistíamos en la verdad fundamental de que la familia es la unidad básica del Estado, y en que es la familia la que debe poseer. ¿Por qué? Porque si la propiedad no estaba ampliamente distribuida en el Estado, los ciudadanos no podían ser libres. La libertad: sí, eso era lo peor del caso. Enfatizábamos esa idea anticuada de la libertad que en todas partes, excepto en la Iglesia católica, había sido descartada como poco importante.

Así que lo teníamos todo en contra. Y al principio se reían de nosotros, porque incluso sus supuestos enemigos consideraban inevitable el socialismo. Ahora no se ríen. Como dijo G.K.C. hace un par de años: Ahora todos somos distributistas, igual que todos eran socialistas en la época de Sir William Harcourt. Los enemigos del socialismo decían entonces: «Es un sueño hermoso, pero imposible». Y se cumplió precisamente porque decían que era imposible. Ahora dicen lo mismo del distributismo. Han oído hablar del distributismo. Se ha metido en los libros de texto. Lo ven como alternativa, donde antes no lo veían, o lo veían como algo risible. Los fieros fascistas británicos y los mansos reformistas del crédito social vivían de la economía y la ética distributistas (son inseparables). Y los jóvenes liberales, al día siguiente de la muerte de G.K.C., propusieron un plan que era distributista.

Mis hermanos católicos protestarán si digo que esta fue la mayor lucha de Chesterton. ¿No luchó por la Iglesia? Sí, así es. Pero comprendió que todas esas decencias y libertades primarias que puede defender cualquier pagano, pero que en el mundo moderno defiende la Iglesia casi en solitario, estaban amenazadas de destrucción desde todos los frentes. Creía que la justificación final de todas esas decencias y libertades se encontraba sólo en la fe católica, y que la Iglesia era su único baluarte seguro. Pero sabía que, si desaparecían, desaparecería todo. Sabía que había hombres sinceros y valientes, no católicos, tal vez no cristianos, que creían en esas cosas fundamentales tan firmemente como él. Así que luchó codo con codo con ellos para defender la ciudad de los poderes del infierno. Sí, fue su lucha última y más grande. Durante años siguió luchando; seguía luchando enfermo y ya moribundo; y murió con nuestra bandera en la mano, hecha jirones: la bandera de San Miguel Arcángel.

CAPÍTULO 8

Qué vida tenía la Liga al nacer, y sobre todo qué contento estaba G.K.C. con su hijo espiritual puede apreciarse en el siguiente extracto del editorial que publicó en el número del 20 de noviembre de 1926:

«Algunos pensarán que estamos locos porque sabemos perfectamente lo que queremos, pero sólo tenemos una idea muy vaga de cómo conseguirlo. Se equivocan. Hay que averiguar a dónde se quiere ir —a Putney, a Panamá, al Paraíso o a la perdición — antes de decidir cómo vamos a llegar. Tampoco deseamos que haya una conformidad demasiado rígida en cuanto a los medios para alcanzar nuestro ideal, tan simple. Es probable que no exista un solo plan que sea válido para todo el reino: las condiciones locales dictarán modificaciones locales sobre el ataque general contra los monopolios y la esclavitud asalariada. Pero ya se ha hecho algo para despejar el terreno antes del asalto general.

»Estas reflexiones son fruto de la visita, como miembro particular, a una asamblea del capítulo central. Pero es difícil expresar el efecto que causó en nosotros la asamblea. Estábamos atónitos, sobrecogidos. ¿Teníamos algo que ver con la creación de esta criatura ardiente, ávida, infatigable? La respuesta, claro está, es que aunque tuvimos algo que ver con la formación del cuerpo, no tuvimos nada que ver con el nacimiento del alma. Eso fue un milagro, un milagro que esperábamos, pero que, al ocurrir, nos anonadó. Tenemos la feliz sensación de haber ayudado a formar algo que acabará sobrepasándonos.

»Aquel que se burla del entusiasmo habrá aprendido aquí lo que este es en realidad; tan incandescente que parece frío, tan razonable que el poco observador habrá dudado, al encontrarse ante un entusiasmo tan seguro de sí mismo que resulta despiadadamente crítico. Pero crítico de una manera constructiva. Las sugerencias que se oyeron fueron admirables.

»El señor Coldberg, por ejemplo, nos instó a trabajar a favor de una legislación que haga obligatoria la venta de la propiedad al arrendatario si este desea comprarla. Además, sugirió que los dueños de la propiedad sean los que la tasen, con vista a los impuestos y a esta venta obligatoria. Nuestra pregunta número 2 para los candidatos al

parlamento rezará, pues: “¿El candidato promocionará o apoyará la legislación que ayude al incremento de la pequeña propiedad: (a) obligando a la venta de la tierra al arrendatario que desee comprarla, asegurando un precio justo mediante la tasación, con vista a los impuestos, por parte del terrateniente; (b) bajando los gastos legales accesorios a su adquisición y traspaso?”.

»Es sólo un ejemplo de las muchas sugerencias sensatas que se escucharon. Había presentes más de cien miembros, muchos de los cuales hablaron, y casi todos los demás habrían hablado si hubiese habido tiempo. Fue una velada magnífica».

Lo fue. Tuvimos muchas veladas magníficas, y a muchas asistió G.K.C. Las asambleas del capítulo central solían estar abarrotadas, y todos los meses celebrábamos un debate público en Essex Hall. La primera de estas asambleas propagandísticas, el 15 de octubre de 1926, fue sobre el tema: «¿Hemos perdido la libertad?». Los oradores principales fueron Chesterton, la viuda de Cecil, Sir Henry Slesser y el capitán Went. Yo presidía. El 6 de noviembre, el capítulo de Chatham celebró una gran asamblea en el ayuntamiento, con G.K.C. como orador. El 17 de diciembre tuvo lugar un debate sobre los sindicatos, presidido por Cecil Palmer. G.K.C. era el orador principal, por supuesto, pero también contamos con el señor Hoffman —representante del Sindicato de los empleados comerciales—, el señor Hall —representante del Sindicato de empleados postales—, y el señor Jackson —del Partido Comunista—. No recuerdo si hubo debate en enero de 1927, pero el 14 de febrero hubo un debate estupendo en Essex Hall sobre «La amenaza de los monopolios». Presidía Richard O’Sullivan, y los oradores principales fueron G.K.C., Hilaire Belloc, A.T. Bennet (del transporte gratuito), Arnold Dawson (del *Daily Herald*), Leo M. Lion, actor y director, y el señor Gordon Selfridge, conocido comerciante.

Me pareció muy cortés que participase Selfridge, y G.K.C. estuvo muy suave con él.

Pues así seguíamos. G.K.C. hablaba en todos los grandes debates públicos, la sala se atiborraba y ganábamos dinero. Más adelante, cuando G.K.C. no podía hablar en todas las asambleas por cuestión de salud, teníamos menos éxito. Pero sí que es verdad que esas primeras asambleas, de las que yo era responsable (casi siempre organizaba la lista de oradores), tenían cierto tirón periodístico.

Las provincias estaban igual de animadas que Londres. En seguida se fundó el gran capítulo de Birmingham, gracias a Kendrick y Robbins, y comenzó el trabajo que siempre rivalizó con el de la capital, y a veces lo sobrepasó. Para exponer su mayor logro, prepararon un plan de poblamiento, conocido en la Liga como el Plan Birmingham, que ha sido enviado —inútilmente, por supuesto— a los dirigentes de todos los partidos políticos. Es un plan estupendo. Y, ¿de veras ha sido estéril? Todo ese aire de estar a punto de volver al terruño, tan patente últimamente en los conservadores, en los liberales e incluso en los laboristas, llegó después de que los dirigentes recibieran el Plan Birmingham. Pero no voy a reinar en eso. No voy a atribuir a este fruto en particular del nacimiento de la Liga el cambio de talante y de dirección en el discurso político, conseguido por la Liga en su conjunto. Hasta ahora, ¡sólo discurso! Pero en mi juventud el único discurso era el socialista.

CAPÍTULO 9

La Liga nació cantando. Empezamos a cantar nada más fundarla, en el Deveraux, que era el lugar de reunión del capítulo del centro de Londres; lo elegimos porque durante años fue el lugar preferido de Cecil Chesterton. Cualquiera podía haber empezado a cantar, pero da la casualidad de que fui yo el fundador de la tradición. Estábamos charlando, tomando cerveza en el salón principal, cuando espeté la primera estrofa y el estribillo de *King Solomon's Wives*. Soy muy egocéntrico; siempre he preferido cantar mis propias canciones. Los de la Liga me obligaron a cantarla entera, y me acompañaban en el estribillo. Desde ese momento, creo que la voz de la melodía nunca ha callado.

No era la primera vez que cantaba en una taberna. *King Solomon's Wives* era conocida desde antiguo en todo Fleet Street. También la habían escuchado en el transcurso de una reunión del King Solomon Club que tuvo lugar mi casa, del que eran miembros Edwin Pugh, Desmond Gleeson, Godfrey Hayes, Cecil Melville, J.O. Armstrong, Donald Campbell, y mi esposa. Así que tímido no era. El casero, Salmon, intentó callarnos, pero pronto se rindió. Cantábamos antes de subir para los debates, cantábamos cuando bajábamos en el descanso, cantábamos al terminar. Y teníamos veladas especialmente dedicadas a cantar.

Esta costumbre de cantar siempre me ha parecido una parte esencial del distributismo. Porque el distributismo es mucho más que una teoría económica. Es un estilo de vida. Estas alegres reuniones y el cantar desafinado de los amigos eran parte de la vida distributista. Los primeros socialistas también cantaban. Pero cometieron el error de cantar canciones socialistas. Nosotros estábamos demasiado ocupados siendo felices para malgastar el tiempo haciendo propaganda.

Pronto adquirimos la costumbre de recalar en mi piso en Essex Street después de los debates. Y allí se oía en toda su gloria a los trovadores distributistas. Cuando algún miembro nuevo preguntaba por mi casa, el risueño policía le indicaba: «De donde viene el ruido». Es que éramos casi los únicos inquilinos nocturnos de Essex Street, quitando a los porteros, que vivían en los sótanos; nuestro piso estaba arriba del todo. Así que sólo nos oían la calle, los gatos y los ángeles.

Casi todos cantaban. Desmond Gleeson empezó con *The Man at the Hore* y *All Over*

Me, que Eddy Pugh había cantado en el King Solomon Club, y *Puffing 'em Out*, que era una de mis preferidas. Luego les añadió versos nuevos; después se lanzó a sus propias creaciones. Cragg cantaba esa magnífica canción de Bartlett, *Church and King*, que el autor me había cantado en el Deveraux y yo había recogido en el *Weekly*. Yarker cantaba *A Jug of Punch*; su esposa cantaba *'Arf a Pint of Ale*; y George Heseltine cantaba oleadas de canciones de mar que daban un tono animado a la fiesta.

Algunas veces, Eddy Cavanagh nos regalaba alguna de sus letras cautivadoras, como *General Guinness* o *The Old Queen's Arms*, conocidas por el gran público gracias a que Tommy Handley las había cantado en la radio.

Pero nuestro gran logro fue el descubrimiento de Donkin. Al principio cantaba cancioncillas campestres como *The Vlies be on they Turmuts*, pero una noche sacó del bolsillo un montón de papelitos, eligió uno de ellos, y dijo muy tímidamente: «Tengo aquí unos ripios, con estribillo. ¿Vemos cómo va?». Lo vimos. Iba. Era genial. Creo que la primera gran balada de Donkin fue *Alfy Mond the Great*. En cada reunión se añadían estrofas nuevas. Nos dejábamos llevar por sus acertados golpes tópicos, su alegría, el ritmo descarado. Donkin escribió más baladas, y más, y más. De manera que cuando le pedían que cantase sacaba toda la biblioteca de manuscritos del bolsillo. Ahí estaban *I Live in the Suburbs*, y *I Go Home with my Thumb in the Tramlines*, y *The Same as They Used for to be*, y así hasta una docena.

Y mezclábamos lo nuevo con lo antiguo: *There's a Fire Down Below*, de Heseltine, con *Alfy Mond*, y *General Guinness*, de Cavanagh, con *Where are the Girls I Used to Know*, de Gleeson. Y mi señora traía pan y queso, y yo repartía cerveza, y los MacDonald, Gregory, Edward y Katherine; y los Colclough, Dick y Connie; y los Curry, Archie y Betty; y Humphries (ahora es el hermano Sylvester, O.P.), todos participaban en el coro tan animado; y en los pocos descansos la risa era tan alegre y tan buena como la conversación. Tiempos estupendos. Tiempos felices. Y aunque Gilbert Chesterton jamás estuvo en esas veladas corales, siempre era maestro de ceremonias. Porque esta era la taberna errante, que descansaba un rato para darnos un anticipo de cómo serían las cosas cuando la vieja posada abriese de nuevo sus puertas y llegase el estado distributista.

En cierta ocasión, un cinco de noviembre, celebrábamos fiesta mayor en la azotea de nuestra casa en honor de *san Guy Fawkes*. Currie conocía a alguien que conseguía baratos los fuegos artificiales. Por una libra trajo un maletón lleno. Colgamos casi todos los fuegos en las barandillas, por tandas; y durante dos horas las fuerzas policiales y la multitud de Milford Lane, con el cuello estirado, disfrutaron de un estupendo espectáculo. El trabajo nos daba sed, pero teníamos un barril de cerveza allí en la azotea. Chesterton mandó un telegrama felicitando a los que celebrábamos el día de un gran distributista, «el único que supo cómo tratar al Parlamento». Con voz quebrada, entre el fragor de los tiros y los aplausos de la multitud distante, leí el mensaje; y entonces sí que armaron jaleo los de la Liga.

Que nadie piense que nos dedicábamos exclusivamente a estas cosas. El periódico seguía, y la Liga se estaba metiendo en harina. De hecho, las primeras asambleas en el

Deveraux fueron fáciles. Nos llenaba un inmenso entusiasmo, y teníamos una serie de excelentes primeros principios que exponer. Pocos sabíamos hablar en público (creo que la mayoría no nos habíamos aventurado a intentarlo), pero por lo menos sabíamos lo que queríamos decir. Lo dijimos una y otra vez. Pero eso no hacía daño; fortaleció nuestra fe, y nos enseñó a pensar de pie.

Pero teníamos la suerte de contar con Penty, que desmenuzaba nuestra doctrina económica, y hombres como Eric Gill y Renny Hague, que atacaban decididamente toda la maquinaria. Pronto llegó Haywood, un *cockney* risueño y extremadamente sincero, con el sentido del humor propio de los *cockney*, ávido de hacer trizas todos nuestros principios distributistas en nombre del distributismo.

En el periódico, los jóvenes, Heseltine, Gregory MacDonald, Humphreys y Currie, eran muy activos escribiendo; eso estaba bien, pero pincharme a mí para que fuese más activo, eso estaba mal. Querían que *G.K.'s Weekly* se convirtiese en el órgano oficial de la Liga, lo cual me parecía una auténtica locura. Went había dicho con razón que, si le poníamos a la Liga el nombre del periódico, la Liga moriría al morir el periódico. Yo decía que si colgábamos el periódico de la Liga, el periódico moriría al morir la Liga. Y sabía que lo esencial era mantener vivo el periódico, porque el periódico podía aguantar otra Liga, pero la Liga no podría aguantar otro periódico.

Yo quería que el *G.K.'s Weekly* siguiese siendo un periódico que a cualquiera le pudiera interesar leer, aunque ni conociese ni le importase la propaganda. Y cuando nos vimos obligados a cortar y eliminar, dejando poco más que las cosas distributistas, sentí que habíamos perdido una batalla. El periódico seguía vivo, pero no coleando. Estaba deseando que volviésemos a ser grandes, y tuviésemos sitio para esos artículos triviales que tanto detestaban los más fanáticos de la Liga.

Me parecía que lo primero era conseguir anunciantes. Gander se había marchado, y la Liga proponía que uno de sus miembros fuese director de publicidad. Pero yo quería al mejor. Había dos candidatos cualificados: el señor Walsh y el señor Tyre. Fui a entrevistarlos con el secretario, Cecil Palmer. Yo preferí a Walsh; a Palmer le gustó Tyre. Apuntó: «Un buen hombre, pero no se dejará dirigir». Cedió ante Palmer, que como editor tenía más experiencia en el tema. Así que Tyre fue entrevistado por G.K.C., le expresó su devoción, y fue contratado. Pero la Liga nunca lo aprobó.

Sin embargo, el entusiasmo de la Liga creció durante el otoño-invierno de 1926, y la primavera-verano de 1927. George Heseltine era ahora secretario, y era un torbellino. Cuando estaba fuera lo sustituían Gregory MacDonald y el joven Humphreys. Humphreys era un muchacho sorprendente. Un buen día dijo: «Creo que los de la Liga tenían razón al quejarse de que aún no se haya terminado ese manual. Así que lo he escrito yo». Y lo había escrito. Y consiguió que se lo publicasen. Y muy buen manual que era. Pasó por la Liga y por la oficina con la cabeza un poco gacha, con una medio sonrisa, levantando de vez en cuando esa mirada tan astuta y amable. Era un explosivo a baja temperatura.

Gregory y Humphreys estaban al mando cuando tuve mi única inspiración. Le había escrito a Shaw para pedirle un artículo. Le decía que el periódico iba mal y que corría

peligro de muerte súbita. Claro que no mencioné su simpatía por G.K.C. Respondió que de ninguna manera iba a escribir para *G.K.'s Weekly*. Que esperaba que el periódico se muriese. Que Chesterton perdía el tiempo intentando establecer una falsa antítesis entre distributismo y socialismo, cuando el distributismo era socialismo puro y duro. Que pensaba que Chesterton entraría en la Nueva Jerusalén, pero no a lomos de media docena de burros, ni siquiera a lomos de un burro tan bienintencionado como yo.

Se lo enseñé a G.K.C. y se partía de risa. «Shaw es un tipo excelente», dijo. Lo miré asombrado: «¿No ves que lo tenemos pillado?».

«¿Ah sí? Y ¿qué hacemos con él?».

Dije que Shaw sostenía que no había diferencia entre distributismo y socialismo; que, en el fondo, él y G.K.C. estaban de acuerdo. Que Chesterton recogiese el guante: invitaríamos a Shaw a debatir con él sobre el tema: «¿Estamos de acuerdo?». Shaw no tendría más remedio que acceder.

«Sí, no es mala idea —dijo Chesterton—. Le voy a escribir».

Escribió, Shaw accedió, y se reunieron para ultimarlo. G.K.C. me contaría después que Shaw dijo: «Mira, Chesterton, dime francamente si existe la Liga distributista, o si en realidad no es más que Titterton correteando por ahí con una bandera». Lo cual demuestra lo poco que sabía del asunto.

Me animó saber que se iba a celebrar el debate. Lo organizó Gregory MacDonald, con ayuda de Humphreys. Consiguió la sala Kingsway, y consiguió que la BBC lo retransmitiese, pagando bien. Shaw insistió en ello. «No dejes que te engañen. A la BBC le vale cien libras tenernos a Chesterton y a mí a la vez». Creo que Gregory consiguió casi las cien libras. Pero los detalles del gran debate, que se convertiría en histórico, fueron una ardua tarea para una pequeña Liga sin empleados y sin dinero. Cómo lo lograron MacDonald y Humphreys, lo ignoro.

CAPÍTULO 10

En un momento en que el mundo parecía estar a punto de ser destruido por la guerra, un debate sobre la propiedad privada y el socialismo tuvo lugar en Kingsway Hall. El debate fue entre Bernard Shaw y Gilbert Chesterton. Shaw era un socialista y Chesterton era un conservador. El debate fue muy interesante y se prolongó hasta tarde en la noche. Shaw argumentó que el socialismo era necesario para mejorar la vida de los pobres y que la propiedad privada era la causa de la pobreza. Chesterton argumentó que el socialismo era una idea absurda y que la propiedad privada era la base de la civilización. El debate fue muy animado y se prolongó hasta las 11 de la noche. Shaw salió victorioso del debate y Chesterton se retiró con un aire de desaliento.

Igual que nunca hubo un periódico como el *G.K.'s Weekly*, tampoco hubo nunca un debate como el que tuvo lugar en Kingsway Hall entre Shaw y Chesterton. He aquí dos hombres, uno viejo y otro más viejo, debatiendo en medio del mundo clamoroso de la juventud una cuestión que podría parecer puramente doméstica. Qué le importaba al año 1927 si Bernard Shaw, nacido en 1856, estaba o no de acuerdo con Gilbert Chesterton, nacido en 1874.

Pero, a pesar de nuestros escasos medios publicitarios, la sala estaba a rebosar mucho antes de comenzar el debate. Y durante el proceso, hordas salvajes de hombres y mujeres luchaban en los corredores y se lanzaban contra las puertas cerradas de la sala. Una puerta llegó a abrirse, y los gritos de fuera se convirtieron en un pandemónium y corría la lava candente por todos los pasillos. Entonces se cerró la puerta de golpe y volvimos a oír a los oradores.

No sé si eso se apreció en la emisión. Si se oyó, debió de parecer el estallido de una revolución. Tal vez lo fuese.

Pero fue un final, además de un principio. Fue el final del socialismo como teoría económica. Y esto es así por mucho que se unan a Rusia otros estados europeos en la Tercera Internacional.

Porque Shaw es el mejor y el más claro de los pensadores que se dicen socialistas. Está mucho más cerca de entender la naturaleza humana (la materia prima de la economía) que su amigo Sidney Webb, al que tanto admira. Shaw expuso su punto de vista; intentó demostrar que el distributismo es socialismo, excepto donde es una tontería simpática. Y fracasó en el intento. Chesterton se propuso demostrar que el distributismo es sentido común, y el socialismo un sinsentido. Y lo consiguió.

A G.K.C. le habría resultado más difícil su demostración cuando tanto los socialistas como sus enemigos consideraban que todo ideal generoso de mejorar la situación de los pueblos, toda intención decente, todo esfuerzo por establecer la justicia y la libertad, eran socialistas. Pero hace mucho que fabianos y marxistas han eliminado de su credo económico todas esas «sensiblerías». Hoy el socialismo significa la extinción de la empresa privada y de toda propiedad privada excepto en lo que se refiere a fruslerías

personales, y la dirección por parte de una burocracia de las funciones de producción, distribución e intercambio.

Así es el socialismo como lo ve Shaw, solo que, al tener una mente lógica, reconoce alegremente que esa burocracia probablemente necesite estar encabezada por un dictador. Ese socialismo lo destruyó el debate de Kingsway.

Y lo más extraño es que Shaw era totalmente inconsciente de la importancia de la ocasión. Muy generosamente, había accedido a debatir con G.K.C. porque le tenía simpatía y respeto. Imagino que pensó que, si quedaban distributistas aparte de Chesterton y Belloc (Chesterton decía que quedaban bastantes), sería buena idea eliminar de sus cabecitas esa falsa antítesis, y atraerlos a la causa socialista. Sin duda, le habría gustado conseguir que Chesterton reconociese ser socialista. Y Shaw sabía tan poco del distributismo, tan poco de Chesterton, que creía que eso era posible.

He aquí el núcleo del debate. Shaw dijo:

«Pero ahora compárenlo con la propiedad de mi paraguas. En realidad, el paraguas que traigo hoy es de mi mujer, pero supongo que me permitirá que lo considere mío por el bien del debate. Mi derecho a utilizar ese paraguas es muy limitado legalmente. No puedo hacer con él lo que me dé la gana. Por ejemplo, ciertos momentos del discurso del señor Chesterton me han tentado de levantarme y golpearle la cabeza con el paraguas. También pudiera sentirme inclinado a golpear al señor Belloc. Pero si intentase esgrimir mi derecho a hacer lo que quiera con mi propiedad —con mi paraguas—, pronto sería consciente —gracias, posiblemente, al puño del señor Belloc— de que no puedo considerar el paraguas como de mi propiedad, en el sentido legal en que considero mi tierra como de mi propiedad».

Chesterton respondió:

«Al abstenerse el señor Shaw de golpearme en la cabeza con el paraguas, la razón auténtica —aparte de la bondad de su corazón, que le hace ser tolerante con las más humildes criaturas de Dios— no es que no sea dueño de su paraguas, sino que no es dueño de mi cabeza».

Parecería que Shaw le puso en bandeja la oportunidad de pronunciar esta declaración, rotunda y satisfactoria, de la doble doctrina de la propiedad y la libertad social.

CAPÍTULO 11

El padre Vincent McNabb era uno de nuestros incondicionales en los debates del Deveraux. Entraba dando grandes zancadas, con su hábito dominico, enérgico, sonriente, como un atleta preparado para el maratón.

Acababa de llegar al priorato de Santo Domingo en Hampstead, y ya era conocido entre los londinenses como orador en los parques. Porque le encantaba tener un público variopinto, y le gustaban los debates vigorosos al aire libre.

Debimos de parecerle un poco patéticos. Estábamos todos convencidos de una acuciante necesidad de poner en práctica nuestro credo económico, pero no hacíamos nada. Ese era el tema de sus peroratas: «¿Por qué no hacéis cosas?». Nos dijo que dejásemos las ciudades de la llanura y volviésemos al terruño.

En una de estas ocasiones respondí que sería inútil como agricultor, y le enseñé mis manos deformes, que sólo servían para escribir. Si fuese joven y soltero podría aventurarme, dije, pero para un hombre de mi edad e incapacidad, meterse a campesino sería una insensatez; para un hombre casado y con hijos sería un crimen.

Esto provocó en el anciano sacerdote una explosión de retórica que me dejó aniquilado. Les aseguro que es una experiencia tremenda afrontar esos rayos y truenos. Fue un poco aterrador, y respiré con alivio cuando terminó.

Entonces el padre Vincent se dirigió a mí, y me dijo que sólo me había reprendido porque me amaba. Hubo risas; pero era verdad.

Nos dejó temprano para emprender la larga caminata hasta Hampstead, pero antes se acercó y me cogió la mano entre las dos suyas. En verdad creo que ya estaba arrepentido de su explosión indignada. Apuesto a que ese santo querido, apasionado y humilde se impuso una penitencia por aquello.

El padre Vincent era un hombre culto, teólogo, filósofo y economista notable, y una autoridad sobre la vida de Santo Tomás de Aquino. También era agricultor práctico.

En el priorato de Hawkesyard era prior y jefe de estudios, así que tenía ocupadas la cabeza y las manos. Algo había que hacer para mantener la salud. Así que regresó al terruño —del priorato— y aprendió agricultura.

Practicó durante seis años, y relataba lo rápidamente que puede llegar cualquier

hombre ignorante del tema a sacarle provecho a la tierra. Todo esto lo aprendió mientras trabajaba, mucho más duro de lo que cualquiera de nosotros hayamos trabajado nunca, en su vocación.

También aprendió cómo todos los oficios rurales —el del herrero, el del carpintero, el guarnicionero y demás— se apiñan en torno al más antiguo. Supo cuáles son las raíces de toda sociedad; Santo Tomás ya se lo había enseñado, pero él lo aprendió en su propia carne, y luego lanzó un ataque vehemente sobre el mundo moderno.

¿No han oído hablar de ese ataque? ¿No han oído hablar hasta ahora del padre Vincent? Me lo creo. Los hombres que dejan la huella más profunda sobre una generación suelen ser casi desconocidos hasta la siguiente.

Durante toda su larga vida lo inspiró un sueño. «Siempre he sido un soñador», me dijo con su inhabitual sonrisa, él de pie y yo sentado en la desnuda celda de suelo de piedra del priorato de Santo Domingo. Y al preguntarle cuál era su sueño, se arrodilló diciendo: «¡Que me dejen soñar de rodillas!».

De muchacho amó ardientemente su patria, Irlanda, y se indignó al conocer la historia de sus padecimientos. Decidió vengarse. ¿Mediante el fuego y la espada? No, eso habría sido el camino natural para el fiero joven Vincent McNabb. Pero ya el gran Poder que iba a dar forma a su vida lo tenía cogido, y eligió otro camino.

Recordó la historia de Patricio, esclavo fugitivo que, para vengarse de sus opresores, les llevó el gran don que le había llegado del cielo.

Y así, cuando el joven Vincent tomó los hábitos, el sueño de su corazón era devolver a Inglaterra aquello que ya tuvo cuando era la alegre Inglaterra.

Por eso este hombre, irlandés hasta la médula, había pasado sus años de vida laboral en Inglaterra. Y había llegado a amarla. «Amo a Inglaterra más que a Irlanda —me dijo—. A Irlanda la amo como a una madre, pero a Inglaterra la amo como a una esposa».

¡Esposa! Eso me recuerda algo. En el debate entre el padre Vincent y Bernard Shaw, acusé a Shaw que haberle sido siempre hostil a la familia. Shaw respondió que no entendía por qué lo atacaba en este aspecto, a él que llevaba años casado. Habría sido más razonable atacar al padre McNabb, soltero profesional.

Dijo el padre Vincent: «Uno de los motivos por los que nunca me casé fue por consideración hacia la posible señora de McNabb, a la que jamás conocí». Y yo conocía el significado de su nostálgica sonrisa mejor que ninguno de los presentes.

Pues recuerdo que me dijo: «¿El amor conyugal? Es el don temporal más grande que existe. Dios conoce el sacrificio del monje que renuncia a ser esposo y padre. El sacrificio merece la pena infinitamente, pero me gustaría que el mundo entendiese lo grande que es».

Durante toda su vida el padre Vincent luchó por la familia: su dignidad, su seguridad, su libertad. Inglaterra es para él un conjunto de familias, amenazadas por un lado por la tiranía, y por otro lado por la permisividad de la sociedad moderna. Nunca fue más atronadora su indignación que cuando atacaba a los reformistas, empeñados en destruir la autoridad paterna, y a los esposos que renuncian al maravilloso privilegio de tener hijos.

Pero era felicísimo en el monasterio dominico. Una casa en lo alto de una colina. Enseñándomela, me dijo: «Mira, somos los únicos artesanos que aún viven encima de su taller. Este —la biblioteca— es nuestro taller. Y nuestro mercado está a nuestro alrededor, a nuestras puertas».

«Esta es la auténtica unidad económica —añadió con una sonrisa—, donde el área de producción es colindante con el área de consumo». Y en efecto, la gente de St. Pancras y Hampstead acudía al taller para pedir ayuda en las tribulaciones cotidianas.

Pero el padre Vincent iba predicando más allá de Hampstead Heath. Lo han visto ustedes en mi pequeña Liga. Hacía expediciones más aventuradas. Hablaba con cualquiera, y no hace mucho —siendo Joyston-Hicks Ministro del Interior— habló ante un público de ateos comunistas. La asamblea se iba a celebrar en una sala controlada por el Ministerio del Interior, pero el Ministro la prohibió. Al final encontraron una piscina municipal, y allí el padre Vincent se encontró con sus correosos adversarios y los conquistó.

Un día traje a un dibujante escocés para que le hiciese un retrato. Mi amigo, como buen escocés presbiteriano, era hombre aficionado al debate intelectual. Y el padre Vincent saltó a la batalla como un caballo de guerra. Se hizo el dibujo (por cierto, no es de los mejores que ha hecho mi amigo), pero lo que les importaba era hablar. Pasó una hora, pasaron dos horas, no sé... Me llevé a mi amigo a rastras. En la puerta del priorato, él y el padre Vincent seguían debatiendo con alegría.

El padre Vincent pasó su infancia en Belfast. Era el séptimo varón: según él, «ese es siempre el hombre más sabio del reino». Su padre era un antiguo capitán de barco con negocios en los astilleros, y se llevaba al joven Vincent.

Esta contemplación del comercio fue lo que lo indignó contra el industrialismo moderno. El Tyne era entonces uno de los ríos más ricos del mundo. Y sin embargo, dice él, el valle del Tyne estaba totalmente degradado. «Entonces no lo entendía, pero cuando tuve el bendito privilegio de tomar los hábitos ya lo entendí».

¿Cuál era el secreto? «El Tyne estaba viviendo de su capital. Al igual que América, cuando fui en 1913. Sí, incluso entonces estaba enfebreada. Y ahora lo hacemos todos. Y ninguno de los economistas del mundo de los grandes negocios tiene ni idea de lo que ocurre».

Con las manos metidas en las mangas de su hábito, la cabeza hacia un lado, sonrió sabiamente, y entonces, con la mano en alto y un brillo en los ojos como si contemplase una visión, exclamó: «Y siempre la buena tierra inglesa espera, esa buena tierra oscura que he besado de rodillas, la tierra que he arado y sembrado... —se fue hacia atrás y se pegó a la pared en un rincón de la habitación, como acorralado—. ¿Cuándo escucharán? La tierra de Inglaterra se está echando a perder. La cosa ha estado empeorando desde la Reforma. Pero ahora se está arruinando a más velocidad. Dentro de treinta años, que Dios nos ayude, puede que no valga la pena reclamarla. Escucha las cifras —coge una publicación oficial y convierte las cifras muertas en imágenes destellantes—. Siempre estoy leyendo boletines oficiales —añade, como disculpándose tímidamente con su sonrisa—. Me parecen mucho más entretenidos que las novelas».

Pasó del boletín a la encíclica papal sobre finanzas y socialismo, y luego a santo Tomás de Aquino, y de ahí a un recorte de prensa, y entonces dejó todo eso para contarme lo que le había dicho una mujer sencilla de St. Pancras. «¡St. Pancras! Qué raro pasar los últimos años de una larga vida en St. Pancras, antes de ir al Paraíso cogiendo por Kensal Green».

Había sido fuerte como un león, y aún era la imagen del viejo guerrero. Pero estaba encantado de sentir que cualquier día lo llamarían. Y ahora lo han llamado. ¿Nos atreveremos a rogar que Dios dé descanso a su alma incansable?

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 1

Creo que si mi esposa hubiera estado en Londres, aquello jamás habría ocurrido, porque ella es prudente. Pero estaba en Bélgica, donde estudiaban tres de nuestros hijos.

Durante algún tiempo había tenido la sensación de que pasaba algo. Venían a Essex Street miembros importantes de la Liga por nada en particular, aparentemente. Venían de uno en uno y se marchaban juntos, y no soltaban prenda. No me preocupaba, pero me mosqueaba.

Cierto día llegó Tyre con noticias. Le habían dicho que ciertos miembros prominentes de la Liga se habían acercado a G.K.C. para proponerle que el periódico lo dirigiese una comisión, y que se deshiciese de mí. Como supe después, cuando el daño ya estaba hecho (lo hice yo), en realidad no tenían ninguna intención de deshacerse de mí. Habían llegado a la conclusión de que el periódico estaba mal dirigido en lo económico, y que la única manera de arreglar las cosas era dejando todo el control en manos de una comisión; pero yo sería el presidente, en ausencia de G.K.C. Creo que querían que se fuese Tyre.

El informante de Tyre estaba en condiciones de conocer el verdadero estado de la cuestión, y si le dio a Tyre la versión cambiada que Tyre me dio a mí, lo hizo con una intención: que yo perdiera los papeles. Me conocía bien: perdí los papeles. Acusé a ciertos miembros de la Liga de conspirar, y de traición, y a uno de ellos lo llamé Judas.

Pero hice algo aún peor. Intenté atraer las simpatías de la Liga. Claro que a Chesterton le importaba más que a nadie. Belloc, en su lugar, me habría mandado al infierno. Y a la Liga también, si pretendía inmiscuirse en su periódico. Y habría tenido razón. Pero G.K.C. no era así. Él creía en la horda; creía que a la horda había que dejarla hablar, y que al pobre tonto que quería ser el jefe de la horda, pero amaba a su jefe, había que dejarlo hablar. El pobre tonto al que me refiero es el autor de este libro.

Se convocó una asamblea solemne, presidida por G.K.C. Me alegré de ver que el ambiente estaba electrizado. Expuse mi caso. Como ya tenía práctica como orador, expresé bien mi caso, que no era sólido. Gregory MacDonald y George Heseldine replicaron, y me pareció que expresaban mal su caso, que sí era sólido. Esperé muy confiado el resumen de G.K.C.

Porque, aunque parezca increíble, creí que me iba a defender. Hacía poco que había escrito un prólogo estupendo y generoso para mi libro *Canciones de bebedores*, recordando los tiempos en que él y yo, y otros que ya no estaban, cantábamos juntos esas canciones. Y él y yo habíamos trabajado juntos en el periódico; él sabía que el periódico habría muerto de no ser por mi persistencia tozuda con el Consejo. Así que mientras el público participaba en la discusión farragosa, yo esperaba el momento en que se levantase para justificarme.

Debo mencionar aquí que, al constituirse el comité, e inspeccionarse las cuentas del administrador, encontraron una enorme cantidad en el lado del Debe. El administrador tenía que saberlo. Creo que el tesorero de la empresa debía saberlo; pero tal vez no lo supiera. Siempre he creído que el administrador ocultó el alcance de la deuda, temiendo que si se descubría cerrarían el periódico, y con la esperanza de poder equilibrar la balanza si conseguía más publicidad. Si fue así, pecó de optimista. Cuando se conocieron las cifras, se supo que hacía falta un nuevo comité administrador. Y yo tenía que haber reconocido que se desbarataba cualquier frágil apoyo que pudiera tener mi actitud a la desesperada. Pero no lo reconocí. Esperé a que G.K.C. se pusiera de pie para confundir a mis enemigos.

Se puso de pie y me confundió a mí. No me convenció. No me convenció del hecho claro de que él tenía derecho a dirigir su periódico como quisiera, ni del otro hecho: que yo me había portado como un maldito idiota. Sentí simplemente que mi capitán me había abandonado a mi suerte.

Y todo el asunto fue una gran preocupación para G.K.C., que odiaba las riñas entre amigos tanto como adoraba batallar con el enemigo. Ahora sé que bajó de esa sala del Devereaux con la sensación de que su mundo se desmoronaba.

Mi esposa estaba allí, y él le confió que no tenía ganas de nada. Ella respondió: «Será mejor que te vayas a casa, antes de que vengan todos a molestarte».

Y él dijo: «Tal vez tengas razón. Yo tenía que apoyar a esos jóvenes. Tu marido puede cuidarse solo». Hizo un gesto de desesperación. «No te preocupes por eso —dijo ella—. Tú, escabúllete».

Él se rió, diciendo: «Me parece que no estoy hecho para escabullirme». Ella dijo que le conseguiría un taxi. Y él que no, que no se molestase, que ya lo conseguiría él... Pero allá fue mi esposa y lo metió en un taxi. Muy triste tuvo que ser el viaje de vuelta a Beaconsfield.

Y la culpa era mía. Yo le había herido, a él que era tan vulnerable. Por mi orgullo mezquino y mi vanidad, yo que era insignificante para el movimiento le había herido a él, que significaba tanto. No sólo para el movimiento sino para mí. Yo le había hecho lo peor al que más quería. Sin embargo, pasarían años antes de que le pidiera perdón. Aunque muchos años antes, ya me había demostrado que estaba perdonado.

Algunos dirán que no tenía que haber narrado este episodio tan absurdo y trágico. Ahora sé que no significo nada, así que ¿para qué regodearme en ese tiempo en que creía que significaba mucho? Pero el episodio tiene su importancia en la vida de Chesterton y en la vida de la Liga que tanto significó para él.

Mi estupidez no le hizo daño a la Liga. Creo que más bien la fortaleció. Seguro que fortaleció al periódico. El comité se desvaneció, como predije. Pero había realizado su cometido. Y dejó tras de sí un subdirector nacido para el puesto, un hombre como G.K.C. en cuanto a humildad, pero que carecía totalmente del impulso de escribir, y que tenía el don divino de saber elegir a los hombres adecuados y mandarlos a hacer lo necesario. Ese hombre es Edward J. MacDonald, el hermano de Gregory, que lo ha ayudado mucho con la pluma. *G.K.'s Weekly* se convirtió en un periódico mucho mejor de lo que había sido —en Inglaterra lo leía la gente que importa, y en el extranjero lo citaban como autoridad—. Ese triunfo, ganado para un periódico sin recursos económicos, se debe en gran parte a la personalidad del fundador y al flujo de excelente trabajo que vertió en él hasta el día de su muerte. Pero nunca se habría conseguido si Edward MacDonald no hubiese sido durante muchos años el subdirector. De no ser por él, yo tal vez tuviese un peso mucho mayor sobre mi alma.

CAPÍTULO 2

Mi furia insensata contra G.K.C. duró muy poco. Con un estremecimiento volví en mí, y cuando me llamaron para asistir a la reunión del equipo directivo del *G.K.'s Weekly*, aunque no para presidirlo, acudí. Pero se notaba mucho que no todos los miembros querían que yo estuviese, y que mi presencia era más un estorbo que otra cosa. Así que me excusé. Cuando, pasado un tiempo, le insinué al presidente, el señor Cecil Palmer, que tal vez pudiese volver a asistir a las reuniones, me dijo que le parecía que no había llegado el momento. Ya no volví a asistir.

Quiero ser sincero conmigo mismo, y debo confesar que me dolía ser una cifra donde antes era vicedirector. Sí que me dolía. Y tal vez me escociera saludablemente de vez en cuando. Pero estoy seguro de que mis sentimientos personales no determinaron lo que hice. Y cuando intenté volver, fue un duro golpe ver que no me querían. Aquello dejó un gran hueco en mi vida. El hueco ya se ha cerrado, pero queda la cicatriz. Desgraciadamente, no es una cicatriz honorable.

Pero seguí escribiendo para el periódico, aunque menos asiduamente. Y me alegraba comprobar que la cosa iba bien. Me gustaba especialmente el artículo semanal de Archie Currie, un comentario satírico, y no entendía cómo no se me había ocurrido pedírselo yo.

Cuando Edward MacDonald tomó las riendas del periódico y me pidió que colaborase más, así lo hice.

En cuanto a G.K.C., ocupó la presidencia de la primera asamblea de la Liga del año siguiente, y nos rogó que olvidásemos aquello. Me puse de pie, y consciente de mi magnanimidad, declaré que me había puesto en ridículo, y que iba a seguir trabajando por la Liga como si nada. Dijo que era muy generoso por mi parte y, con lo grande y generoso que era, seguro que lo decía de corazón. Evidentemente ya volvía a ser feliz; se bebió su media pinta de cerveza con las ganas de siempre, y nos miró a los que rodeábamos la mesa con la confianza cariñosa de costumbre.

Pero había un nuevo espíritu haciendo de las suyas en la Liga. Los miembros jóvenes estaban hartos de hablar de primeros principios. Estaban decididos a exponer la economía del distributismo: a demostrar cómo funcionaba nuestra teoría. Esa no era tarea para Chesterton. Su tarea era la de exponer los primeros principios e indicar una

forma de vida. Siempre estuvo en estrecho contacto con la realidad. Pero las cifras le molestaban. Creo que los pequeños detalles de la economía le molestaban. Creo que la ciencia de las finanzas le parecía tan misteriosa que no podía serle útil ni a Dios ni al hombre. Pero a la Liga le parecía que el problema de las finanzas había que afrontarlo, y lo han afrontado.

El programa distributista, esbozado por la ejecutiva y desarrollado por Strong, es un gran documento. No le hace sombra a *El Estado servil*; no anula el libro reciente de Belloc. Creo que el manual de Humphreys sigue teniendo su lugar. Pero el programa de Strong es la única declaración global de la Liga, la única explicación completa de sus principios y su política.

La Liga ha hecho otras cosas estupendas, y el periódico se ha hecho eco de ellas puntualmente. El doctor McNair Wilson, los señores Gregory MacDonald y Featherstone-Hammond, entre otros, han prestado atención a facetas de la cuestión que yo nunca he considerado.

Ya no hay lugar para la vieja acusación de que estábamos todos en las nubes. Teníamos los pies en la tierra, aunque a veces me pregunto si no se nos habían enredado en los hilos de las finanzas. Pero eso seguramente se deba a que la ciencia de las finanzas me molesta tanto como molestaba a G.K.C., y me anonada más aún.

Si a los de la Liga el distributismo ya no les parece que sea un estilo de vida, bueno, es natural. Están demasiado ocupados con la rutina seca de la revolución como para divertirse con el gesto descuidado de la juventud de la Liga. Los que estamos en nuestra segunda infancia, y no tenemos la energía mental ni física que se necesita para ese trabajo tan duro, añoramos aquellas noches festivas. Pero G.K.C. no las añoraba. En contra de sus gustos personales, estudiaba cada novedad, y dedicaba a los esquemas largas horas que habría preferido dedicar a una novela detectivesca, o a escribir la vida de algún santo simpático.

Ahora sólo lo veía cuando me cedía la presidencia de algún debate público, o cuando lo entrevistaba para la prensa. Lo entrevistaba con mucha frecuencia. A veces conseguía atraerlo hasta Fleet Street. Y entonces, durante un rato, volvía a captar el ambiente de los viejos tiempos, y lo tenía para mí solo.

Tuvimos una charla en el salón del hotel Anderton, en Fleet Street. Yo llegué temprano, y él se retrasó, de manera que temí que no apareciese, aunque jamás me ha defraudado. En seguida, efectivamente, se abrieron las puertas acristaladas y allí estaba, mirando la escena, divertido y curioso.

Entonces me vio y se abrió camino entre las mesas, diciendo: «Ahí estás, Titterton», agradablemente sorprendido, como si me hubiera buscado por todo Londres y el Anderton's fuese ya el último recurso.

CAPÍTULO 3

Gilbert Chesterton es conocido en el mundo por muchas cosas: entre los católicos, como un gran «doctor de la Iglesia» (por citar a un arzobispo); entre los economistas, como el hombre que, junto con Belloc y Cecil Chesterton, sacó de *Rerum novarum* una alternativa válida al capitalismo y al comunismo; y entre la gente corriente, como un hombre gordo que siempre se reía y bebía cerveza. Entre los pocos que valoran la buena poesía, era conocido como un gran poeta.

Era un gran polemista, un gran apologista de la Iglesia, y un gran pionero económico. Pero sus apologías católicas serán lugares comunes cuando Inglaterra sea católica, y su propaganda distributista será corriente cuando Inglaterra sea distributista. Sus poemas siempre serán nuevos.

Se volcó en su poesía: la diversión, la alegría, las imágenes de colores, el ritmo juguetón, el humor y el sarcasmo, la filosofía beligerante, la simplicidad y la llama católica. Lo sorprendente es que sabía blandir el rayo como una pluma, y la pluma como una espada. Y toda su poesía seria, y casi toda su poesía cómica, está impregnada de esa visión apasionada, que compartía con San Francisco, del milagro precioso de las cosas corrientes¹⁶.

*Quando mis días toquen a su fin
y no tenga canción para cantar,
no seré demasiado viejo
para mirar
todo como lo hacía en el cuarto de juegos*

*o en un columpio o bajo un árbol colosal.
[...]
Los honores se funden,
las primeras sorpresas todavía
están y, entre la escoria, hay un regalo
por el cual ni a rezar me atrevería:*

*que se acostumbre uno a la pena y el gozo,
pero nunca jamás a la noche y el día.*

*[...] Alfombra que gatea, la hierba de los prados;
el cielo como una vidriera.*

*Así es la peligrosa gracia de Dios y yo
con mis pecados ando en ella.*

*Las cosas se hacen nuevas, aunque yo me haga viejo,
aunque yo me haga viejo, y muera.*

Como ya he dicho, este libro no es una crítica de la obra de Gilbert Chesterton. Ni siquiera es una apreciación de sus logros literarios. Pero voy a intentar presentar en fragmentos una imagen de lo que ha conseguido como poeta.

En fragmentos tendrá que ser. Porque las únicas cosas íntegras que tenía ese hombre eran su religión, la filosofía que surgía de su religión, y él mismo. Su obra nacía de la necesidad del instante, y se diseminaba. Y ahí está, fragmentada. Algunos fragmentos son obras de arte perfectas: casi se diría que accidentales. Porque Chesterton siempre sentía la necesidad de terminar las cosas y publicarlas en seguida. Todo lo escribía con alguna intención, como arma o como golpe de la espada en una guerra. Había que forjar la espada, había que dar el golpe, ya. Tal vez hubiera forjado un arma más perfecta, o realizado golpes más exquisitos, de haber sido un artista en su estudio, a solas, buscando la línea perfecta. Pero sólo buscaba la perfección en la forja de su alma. Si alguna vez le llegaba la perfección en su lucha por la justicia y la libertad, le llegaba sin que él la buscara.

Y por eso, como digo, están fragmentadas sus obras poéticas. Ahora mismo sólo las encontramos así. Pero estoy seguro de que, al igual que en el caso de William Shakespeare, que escribía a vuela-pluma para mantener ocupado el escenario de su teatro, encontramos en esos fragmentos suyos tan desordenados y desiguales —trozos recogidos de viejas crónicas, viejas obras de teatro, fragmentos añadidos durante los ensayos— encontramos, digo, un gran todo coherente (del que seguro que Shakespeare no sabía nada), así con Gilbert Chesterton nuestros hijos y nietos harán encajar todo el rompecabezas de su obra poética, para hacer un todo mucho más grande del que pueda mostrar ningún poeta moderno de los que simplemente se dedican a su arte.

G.K.C. tenía instinto para dar con la palabra exacta, la frase exacta, el énfasis exacto. Ya escribiese en ese estilo romano tan sencillo o en ese estilo gótico tan generoso (los dos le resultaban igualmente naturales), la estructura sube de manera arquitectónica, hasta un último arco superior o torre que corona, que golpea el ojo como un puñetazo. Eso es cierto para toda su prosa y para casi toda su poesía.

Pero en su poesía, a veces se contentaba con un ripio, igual que a veces el mejor constructor mete basura entre dos muros colindantes. Sólo que el ripio de Chesterton se ve.

Y a veces se contenta con rimas añejas. Esto se debe en parte a su gusto por acabar la línea con una palabra atronadora. Por ejemplo, «God». Por eso utiliza «trod» una y otra vez. Y también «clod», y «sod», y «shod», y «rod».

Podría citarles unos cuantos poemas chapuceros, poemas malísimos. Citaré uno¹⁷:

*Pero, ¿qué quedará que recordaro
qué habrá que ver
aunque nuestras ciudades logren atravesar
el invierno y ser?*

Horroroso, ¿no? Bueno, les podría citar cosas aún peores de Shakespeare. Y de Browning, y de Byron. Y en prosa, de Dickens.

Pero no del señor Percy Shelley, ni del señor Matthew Arnold, los puros y fríos, las damas y los caballeros que ganan premios en los concursos literarios de los periódicos.

Además, los defectos de G.K.C. como poeta eran facetas de su calidad. Creo que ya he dicho que era ante todo conversador. Y si no, lo digo ahora. Pero a veces el ritmo de la conversación se convierte en baile, en canción.

G.K.C. era un trovador¹⁸:

*El rezagado trovador,
el último al que el pájaro ha cantado
antes de huir al sur, antes que el mundo
fuese viejo y cansado.*

Y las canciones de un trovador no hay que estudiarlas nunca. Incluso el arte que esconde arte no es para él. Sus canciones tienen que ser espontáneas y sueltas, aunque de vez en cuando el trovador cante una balada en la que la soltura sea el vuelo ligero de la inspiración y la espontaneidad, la medida variada de la música con mayúsculas. Pero si reconocemos que todos los poemas de Chesterton son canciones, y los imaginamos cantados —acompañados del arpa, de trompetas, del acordeón— entenderemos por qué no perdía el tiempo con limpiametales y gamuza.

Finalmente hay que recordar que él no se consideraba un gran escritor. Tenía verdades que contar que eran de vital importancia, pero él no las había inventado. Lo importante era conseguir que llegasen al público.

Una vez que su prosa o su verso habían cumplido su cometido, creo que no le importaba mucho lo que les ocurriera. Una cosa es segura: la fama le importaba un pimiento. El arte, lo mismo. El tema de su canción era siempre muchísimo más importante que la canción en sí, e infinitamente más importante que el cantor, excepto en el hecho de que el cantor era también pecador: una gran democracia de las almas.

Ahora entenderán cómo el hombre que escribió *Segunda infancia*, y *Pueblo secreto*, y *Lepanto*, y *La balada del caballo blanco*, y *Canción de la derrota*, y *Canción de boda*, y

La tregua de Navidad, y *El burro*, y *El converso*, y los poemas dedicados a Hilaire Belloc y a E. Clerihew Bentley, y una veintena de grandes poemas religiosos, también pudo escribir *El tendero malvado*, *La canción del bien y el mal*, *Quoodle*, y *Los altibajos del camino inglés*, y que el que cantó esas grandes canciones también pudo cantar las canciones de F.E. Smith y Walter Long y las *Canciones del aprendizaje*.

Tal vez sus poemas más populares, entre los poetas, sean *La balada del caballo blanco* y *Lepanto*.

Dudo en decir que son los mejores. Porque no dispongo de una cinta métrica adecuada. El poema que acabo de citar me complace tanto como cualquiera de los que escribió; y, al leer los poemas uno detrás de otro, dudo de cuál de sus treinta o cuarenta obras es la más perfecta y, lo más importante, cuál tiene más claramente la nota auténtica de impulso y palabra, de forma y movimiento, de la gran poesía. Pero su fama viene principalmente de estos dos poemas, así que hablaremos primero de ellos.

La balada del caballo blanco es un logro único: una epopeya que sostiene una nota de éxtasis lírico. Por eso es casi imposible extraer citas de esta exultante narración de la lucha del rey Alfredo contra los daneses.

Pero si se trata de magia sonora que pulsa y emociona, de imágenes que arden y laten, *Lepanto* no tiene parangón.

Y los pasajes tranquilos que se engranan en la narrativa enérgica, las viñetas de la vida enclaustrada que son, digamos, imágenes de la mente de Don Juan que lo enardecen, empujándolo a la acción, estos son mágicos.

Verán cómo alivian por un momento el torrente casi insoportable de la narración, y entonces lo aceleran, y cómo la cadencia del verso baja o sube de velocidad, al tiempo que el corazón late según el relato. Con qué lento son de tambor comienza el poema¹⁹:

Blancas fuentes fluyendo en los patios del sol

Y el segundo verso tiene el mismo ritmo²⁰:

Las colinas tamizan el lejano batir de los graves tambores

El ritmo se sostiene hasta²¹:

*En ese silencio enorme,
asciende diminuto y sin miedo por un camino tortuoso el rumor de la
[Cruzada.*

Pero entonces resuenan los gongs y estamos en medio de la batalla. Las viñetas: de Mahoma, que²²

...reclina el poderoso turbante en el regazo de la hurí eterna, su turbante tejido

con el crepúsculo y los mares.

Y del rey Felipe en su alcoba, donde²³

Los muros cubiertos con un terciopelo negro y suave como el [pecado, y los enanos saltan de él y los enanos saltan a él.

Del Papa en su capilla²⁴,

La oculta habitación en la casa del hombre donde Dios vive todo [el año, la secreta ventana desde donde se ve el mundo pequeño y muy [querido

...son demasiado largas para citar extensamente. Pero no hay que olvidar estas cosas, que ve don Juan por una rendija en su mente, para llegar al clímax con el espíritu tranquilo pero enervado.

Muy lentamente, en palabras que se saborean en la lengua, el poeta nos ha contado de los cautivos cristianos en poder del turco. Casi susurrando canta del que²⁵

ha olvidado a su Dios, y ya no espera una señal.

Casi oímos al poeta que dice: «¡Ya llega! ¡Ya llega!». Y ahí llega²⁶:

*Pero Don Juan de Austria ha rota la línea del frente,
Don Juan cañonea desde la popa pintada con la masacre,
púrpura todo el océano se vuelve, como la nave ensangrentada
[de un corsario,
el escarlata sobre las platas y los oros.
Rompiendo escotillas, reventando bodegas,
surgen los miles que trabajaban bajo el mar,
blancos de alegría, ciegos de sol, aturdidos de libertad.
Vivat Hispania!*

(Vivat Hispania! Roguemos por ello.)

La balada del caballo blanco responde a una escala más extensa que *Lepanto*, y escapa a mi análisis. La historia es doble y muy sencilla. Una es la historia del caballo blanco²⁷

*Antes de que los dioses que hicieron a los dioses
hubiesen visto amanecer
el Caballo Blanco del Valle del Caballo Blanco
ya fue.*

Y la moraleja es que, aunque los paganos excluyeron al caballo del pasto, el pagano

dejó que oscureciese y muriese, y que «sólo los cristianos guardan incluso las cosas paganas». Incluso hoy encontramos que esto es terriblemente cierto.

Ese es el trasfondo de la historia de Alfredo. Alfredo fugitivo en Athelney, Alfredo reuniendo a sus hombres, Alfredo tocando el arpa en la corte de los daneses, Alfredo en la gran batalla de Ethandune. Es todo tan sencillo como el agua, y sin embargo ahí están contenidos toda la filosofía cristiana, toda la civilización europea, todo el esplendor de la humildad y el valor de la derrota.

En los poemas citados vemos que Chesterton eligió muy sensatamente la métrica más simple para su epopeya. Ciertamente es epopeya, aunque milagrosamente mantiene siempre ese vuelo lírico. Pero semejante sinfonía métrica como encontramos en *Lepanto* resultaría fatigosa en un poema que ocupa 88 páginas en la edición magna.

Y ¡qué perfecta resulta para su intención! ¡Qué ritmo tan sereno e infatigable! ¡Con qué naturalidad pausa o acelera! En versos no más ornados que éstos deben medirse las palabras de María, Madre de Dios cuando le habla a Alfredo el rey. Él le dice²⁸:

*Las puertas del Cielo son terribles,
peor que las puertas del infierno.
No intentaré decir sus esplendores
encerrados: son demasiado buenos.*

Y llega la respuesta: la llamada sin promesa que tonifica el corazón valiente²⁹:

*«Apenas encajadas, sin pestillos,
están las puertas del Paraíso.
La mente más pesada de pronto puede hallarme
en un recodo de cualquier camino.*

*No te diré nada que te conforte,
nada que estés ahora deseando,
sólo que el cielo aún será más oscuro
y los mares más altos».*

*Y a través de los vendavales
fue Alfred, y entre bosques escondidos,
transido por la dicha audaz de los gigantes:
la dicha sin motivo.*

El cielo se oscureció, y el mar se elevó, y Alfredo, que había visto y oído a la Madre de Dios, fue a reunir hombres cristianos.

Y si se encontraba con algún señor reacio, que le preguntaba qué le ofrecía Alfredo, el rey repetía las palabras de María³⁰:

*Es la palabra de María,
la palabra que el mundo está esperando:
«Te doy un consuelo, uno:
será aún el cielo más oscuro
y los mares más altos».*

Y entonces, lentamente³¹,

*... se levantó el señor de las tierras del mar
y, de un clavo con grandes telarañas,
volvió a coger su poderosa espada.*

Poco a poco se reunieron. Y entonces Alfredo se disfrazó de arpista para espiar a los daneses. Pero no se puso un bigote vikingo postizo ni se hizo llamar Swynbiorn. Se anunció como músico cristiano, y Guthrum le pidió que tocara el arpa y les cantara. Y las canciones que cantó, y las que los daneses le cantaron, para mí son esencia de poesía.

Después de que Alfredo cantara una antigua incursión en los condados cálidos y húmedos, Harold le arrebató el arpa para cantar de³²

*Olores que uno podría beberse en una copa
y piedras que uno podría comer
y mujeres grandes, suavísimas, de marfil
que los turcos ofrecen en las calles.*

Y entonces el trovador Elf cantó de lo mejor que puede dar de sí el paganismo³³:

*Siempre se olvida algo
cuando todo va bien.
Como cuando los dioses olvidaron
el muérdago
y la flecha del dolor cayó
en el lado ciego del corazón,
en el envés equivocado de la puerta,
la planta verde crece amenazando
a los amantes todopoderosos en la primavera.
Siempre se olvida algo
y el amor no está a salvo.*

Pero Ogier, el de la honda y la piedra, tenía otras cosas que decir³⁴:

Existe un momento para cada hombre

*cuando hace temblar la puerta con el hombro,
cuando hace romperse la cuerda tensa,
y la rama más desnuda es bella
un instante, al romperse.
Así cabalga mi alma sobre el mar.
esperando el último eclipse.
Y en el último eclipse el mar
se levantará como una torre,
sobre todas las lunas oscurecidas y rotas,
levantará la cabeza espumosa hacia el cielo,
y reirá, sabiendo que es su hora.
Y tú, sentado junto al fuego, eres joven,
y te espera el amor verdadero;
pero el rey y yo nos hacemos viejos,
y sólo el odio es verdadero.*

Que parece explicar acontecimientos recientes en Barcelona, pero no es lo mejor del paganismo.

Y Guthrum no estaba de acuerdo con él; Guthrum estaba fatigado del mundo. Así que Alfredo por fin recupera su arpa para cantar³⁵:

*Sobre ti ha caído la sombra,
y no sobre el Nombre;
Aunque nos dispersemos y aunque huyamos,
y tú pendas sobre nosotros como el cielo,
estás más cansado de la victoria
que nosotros de la vergüenza.
Pues nuestro Dios ha bendecido la creación,
y ha dicho que es buena. Sé
qué espíritu con el que te alías ciegamente
ha bendecido con su mano la destrucción;
pero vive Dios que las estrellas permanecerán
y las manzanitas crecerán.*

No me atrevo con la narrativa sin igual de la Batalla de Ethandune. El baladista con su métrica antigua ha cantado magníficamente muchas grandes luchas, pero nunca como se canta aquí la lucha del mundo contra la destrucción. (La lucha que tiene lugar hoy.) Nunca ha sido el ritmo tan tranquilo, tan paciente, tan presto a acelerar con energía llameante hasta la carga huracanada. Sólo citaré lo siguiente³⁶:

La Madre de Dios pasa sobre ellos,

*caminando sobre el viento y la llama,
y la nube negra viene a la deriva desde la ciudad y el valle,
y el Caballo Blanco pisotea en el Valle del Caballo Blanco,
y aún beberemos cerveza cristiana
en la aldea de nuestra estirpe.*

*La Madre de Dios pasa sobre ellos,
llevada por terribles querubines;
y por encima de la runa, el salmo ensordece,
y la Cruz pasa por encima del sol y la luna.
Termina la batalla de Ethandune
al son de la trompeta.*

El pueblo secreto es uno de sus grandes poemas: vean cómo cambia el ritmo y el énfasis en cada línea³⁷:

*No hay pueblo en el mundo
tan desvalido y tan sabio.
Hay hambre en nuestras tripas,
hay risa en nuestros ojos.
Os reís de nosotros, y nos amáis;
Están húmedos los ojos y los vasos.
Pero no nos conocéis, pues aún no hemos hablado.
Ellos luchan revolviendo papeles;
tienen ojos brillantes, extraños;
contemplan nuestro trabajo y nuestra risa
como el hombre cansado contempla las moscas.
Y la carga de su piedad sin amor es peor que las injusticias
[antiguas;
sus puertas se cierran al anochecer, y no saben cantar nada.*

Algunas de sus mejores canciones son canciones de recuerdo. He aquí un verso de la *Canción de la derrota*³⁸:

*Y sueño con los días en que el trabajo era escaso,
y rara vez sentíamos en los bolsillos el peso de alguna moneda.

Cuando éramos orgullosos y pobres y felices,
contentos de ver nuestros nombres en letra impresa.
Por eso vencían ellos, y nos dispersábamos nosotros,
cuando el diablo cabalgaba y sus perros olían oro,
y se rompió la paz de un pueblo inofensivo,*

cuando yo tenía veintitantos años.

Pero, ay, las dos mejores líneas de ese poema están en la primera estrofa³⁹:

*Encontré mi juventud en la batalla perdida,
encontré mi corazón en el campo de batalla.*

Esa primera línea, con esa pausa escalofriante en el ritmo, es la evocación de todo el romance heroico.

Otro poema igual de bueno es aquel con el que dedica *El hombre que fue jueves* a E.C. Bentley⁴⁰:

*Una nube cubría la frente de los hombres
—una nube enfermiza sobre el alma—;
corría gimiendo el tiempo,
cuando tú y yo fuimos muchachos.
[...]
Retorcieron cada pecado honesto
a formas que no pueden nombrarse.
Todos se avergonzaban del honor
pero nosotros, débiles y simples,
en eso no caímos, en eso, no.
Cuando el negro Baal cubrió los cielos
no obtuvo de nosotros ningún himno.
[..]
Nosotros hemos visto la ciudad del Alma humana,
incluso acunada, aliviada.
Bienaventurados aquellos que no vieron,
pero que, aun siendo ciegos, creyeron.*

Ya he citado del gran poema para Hilaire Belloc que es la dedicatoria de *El Napoleón de Notting Hill*, pero tengo que citar más. Estas dos líneas son perfectas⁴¹:

*El cielo en todas partes está en casa,
una gran gorra azul que siempre sienta bien.*

Y el final, casi perfecto⁴²

*Muy lejos de tus soleados montes,
tuve un sueño. Las calles que pisaba,
luminosas y rectas, salían disparadas
para encontrarse con*

*esas calles de estrellas que llevan hasta Dios...
Este es el cuento de una hora épica
que un chiquillo soñó, y todavía lo sueña
bajo la torre alta, húmeda y gris
que las estrellas toca en Campden Hill.*

Y aquí, perversamente, les ofrezco el final de la gran batalla de la obra que pudo ser compañera de *La balada del caballo blanco*, pudo ser *La balada de Notting Hill*.

Todas las novelas de Chesterton son epopeyas. Si no se entienden así, no se entienden. Son epopeyas, son parábolas, son —si les place— cuentos de hadas. Sólo que los héroes de estos cuentos son hombres de carne y hueso como Alfredo y Ethandune. Así que aquí lo tienen:

«Quin no vio el final. Wilson, loco de alegría, saltó de nuevo sobre Adam Wayne» (el Napoleón de Notting Hill), «y la gran espada de Notting Hill remolineó en alto una vez más. Entonces los hombres se agachaban instintivamente ante el ruido torrencial de la espada que venía del cielo, y Wilson de Bayswater resultó derribado y aplastado contra el suelo como una mosca. No quedó de él más que la cáscara rota; pero la espada que lo había roto estaba rota. Al morir había quebrado la gran espada y su hechizo; la espada de Adam Wayne estaba rota a la altura de la empuñadura. Una embestida del enemigo llevó a Adam Wayne por la fuerza contra el árbol. Estaban demasiado cerca como para usar alabarda ni siquiera espada; estaban pecho con pecho, incluso nariz con nariz. Pero Buck pudo liberar su daga.

»“¡Mátalo!” gritó con la voz extrañamente ahogada. “¡Mátalo! Bueno o malo, no es nada nuestro. Que no te ciegue su cara. ¡Dios! ¿No hemos estado ciegos todo este tiempo?” Y echó atrás el brazo como para matar, y pareció cerrar los ojos.

»Wayne no bajó la mano que se aferraba a la rama del árbol. Pero una potente sacudida le pasó por el pecho y todo su enorme cuerpo, como un terremoto por las colinas. Y con ese esfuerzo convulso arrancó la rama del árbol, con lenguas de leña rasgada. Y, trazando con ella un solo arco, dejó caer el palo astillado sobre Buck, rompiéndole el cuello. El que planificara la Gran Carretera cayó de bruces, con la daga férreamente agarrada».

Cambiamos de tercio. ¿Conocen este soneto⁴³?

*Alto en el muro que ciñe Jerusalén,
vi, bajo las estrellas, firme como una piedra,
a uno de guardia. No sabré, antes de que muera,
si él vivía, si era algún hijo de Sem,*

*o si era un gran fantasma que llevaba en la sien
la dorada diadema
de Salomón, o era*

Saladino en su trono. No pude verlo bien

*ni me atreví a acercarme un paso más.
Podría estar forjada su diadema
en un extraño estilo por las manos del odio.*

*Volví a mirar y sólo la luz de las estrellas blanqueaba la torre y el
árbol. Más allá, las montañas de Moab como un mar vasto y solo.*

Eso es un soneto. No hay muchos. De su tema no diré nada. Pero quiero que vean la majestuosidad escultural con que se presenta en los dos primeros versos; cómo el asombro y la especulación crecen hasta convertirse en algo parecido al terror... y entonces... esas dos líneas inolvidables que nos conmueven tanto que no podemos hablar de ello. Majestuosamente la visión se desvanece y termina el soneto, como debe ser, como una ola que se retira. Pero ¡arriba! ¡Cabalgemos!⁴⁴.

*Cuando nosotros fuimos a cazar el dragón
en los días de juventud y jolgorio,
nos colgábamos como si fuese de un tahalí
el mundo sobre el hombro.*

*Nunca fue el mundo tan brillante y bello
como arrastrado por un huracán;
nunca fueron los campos tan divinos
como los que dejábamos atrás.*

*Es esto lo mejor para todos los hombres,
pues todos deberían levantarse
y cabalgar, haciendo un país de las hadas
de todo, del mercado y el paisaje.*

*Alas sobre los huertos, alas sobre el perol
y la sartén, alas sobre los bosques...,
porque la caza del dragón
es la vida del hombre.*

Y esa fue la vida de G.K.C. ¿No nos oyen, cantando eso en la marcha, al producirse el choque? (No, nosotros no buscábamos el choque, pero viene.) Y ¿acaso no sabremos que nuestro gran capitán nos acompaña, todavía cantando, estoy seguro, con esa voz hermosa, enorme, poco melodiosa? El que compare el Soneto con la Marcha sabrá mucho de la poesía de G.K.C., y algo de él.

La vieja canción (En la ribera durante la tormenta) es demasiado maravillosa para

citarla extensamente, si no se cita entera. Así que tendrán que contentarse con esto⁴⁵:

*Vi a Cobbett cabalgando,
el jinete de los condados;
su rostro enrojecido por ansias de justicia
y por la luz de los incendios:
Y al sur, hacia Sussex y el mar, las llamas se avivan por la libertad,
la trompeta de la caballería, el martillo de los escuderos.
El Puente de Londres se ha roto, se ha roto, se ha roto
Sopla el cuerno de Huntingdon desde Escocia hasta el mar...
Sólo el destello de un relámpago, el sueño fugaz de un relámpago,
mostró en el cielo rasgado un pueblo libre.*

Por el esplendor de Gilbert, ¡esa también la cantaremos!

No voy a citar de *Los altibajos del camino inglés*, ni de la *Canción contra los tenderos*, ni de *El vegetariano feliz*, ni siquiera de *Quoodle*, ni de ninguna de las canciones de *La taberna errante*, porque son bien conocidas, y la gente las ha leído independientemente de la épica, lo cual no está bien. *La taberna errante* es la mejor y la más gozosa —creo que también la más apasionada— de sus novelas épicas. Es toda heroísmo y casi toda risas. Es toda Chesterton, y no se le puede poner ni un pero.

Las canciones entran en el texto como debe ser en una ópera cómica (y aquí hay un libreto esperando a su compositor cual princesa cautiva), y la loca carrera campo a través, con el letrero de la taberna, que es una enseña, y su barril y su queso, termina sobre una nota aguda, la nota de la revolución, que le gana incluso a la gran batalla de *El Napoleón de Notting Hill*. Pero no voy a citar. No voy a estropearlo todo, sólo por describir cómo se rompen hacia dentro las ventanas de la farmacia, como si se rompieran las ventanas del mundo, y al salir a la calle vieron desfilar a la multitud, y... pero no sirve. Ahí está el libro, único en su especie en la literatura inglesa.

No voy a citar de *El converso*, ni de ninguno de los magníficos poemas devotos de G.K.C. No sé por qué, no quiero hacerlo, en un libro destinado al público en general, y probablemente me equivoque. Pero, como ya he dicho, este libro lo estoy escribiendo yo. Pensándolo bien, voy a incluir sólo una estrofa de *La taberna errante*, porque se sostiene sola y sirve de conclusión⁴⁶:

*En la ciudad de cieno y lodo, clama
el Parlamento: «Quién, quién vuelve a casa?»
Y ninguna respuesta se escucha porque nada
ni nadie en la ciudad de tumbas vuelve a casa.
Pero cuando estos mueran, al fin entenderán,
pues de esta patria Dios ha de tener piedad.
Hombres que son hombres de nuevo: ¿quién vuelve a casa?*

*Trompetas y tambores, ¿quién vuelve a casa?
Porque hay sangre en los campos y en las aguas,
sangre en el cuerpo cuando el hombre vuelve a casa.
Y resuena una voz grandiosa: ¿Quién lucha por la victoria?
¿Quién por la libertad? ¿Quién vuelve a casa?*

Pues Gilbert se ha ido a casa. Y creo que lo recibieron en la puerta con campanas y trompetas.

16 When all my days are ending/and I have no song to sing, / I think I shall not be too old /to stare at everything,/ as I stared once at the nursery door/ or a tall tree or a swing./Behold the crowning mercies melt,/the first surprises stay;/and in my dross is dropped a gift/for which I dare not pray:/ that man grow used to grief and joy/ but not to night and day./Strange crawling carpets of the grass,/wide windows of the sky;/so in this perilous grace of God/with all my sins go I;/and things grow new though I grow old,/though I grow old and die.

17 But what will there be to remember,/or what will there be to see,/though our towns through a long November/abide to the end and be?

18 The last and lingering troubadour to whom the bird has sung/that once went flying southwards when all the world was young.

19 White founts falling in the courts of the sun,

20 Dim drums throbbing in the hills half heard,

21 In that enormous silence, tiny and unafraid,/comes up along a winding road the noise of the Crusade.

22 Moves a mighty turban on the timeless hour's knees,/his turban that is woven of the sunset and the seas.

23 The walls are hung with velvet that is black and soft as sin,/and little dwarfs creep out of it, and little dwarfs creep in.

24 The hidden room in man's house where God sits all the year,/the secret window whence the world looks small and very dear.

25 Finds his God forgotten, and he seeks no more a sign.

26 But Don John of Austria has burst the battle line!/ Don John pounding from the slaughter-painted poop,/purpling all the ocean like a bloody pirate's sloop./Scarlet running over on the silvers and the olds,/breaking of the hatches up and bursting of the holds,/thronging of the thousands up that labour under sea/white for bliss and blind for sun and stunned for liberty./Vivat Hispania!

27 Before the gods that made the gods had seen their sunrise pass,/the white horse of the White Horse Vale was cut out of the grass.

28 The gates of heaven are fearful gates,/worse than the gates of hell./Not I to break the splendours barred/or seek to know the things they guard/which is too good to tell.

29 'The gates of heaven are lightly locked,/we do not guard our gain./The heaviest mind may suddenly come/silently and suddenly upon me in a lane./I tell you nought for your comfort,/yes, nought for your desire,/save that the sky grows darker yet/and the sea rises higher./And up across windy wastes and up/went Alfred over the shaws,/shaken by the joy of giants,/the joy without a cause.

30 And this is the word of Mary,/the word of the world's desire:/'No more of comfort

shall ye get/save that the sky grows darker yet/and the sea rises higher.

31 ...arose the sea-land lord, and from a cobwebbed nail on high unhooked his mighty sword.

32 Smells that a man might swill in a cup,/stones that a man might eat,/and the great smooth women like ivory/that the Turks sell in the street.

33 There is always a thing forgotten/when all the world goes well;/a thing forgotten, as long ago/when the gods forgot the mistletoe,/and the arrow of anguish fell,/ the thing on the blind side of the heart,/on the wrong side of the door,/the green plant growth, menacing/almighty lovers in the spring;/there is always a forgotten thing,/ and love is not secure.

34 There lives one moment for a man/when the door at his shoulder shakes,/ when the taut rope parts under the pull,/ and the barest branch is beautiful/ one moment, while it breaks./So rides my soul upon the sea./Waiting the last eclipse./And in the last eclipse the sea/shall stand up like a tower, /above all moons made dark and riven,/ Hold up its foaming head to heaven,/And laugh, knowing its hour./And you that sit by the fire are young,/and true love waits for you ; /but the King and I grow old, grow old,/and hate alone is true.

35 On you is fallen the shadow,/and not upon the Name; /though we scatter and though we fly,/ and you hang over us like the sky,/ you are more tired of victory/than we are tired of shame/...For our God hath blessed creation,/calling it good. I know/ what spirit with whom you blindly band /hath blessed destruction with his hand;/ yet by God's death the stars shall stand/and the small apples grow.

36 The Mother of God goes over them,/walking on wind and flame,/and the stormcloud drifts from city and dale,/and the White Horse stamps in the White Horse Vale,/and we shall yet drink Christian ale/ In the village of our name./The Mother of God goes over them,/on dreadful cherubs borne ; /and the psalm is roaring above the rune, /and the Cross goes over the sun and moon:/Endeth the battle of Ethandune /with the blowing of a horn.

37 There are no folk in the whole world/so helpless and so wise./There is hunger in our bellies, there is laughter in our eyes./You laugh at us and love us; both eyes and mugs are wet./Only you do not know us, for we have not spoken yet./They fight by shuffling papers; they have bright alien eyes;/they look at our labour and laughter as a tired man looks at flies./And the load of their loveless pity is worse than the ancient wrongs;/their doors are shut in the evenings, and they know no songs.

38 And I dream of the days when work was scrappy,/and rare in our pockets the mark of the mint./When we were proud and poor and happy,/and proud of seeing our names in print./For so they conquered and so we scattered,/when the Devil rode and his dogs smelt gold,/and the peace of a harmless folk was shattered,/when I was twenty-and-odd years old.

39 I have found my youth in the lost battle,/I have found my heart on the battlefield.

40 A cloud was on the minds of men, and wailing went the weather;/yea, a sick cloud upon the soul when we were boys together./They twisted even decent sin to shapes not to be named;/men were ashamed of honour, but we were not ashamed./ Weak if we were and foolish, not thus we failed, not thus;/when that black Baal blocked the heavens, he had no prayers from us./We have seen the city of Mansoul,/even as it rocked, relieved./Blessed are they who did not see,/but, being blind, believed.

41 Yea, heaven is everywhere at home,/the big blue cap that always fits.

42 Far from your sunny uplands set I saw the dream; /the streets I trod, the lit straight streets shot out and met/the starry streets that point to God;/the legend of a happy hour/a child I dreamed, and dream it still,/under the great grey water-tower/ that strikes the stars on Campden Hill.

43 High on the wall that holds Jerusalem/I saw one stand under the stars like stone./And when I perish it shall not be known/whether he lived, some strolling son of Shem./Or was some great ghost wearing the diadem/of Solomon or Saladin on a throne;/I only know, the

features being unshown,/I did not draw near to look at them./Did you not guess...the diadem might be/plaited in stranger style by hands of hate.../But when I looked, the wall was desolate,/and the grey starlight powdered tower and tree;/and vast and great beyond the golden gate/heaved Moab of the mountains like a sea.

⁴⁴ When we went hunting the dragon/in the days when we were young,/we tossed the bright world over our shoulder/as bugle and baldrick slung;/never was world so bright and fair/as what went by on the wind./Never such fields of paradise/as the fields we left behind./For this is the best of a rest for men;/that men should rise and ride/making a flying fairyland/of market and countryside./Wings on the cottage, wings in the wood,/wings upon pot and pan./For the hunting of the dragon/that is the life of a man.

⁴⁵ I saw great Cobbett riding,/the horseman of the shires;/and his face was red with judgment/and a light of Luddite fires:/and south to Sussex and the sea the lights leapt up for liberty,/the trumpet of the yeomanry, the hammer of the squires./For London Bridge is broken down, broken down, broken down;/ blow the horn of Huntingdon from Scotland to the sea./Only a flash of thunder-light, a flying dream of thunder-light,/had shown under the shattered sky a people that were free.

⁴⁶ In the city set upon slime and loam/They cry in their parliament, 'Who goes home?/And there comes no answer in arch and dome,/for none in the city of graves goes home./Yet these shall perish and understand,/for God has pity on this great land./Men that are men again; who goes home?/Tocsin and trumpeter, who goes home?/For there's blood on the field and blood on the foam/and blood on the body when man goes home./And a voice valedictory, who is for victory?/Who is for liberty? Who goes home?

CAPÍTULO 4

Nos acercamos al final, y no he dicho casi nada de la prosa de Chesterton, nada de él como nuestro más notable articulista; el padre Rice, de Douai, dice con razón que sus artículos son la mejor historia de nuestro tiempo, y la única fiable. No he dicho nada de él como biógrafo, porque su libro sobre Shaw no es biografía sino batalla. Sin embargo, como biógrafo se encuentra entre los más grandes. Sólo he mencionado uno de sus libros sobre los apologistas cristianos, aunque sus obras sobre la teología y la filosofía de la cristiandad se citan junto con las obras clásicas de los doctores de la Iglesia, y se utilizan como libros de texto en los seminarios. He intentado pintar su retrato, y he mostrado, con toda seguridad, que es uno de los poetas del mundo. Y nada más. Es lo único de lo que soy capaz.

Más que la semblanza de Chesterton escritor, puede que echen de menos la de Chesterton en casa. Tampoco puedo hacerla. Y está bien así. Porque G.K.C., que amaba el hogar por muchas razones, lo amaba desde luego porque era privado. Que siga así. Quiero ser un Boswell, pero no un espía.

Sólo les contaré lo siguiente, tan conocido que resulta algo público. En las reuniones en su casa, cuando decaía la diversión se sentaba en el suelo y recitaba tiradas de versos, suyos o de Belloc o de cualquiera, con esa voz atronadora, como trompeta de guerra. Y durante una fiesta, los invitados se encontraron en el estudio un cadáver tétrico y realista, hecho de papel de embalar; junto a él un cuchillo ensangrentado, y un papel con un texto en griego, y un caramelo pegado. ¿Quién había asesinado al duque, y por qué? ¿Qué significaban esas pistas macabras?

También consta que la única ocasión en la que dejó traslucir un leve disgusto con cierta señora —feliz señora— que vivía y trabajaba en casa de los Chesterton, fue cuando ordenó su despacho. Cuentan que ocupaba el suelo un espléndido desorden de soldaditos de plomo, y que G.K.C. dijo disculpándose: «No me importa lo que haga con los malditos papeles, pero lo juguetes me los tiene que dejar». («No me importa hasta dónde llegue el agua, siempre que no se meta en el vino».)

Es lo único que les puedo contar de su casa. No es mucho, gracias a Dios. Tampoco les voy a contar nada del padre John O'Connor, que lo catequizó y fue, podríamos decir,

el padre Brown original. Esa historia y la reseña de esos relatos quedan fuera de lo que abarca esta obra. Espero que surja esa horda de Boswells que precedía el padre Rice. Entre ellos tienen que estar el padre John, Belloc, el padre Vincent, Bentley, el propio padre Rice y Edward MacDonald.

Pero ahora que mi tarea está casi concluida, voy a responder a alguna que otra detracción que ha surgido contra G.K.C. Menos mal que son detracciones suaves, y que vienen de un amigo. El señor Theodore Maynard le debe mucho a Gilbert Chesterton; tal vez tanto como yo, que se lo debo casi todo: todo menos lo mucho que le debo a mi esposa. Y el señor Maynard, en una revista americana, dice unas cuantas cosas acerca de Chesterton que yo considero falsas.

Dice que G.K.C. era mal director. Tal vez porque lo suyo no fuese el momento de sacar la edición. Pero el buen director no es el que saca la edición, sino el que mantiene vivo el periódico, el que lo mantiene alerta. No es el capaz de hacer que dos millones de personas lean su hoja miserable, sino el que hace que a cualquiera le merezca la pena leer su gran periódico. Es el que distingue lo importante entre las noticias del día, y lo comenta con conocimiento amplio, juicio seguro, honestidad inexpugnable y valor sin límites.

Ese es el retrato de G.K.C. director. Su periódico siempre estaba alerta, siempre merecía la pena leerse, siempre era honrado, valiente y recto. Era la mejor revista semanal de Inglaterra, y lo era gracias a G.K.C., con la ayuda valiosísima de Edward MacDonald. Pero en cuanto al «maquillaje», tengo una docena de amigos en Fleet Street que les dan mil vueltas a G.K.C., Orage, Belloc y Massingham.

El señor Maynard opina, por lo visto, que a G.K.C. le faltaba sintonía con la gente corriente. Me deja atónito. Jamás he conocido a nadie que comprendiese tan bien a la gente corriente. Es que él mismo era extraordinariamente corriente. También entendía a la gente extraordinaria, lo cual desconcierta. Pero a la gente corriente la amaba. El señor Maynard dice que Gilbert y Cecil conocían a la gente viéndola en las tabernas. Bueno, hay fuentes peores para informarse, como por ejemplo los boletines oficiales, y los libros de poemas, a no ser que el poeta sea, casualmente, un hombre corriente. Pero la verdad es que G.K.C., siguiendo el ejemplo de su Maestro divino, se codeaba con publicanos y pecadores y cocheros y limpiadoras y tenderos y campesinos y pequeños propietarios y pequeños periodistas y pequeños literatos. También se codeaba con grandes señores y damas, que saben ser muy noblemente corrientes. Le encantaba codearse. Eso de codearse con toda clase de gente era la parte más feliz de su vida secular. El que no sepa eso, no conocía a G.K.C.

El señor Maynard busca en sus obras lo patético, y casi en vano. Para mi gusto, esos autores cuyas obras son obras acuáticas, de tantas lágrimas humanas, son el colmo. Juegan con sus propias emociones. Les gusta estar tristes. Las obras de G.K.C. sí que están llenas de una gran compasión. Aunque es cierto que suele apiadarse de la víctima más que del sufriente. Tampoco pierde el tiempo con la piedad: pasa rápidamente a la indignación. Pues el sufrimiento es propio de todo hombre, pero la injusticia se debe al crimen de alguien. No es que fuese en absoluto insensible; sentía los sufrimientos de los

demás profundamente, pero nunca se recreaba en sus emociones, y a veces le parecía que apiadarse de alguien era un insulto y una impertinencia. Al mártir no se le tiene lástima por sus sufrimientos; se le tiene envidia.

A G.K.C. le encantaban los niños; sufría si un niño tenía dolor de muelas, así que se ponía a hacer que el dolor se le olvidase al niño y a G.K.C. Al dolor de muelas no le dedicó ningún poema. Se lo dedico al niño: al Niño.

Es completamente falso que Gilbert Chesterton sufriese poco a lo largo de su vida. El hecho de estar enfermo durante mucho tiempo no significó lo mismo para él, de alma robusta, que para otros. Muchos en su situación estarían malhumorados, irritables, incapaces de interesarse por nada que no fuese sus propias interioridades. La única interioridad que ocupaba la atención de G.K.C. era su alma inmortal. Usaba para lo que servían su gran cuerpo y su cerebro, más grande aún, pero no los observaba, excepto para ver que eran ridículos. Durante sus enfermedades trabajó sin cesar por el bien común. Murió trabajando. A mí eso me parece heroico.

Pero para G.K.C. los dolores físicos no eran sufrimiento. Sufría mucho más profunda y verdaderamente cuando perdía a un amigo, pues la amistad era para él el pan de cada día. Sufrió más que nunca al perder a su hermano. Sin embargo, aunque esa pérdida lo hirió casi hasta morir, jamás dejó ver sus heridas. Creo que siempre se decía que su dolor no era nada en comparación con el Dolor en el Huerto, que su angustia no era nada en comparación con la Angustia en el Árbol. Porque verán: para él la religión era la única realidad candente de la vida.

En todos estos aspectos creo que el señor Maynard se equivoca por completo. Pero cuando prosigue para decir que G.K.C. era bueno por naturaleza, y (parece que nos invita a concluir) no podía ser de otra forma, me quedo mirando al señor Maynard de manera poco cortés, con la boca abierta, para luego preguntarle si no ha oído hablar de la doctrina del Pecado Original. No me atrevo a más en esta materia. Los únicos que saben qué clase de pecador era G.K.C. son sus confesores, y éstos no van a decir ni mu. Para consuelo íntimo del señor Maynard, diré que tengo grandes esperanzas de que algún día se reconozca que G.K.C. murió santo. Aunque hay menos santos conocidos aquí en la tierra que en los cielos.

Y ahora me acerco al momento de despedirme de mi amigo. Las dos últimas veces que lo vi fue en debates públicos, en que él era el orador principal y yo presidía. Ya estaba muy enfermo y muy mayor. Apenas podía subir al estrado; tenía que hablar sin levantarse como se levantaba antes, como un héroe colosal. Pero allí frente al público, su voz resonaba clara y valiente como siempre; el pensamiento, igual de claro; el humor, igual de boyante; la pasión, igual de fuerte... y entonces salía andando con torpeza un poco, y había que ayudarlo a ponerse el manto, y se agarraba a su valiente esposa, que nos miraba, asombrada de que le exigiéramos tanto, y se lo llevaba.

Pero, querida señora, él lo quería así. Era un luchador, y quería morir luchando. ¿Acaso no estuvo escribiendo para su periódico hasta los últimos días? ¿Acaso no terminó su autobiografía justo antes de morir? Su imponente discurso sólo cesó cuando le faltó el aliento. Su última transmisión terminó con estas palabras: «Algunos se irán

con un gemido, pero yo me iré con una explosión».

El padre Vincent no sabía lo enfermo que estaba; pero sintió el impulso de acudir a su lado, y lo encontró moribundo. Y no puedo contarles lo que sentimos, los de la Liga, los viejos camaradas del *G.K.'s Weekly*, cuando supimos que se había marchado. Ya lo escribí en su momento. No puedo escribirlo otra vez.

Pero ahora estoy en su funeral tan sereno en Beaconsfield, entre todos sus amigos. (Hemos llegado algunos juntos en tren, y veníamos discutiendo con furia y alegría lo que pensaba él de la tecnología.) Veo el féretro que contiene los restos mortales de mi capitán. Lo sigo por las callejas del pueblo. Vamos dando un rodeo. Porque la policía local quiere que Gilbert Chesterton haga su último viaje terrenal pasando junto a las casas de quienes mejor lo conocieron y más le quisieron. Y ahí están, atiborrando las aceras, y todos de duelo, como nosotros. Pero es casi un día de fiesta. No hay caras largas, ni lágrimas en abundancia. No: hay risas, cuando unos a otros se recuerdan, sin dificultad, lo heroicamente alegre que era.

A la puerta del cementerio, le dice un policía a Edward MacDonald: «Casi todos los muchachos están de servicio; por eso no están aquí». Como dice MacDonald: «Era el señor del castillo, y no lo sabía». Lo dejamos ahí.

¡No! Porque estaba con nosotros en la Catedral, en ese gran día en que todos los ingleses dignos, que dispusiesen de tiempo y medios para acudir, lloraron la pérdida del inglés más grande que ha habido desde santo Tomás Moro. Él estaba. Porque, cosa insólita en esa augusta casa de Dios, dos veces, durante el magnífico panegírico del padre Ronald Knox, se oyó una gran carcajada. Y sin embargo, dice el padre Rice: «Al terminar la misa, yo, que no suelo llorar, lloré por primera vez en quince años».

Sigue con nosotros. Está más cerca de lo que estuvo en los últimos años. La enfermedad lo alejó de nosotros, pero ahora ha vuelto, fuerte y risueño como siempre. Y ese espíritu, que siempre fue un espíritu de gigante, ahora tiene la fuerza de diez. Camina con nosotros, nos guía, es nuestro. Y no se trata de una manera de hablar, ni de una locura: es una verdad dura como el acero.

Y me lo vuelvo a encontrar por los viejos caminos; está conmigo ahora. Gilbert, he escrito este libro de un tirón, con prisa incandescente. ¿Te parece bien? Quiera Dios que sí.

OTROS TÍTULOS RIALP

Los vascos en la Historia de España
(8ª ed.) José Antonio Vaca de Osma

Historia del reino visigodo español
(2ª ed.) José Orlandis

Carlos III (2ª ed.)
José Antonio Vaca de Osma

Los conquistadores españoles (3ª ed.)
F. A. Kirkpatrick

Historia de España para jóvenes del siglo XXI (2ª ed.)
José Antonio Vaca de Osma

Europa y sus raíces cristianas
José Orlandis

Julio César (2ª ed.)
Jérôme Carcopino

Los judíos de la España antigua
Luis A. García Moreno

Historia de España contemporánea (8ª ed.)
José Luis Comellas

Cristóbal Colón y el descubrimiento de América
Charles Verlinden y Florentino Pérez-Embid

Historia de España moderna y contemporánea (16ª ed.)
José Luis Comellas

Historia breve del Cristianismo (6ª ed.)
José Orlandis

Historia breve del mundo contemporáneo (4ª ed.)

José Luis Comellas

Historia breve del mundo reciente

José Luis Comellas

Historia de Francia

G. de Bertier de Sauvigny

Páginas de la Historia

José Luis Comellas

La guerra civil europea (1914-1945)

José Luis Comellas

Retratos de la Antigüedad Griega

Gerardo Vidal

Retratos de la Antigüedad Romana y la Primera Cristiandad

Gerardo Vidal

Retratos del Medioevo

Gerardo Vidal

Retratos. El tiempo de las reformas y los descubrimientos (1400-1600)

Gerardo Vidal

Historia de las ideas contemporáneas

Mariano Fazio

Historia sencilla de la Ciencia (2ª ed.)

José Luis Comellas

Historia sencilla de la Música (3ª ed.)

José Luis Comellas

Historia sencilla del Arte

Luis Borobio

La América ingenua

Mariano Fazio

De Benedicto XV a Benedicto XVI

Mariano Fazio

Rafael Calvo Serer

Onésimo Díaz Hernández y Fernando de Meer Lecha-Marzo

ESTE LIBRO, PUBLICADO POR
EDICIONES RIALP, S. A.,
ALCALÁ, 290, 28027 MADRID,
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN RÓGAR, S. A.,
NAVALCARNERO (MADRID),
EL DÍA 1 DE MARZO DE 2011.

G.K. Chesterton, mi amigo

G.K. Chesterton, mi amigo fue la primera biografía del gran escritor inglés, escrita en 1936, el mismo año de su muerte. La prioridad temporal le otorga una indiscutible importancia, pero no es la única. La mayor, paradójicamente, es que W.R. Titterton se centra en las facetas más efímeras de la labor de Chesterton, y nos las conserva: la dirección periodística del *G.K.'s Weekly* y su actividad como animador del debate político. Esta biografía amontona anécdotas y retazos de Chesterton, esperando que la personalidad del biografiado y la perspicacia del lector redondeen el retrato. Titterton lo logra, y además, nos divierte. En todo Chesterton subyace su completa visión de la existencia, también en sus aventuras periodísticas y políticas. Este libro, a la vez que nos muestra un perfil menos conocido del maravilloso escritor, nos trae a la memoria su fe y su arrolladora simpatía personal, y nos hace descubrir el retrato de un viejo y muy querido amigo.

ISBN 978-84-321-3875-1



Índice

Portadilla	2
Créditos	3
G. K. Chesterton, mi amigo	4
CONOCERLE FUE UNA BENDICIÓN	5
A G.K.C.	10
PRIMERA PARTE	12
CAPÍTULO 1	13
CAPÍTULO 2	21
CAPÍTULO 3	27
CAPÍTULO 4	34
CAPÍTULO 5	38
CAPÍTULO 6	42
CAPÍTULO 7	48
CAPÍTULO 8	52
CAPÍTULO 9	58
SEGUNDA PARTE	66
CAPÍTULO 1	67
CAPÍTULO 2	70
CAPÍTULO 3	76
CAPÍTULO 4	80
CAPÍTULO 5	86
CAPÍTULO 6	90
CAPÍTULO 7	93
CAPÍTULO 8	98
CAPÍTULO 9	100
CAPÍTULO 10	104
CAPÍTULO 11	106
TERCERA PARTE	110
CAPÍTULO 1	111
CAPÍTULO 2	114
CAPÍTULO 3	116
CAPÍTULO 4	132
OTROS TÍTULOS RIALP	136

